

GONZALO DRAGO

OSCAR CASTRO

HOMBRE Y POETA
EPISTOLARIO

SANTIAGO DE CHILE

EDITORIAL



ORBE

© EDITORIAL ORBE

Derechos Reservados

Inscripción Nº 41.012

SANTIAGO DE CHILE

OSCAR CASTRO

HOMBRE Y POETA

EPÍSTOLARIO

IMPRESO



ORBE

De esta obra se imprimieron 3.000 ejemplares
IMPRESO EN CHILE — PRINTED IN CHILE

TALLERES GRÁFICOS HISPANO-SUIZA, LTDA.

Santa Isabel 0174 - Santiago

I N D I C E

El hombre: La vocación	11
El escritor: Su obra	55
Camino en el alba	55
Viaje del alba a la noche	60
Huellas en la tierra	63
Las alas del Fénix	66
La sombra de las cumbres	67
Reconquista del hombre	68
Comarca del jazmín	70
Glosario Gongorino	72
Rocío en el trébol	73
Llampo de sangre	75
La vida simplemente	78
Lina y su sombra	79
El periodista	80
Breve valoración de su obra	84
Los inútiles	88
Actividades del grupo	92
Epistolario de Oscar Castro	101
Colofón	136
El volantín	137
Tierra ajena	143

OBRAS DEL AUTOR

COBRE, cuentos mineros. (2 ediciones).

FLAUTA DE CAÑA, poemas.

UNA CASA JUNTO AL RÍO, novela corta.

SURCOS, cuentos campesinos.

EL PURGATORIO, novela. (3 ediciones).

TRES VERSIONES DE CHILE CENTRAL.

CUENOS ESCOGIDOS.

LA ESPERANZA NO SE EXTINGUE, novela.

OBRAS INEDITAS

SIEMPRE HABRÁ UN AMANECER, cuentos.

VIDA Y OBRA DE OLEGARIO LAZO, biografía.

RÍO VERDE, novela.

A Isolda Pradel, Raúl González Labbé
y Félix Miranda Salas, amigos entraña-
bles que estuvieron siempre al lado de
Oscar. A los hermanos Duvauchelle, que
han divulgado su obra con admirable
honestidad artística.

G. D.

EL HOMBRE: LA VOCACION

Nadie, al mirarlo por primera vez, habría sospechado que ese hombre de mirada apacible y lentas actitudes, delgado, pulcro en el vestir, cuidadosamente peinado, era un poeta dueño de una maravillosa cisterna de emociones, belleza y experiencias internas, que tenía el don de elaborarlas y transmitir las a los demás en una misteriosa red de vasos comunicantes.

Mucho se ha hablado y escrito sobre la vocación artística. El filósofo y filólogo Martín Alonso la define como "*una incógnita de la naturaleza y a la vez el aviso por el que la aptitud se reconoce a sí propia*". No siempre el poeta, el artista, el escritor, tienen oportuna conciencia de su misión. Es entonces cuando comienza esa tremenda y a veces trágica lucha interior entre fuerzas desconocidas que se atraen y repelen, conflicto que se manifiesta hacia el exterior de diferentes maneras, por distintos caminos, dando a los individuos que lo sostienen la apariencia de seres desorientados, antagónicos o contradictorios.

Algunos artistas deben romper bruscamente la barrera de lo cotidiano para poder encontrarse a sí mismos. Es el caso extraordinario de un Gauguin, abandonando a su mujer y a sus hijos para refugiarse, solitario y anónimo, en la resplandeciente isla de Tahití; de un Rimbaud, huyendo al Africa para vivir entre beduinos después de haber enriquecido a la literatura francesa; del pintor Amadeo Modigliani, refugiado

en el abismo del alcohol y que fuera definido por una de sus amantes con una frase corrosiva: "*Carácter complejo. A la vez, perla y cerdo*"; de un Toulouse Lautrec, vagando por las calles de París en busca de una *Griseta* complaciente; de un Verlaine, místico y sensual; de un Baudelaire sombrío, lujurioso y alcohólico, bebedor de haschich, acusado de "incesto sentimental"; de un Edgar Allan Poe, borracho genial y noctámbulo impenitente, encontrado muerto al borde de una acera en una calle de Boston; de un Panait Istrati, suicida frustrado con la intención de liberarse de la angustia y de la miseria; de un César Vallejo, vagando por las márgenes del Sena, borracho de angustia y soledad, "enfermo del Perú", anunciando su muerte en un día de aguacero.

Porque, debemos afirmar y confirmar que el arte no es un mero pasatiempo ni un ejercicio para "dilettantes" sino que, por el contrario, exige del individuo diversos renunciamientos, variados y dolorosos desgarramientos interiores, esfuerzos silenciosos y una gran perseverancia. Sólo así, andando y desandando caminos, se logra llegar al encuentro de sí mismo. A veces, los esfuerzos son inútiles y el artista cae rendido en esa tremenda, silenciosa y solitaria batalla interior dejando, como únicos trofeos o despojos, algunos poemas, cuentos o novelas frustrados por la agobiante condición humana.

Ahora bien, es difícil establecer en qué preciso instante se produce en la conciencia del individuo el hecho de que es poeta o escritor. El niño que se maravilla ante una flor, frente al espectáculo de una noche estrellada o ante la belleza vegetal de un árbol, que se siente absorto ante el misterio de la vida que lo circunda sin lograr expresarse, ya es un poeta.

El escritor es, indudablemente, un hombre diferente al común de sus semejantes. Y esto, es preciso aclararlo. El escritor no es mejor ni peor que el común de los mortales, pero

sí, profundamente diferente. Ahora bien ¿cuáles son esas diferencias específicas que hacen del escritor un ser que difiere de sus semejantes? En primer término, su sensibilidad hiperesesiada, su emotividad, su espíritu de observación ampliamente desarrollado, su afición a la lectura, su tendencia a la meditación y a escuchar el perenne murmullo de su mundo interior. Imaginativo, realista, narcisista, surrealista o especulativo, el escritor posee siempre una o más cualidades de las nombradas, pero siempre será un hombre que adolece de alguna característica visible u oculta que encierra la clave de su vocación.

Y ahora es preciso que nos detengamos a analizar lo que significa la palabra vocación, que en el escritor es algo tan íntimamente ligado a su vida misma, a todo su ser, que será inútil que trate de escapar a esa tendencia tiránica a realizar el mandato de su naturaleza. El escritor, en síntesis, nace escritor. Desde el momento de la fecundación hasta el momento de la muerte, el hombre de letras no puede escapar a su destino de creador. Será siempre el sumiso y obediente criado que cumple las órdenes de su yo interior. Allí, en el fondo de su alma, en lo más recóndito de su ser, donde nada ni nadie puede llegar, existe el santuario donde se engendra, crece, se desarrolla y llega a su madurez el poema, el cuento, la novela o el ensayo hasta el momento de producirse el parto literario. Ahora bien, no siempre los escritores logran cumplir el proceso completo que culmina con la obra literaria. Suele ocurrir que todos los esfuerzos, todas las vigiliass y todos los sinsabores sean inútiles y estériles y el poema, el cuento o la novela no alcancen su plena madurez, su forma y su evolución completa y entonces el proceso mental tiene cierta semejanza con el aborto. La obra nacida prematuramente, sin el calor del entusiasmo o vigorizada por la inspi-

ración, sin esperar su pleno desarrollo mental, está condenada a morir como el feto nacido antes de tiempo.

El niño, el adolescente que más tarde será escritor, o más bien, que más tarde justificará su destino de creador que lleva dentro de sí mismo, tiene algunas características que lo diferencian visiblemente del conjunto infantil. Por lo general es más silencioso, más retraído, más abstraído que el resto de los niños dando la impresión de un ser negativo, enfermizo o apocado, buscará la soledad, leerá todo lo que encuentre a su alcance y todos sus actos irán encaminados inconscientemente a forjar el alma del futuro escritor. Si el ambiente es negativo para su vocación, la eclosión del hombre de letras tardará en hacerse visible, en tomar forma concreta, en realizarse. A veces, a causa de circunstancias especiales, el hombre que ha nacido escritor sólo puede realizarse plenamente cuando ha llegado a su madurez. Ha vivido sonambúlicamente, lo ha mirado todo con ojos escrutadores, ha recogido experiencias propias y ajenas y de pronto se encuentra con el alma ahita de impresiones, de recuerdos, de vivencias, miserias, alegrías, de todo aquello que forma la vida en sus múltiples facetas.

Todos los caminos, aún aquellos más tortuosos y depravados, conducen al escritor hacia su finalidad. La vocación lo arrastra inexorablemente hacia la meta de la creación literaria, tiranizándolo con su mandato invisible, arrancándolo de lo banal para ubicarlo en planos más medulares, en tierra más generosa para nutrirlo interiormente.

Cuando la vocación no es lo suficientemente fuerte para arrancar al individuo de la rutina y encauzarlo hacia su destino, se da el caso del aficionado, del "dilettante", del crítico, del asiduo lector que busca en la creación ajena la satisfacción de sus anhelos de escritor frustrado. Se ha dicho que el

escritor no es sino un intérprete de la vida, de su propio y interior, que ejecuta fielmente el mandato de su ser más íntimo. Y la vocación no es sino la obediencia a ese imperativo que lo obliga a realizar la obra literaria, a despecho de sí mismo y de los demás. Naturalmente, no basta tener la vocación para llevar a cabo una obra literaria. Se necesita, además, una constancia y una fe en sí mismo puesta a prueba de todos los infortunios, como en el caso de Oscar Castro. Ni la pobreza, amarguras o incomprendiones que casi siempre rodean al escritor, logran hacerlo desistir de su intento de dar vida a lo que bulle en su interior.

Preguntémosnos, ¿es la vocación una cualidad hereditaria? La experiencia ha demostrado que en esto, como en muchas cosas, no se puede generalizar. Lo corriente es que un hijo de padres artistas sea también artista por la vía del ejemplo, pero en esos casos hay que contar también con el medio ambiente en el cual el niño bebe sus primeras experiencias.

Rodeado de libros, escuchando conversaciones literarias, educado y dirigido en algunos casos hacia la creación artística, no es raro que ese hijo se convierta en escritor a corto plazo. Los casos más interesantes y desconcertantes, sin duda, son aquellos en que un hombre o una mujer, en cuyos ascendientes no se encuentra ningún escritor, nace con una vocación tan decidida y fuerte que nada ni nadie es capaz de desviarlos de su camino. Es lo que ocurrió con el autor de *"Camino en el alba"*. Sin duda alguna, junto con la vocación, paralela a ella, debe existir una voluntad firme y decidida a triunfar, a saltar sobre las vallas, remover los obstáculos y embestir contra los que tratan de desviarlo o detenerlo en su intento. Si la vocación es débil, si cede ante los primeros escollos, significa que el que la posee no es un verdadero escritor y hará bien en renunciar a un oficio donde el hombre

permanece en perenne lucha consigo mismo y con el ambiente en que le corresponde actuar.

La vida intelectual de un individuo está sometida a diferentes variaciones y períodos fecundos y rotundamente negativos. La “inspiración”, como se ha dado en llamar a ese estado propicio a la creación literaria, no acude, como cree el común de la gente, a un simple llamado del escritor o del poeta, ni se le encuentra en un sitio determinado ni a una hora establecida. Por lo general, la inspiración es caprichosa y acude al individuo en circunstancias imprevistas. Así, durante un viaje, una conversación, una comida, o en algunos casos, durante la realización de un acto íntimo. Pero, eso que se llama inspiración y que puede simular un relámpago, no acude al individuo sin tener antes un largo y sigiloso proceso de elaboración interna en el subconsciente, cuya duración puede ser de días, meses o años. En el íntimo laboratorio del cuerpo, en los meandros y rincones más secretos del cerebro, la novela, el cuento o el poema se van nutriendo con la vida misma del individuo, con sus alegrías, sus sufrimientos, sus desvelos, sus rebeldías y sus angustias cotidianas. Un simple hecho callejero que hiera los sentimientos del escritor, permanece almacenado en su cerebro aguardando el momento propicio para que lo utilice en un cuento o en un pasaje de novela.

Y en cuanto al sitio en que puede realizarse la obra literaria, no debemos olvidar que Don Quijote nació entre los helados muros de una celda, que Marcel Proust escribió entre almohadones y tizanas, Paul Verlaine dio vida a muchos de sus poemas entre el bullicio de los bares y los vapores del alcohol y Henry Barbusse y Erich María Remarque escribieron sus formidables novelas entre el fragor de los obuses y el fango de las trincheras. Bástenos conocer estos ejemplos para

extraer la conclusión que en cualquier sitio y en cualquiera circunstancia, la inspiración llega hasta el elegido como relámpago divino.

Si “*el estilo es el hombre*”, como ha dicho Buffon, la creación literaria, cualquiera que sea su tema, género y desarrollo, lleva mucho en sí del alma que la ha creado. No en vano el hombre construye su mundo interior con lo más íntimo de su ser, allí donde sólo él puede hurgar y ver con los invisibles ojos de su espíritu. En el secreto laboratorio de su alma, el artista, muchas veces sin pretenderlo ni precisarlo, va creando la obra de arte, va construyendo su destino y tejiendo la maravillosa tela de su vida espiritual. Es lo que ocurrió con Oscar Castro, creando lo suyo con materiales arrancados, uno a uno, de las canteras de su propio corazón.

El Dr. Hesnard, al referirse al escritor, a sus facultades mentales, expresó lo siguiente: “El artista es, en efecto, un hombre cuyos instintos, y muy particularmente el instinto sexual, son de una cualidad nativa tal que no son completamente realizables, aplicables a la vida práctica: su “élan” no ha bastado para volverlos viables hacia una vida integral, efectiva. Y esta cualidad, que sería en adelante un defecto, una debilidad biológica, una inferioridad en la vida (lo que es realmente en algunos casos) si fuera irremediable, llega a ser una superioridad cuando se acompaña de una potencia específica de creación fuera de lo real. Eterno postulado del Arte que tiene su gran fuente profunda en el instinto, pero que permanece irreductible a toda psicología puramente instintiva. La observación indica esto: aún cuando el artista presenta una vida sexual de orientación absolutamente normal, aún cuando existe la posibilidad de obtener de la existencia todos los goces deseables, desde este punto de vista, es raro que se abandone a todas las satisfacciones que le son

ofrecidas. Sensual, permanecerá continente; apasionado, se apartará de las mujeres que le inspiren una pasión demasiado profunda y sobre todo demasiado dominante pues teme, más que cualquiera otro, la dominación de los demás, y sobre todo en la sexualidad”.

Hasta aquí las palabras del Dr. Hesnard en su obra “El individuo y el sexo”. Y si queremos reafirmar con un ejemplo las palabras del ilustre médico, podremos citar el caso de Goethe, quién, cuando el cariño comenzaba a apoderarse de todas sus fibras, huía de sus amadas para encerrarse en sí mismo. “De este modo —ha dicho el célebre poeta— logré fácilmente convertir en imagen y en poema todo lo que me causaba alegría o dolor, arreglando así mis cuentas conmigo mismo para rectificar mis ideas sobre los objetos exteriores y alcanzar la calma interior, tanto más necesaria para mí cuanto que era un hombre muy extremado en todo”.

Pero no todos proceden del mismo modo. Otros, por el contrario, han dado libre curso a sus instintos. Paul Verlaine con su aspecto de sátiro de estampa, vagando por los bajos fondos de París, supo de la embriaguez del haschich y del amor sin trabas. De taberna en taberna, entre el humo de las pipas, las blasfemias de los borrachos y la incitación de las ramerías, el poeta escribió muchos de sus poemas, presa de un misticismo y de una locura que lo obliga a hundirse en el vicio. En sus “Confesiones”, Verlaine nos deja escuchar su voz atormentada por el recuerdo de su vida disipada. La “atroz bruja verde”, como llamaba al ajenjo que lo enloquecía, minaba su organismo y debilitaba su voluntad. Nada podía contra esa fuerza ciega y oculta que lo conducía inevitablemente, a despecho de su voluntad, por los negros y tortuosos caminos del vicio. Verlaine, uno de los cinco poetas malditos, fue siempre un sentimental y un débil que arrastró su

vida por los bajos fondos y conoció toda la gama de los vicios hasta descender al hospital.

No podríamos citar a Paul Verlaine sin mencionar a Jean Rimbaud, el genial poeta cuya vida atormentada fue una continua tragedia espiritual, una perenne lucha consigo mismo y con los demás, iconoclasta, rebelde, visionario, idealista, apasionado por todos los sueños que bullían en su alma de artista. Jean Marie Carré, el biógrafo de Rimbaud, nos da un certero retrato físico y moral del poeta alucinado: "Era un muchacho flaco e hirsuto —nos dice— gran campesino desmadejado de enormes manos rojas, de andar torpe, con una verdadera cabeza de niño sobre un cuerpo huesoso y como torpe de adolescente que crecía todavía". Este es el retrato físico del poeta que ocupó la atención de los grandes escritores de su época y que llevó a la poesía de su patria a una altura insospechada renunciando a todos los cánones conocidos hasta entonces. Llegado a París, invitado por su dilecto amigo Paul Verlaine, iniciaron juntos una vida de bohemia desastrosa que los condujo al escándalo. Nos cuenta el biógrafo de Rimbaud que todos los días podía vérselos ir y venir entre el Café de Pruny y el Café Tabourney, cerca del Odeón, de donde regresaban siempre ebrios a su domicilio. Enamorados ambos de sensaciones nuevas, viciosos, excitados por el alcohol y por el ajeno, no es raro que se vieran mezclados en el proceso iniciado por la esposa de Verlaine para obtener la separación del poeta. En el proceso en referencia se habló de "relaciones infames" entre ambos poetas, entre el hombre maduro y el adolescente, sin que nunca se llegara a una conclusión exacta sobre el verdadero carácter de la amistad entre los dos artistas.

Siguiendo el análisis de la creación literaria en sus aspectos morbosos, citaremos ahora a Charles Baudelaire, otro de

los poetas franceses que arrastró su vida en el vicio, entre el alcohol y las rameras, buscando el placer en todas sus formas, dejándose arrastrar por el imperioso llamado de su instinto. Sarcástico, desdichado, el rasgo predominante de Baudelaire era su predilección por todo lo extraño, lo anormal, que lo atraía con una curiosidad enfermiza. Su poesía, saturada de recuerdos y de escenas crudas, de verdaderas confesiones, nos muestra algunos aspectos íntimos de este poeta que nunca pudo ser feliz. Camille Mauclair nos dice que la conducta amorosa de Baudelaire conduce a la conclusión que nació con la apetencia del fango, así como Castro nació con apetencia de meridiana lucidez. En efecto, el poeta francés sólo buscó el amor erótico, arrastrado por una lubricidad extraña, demoníaca que lo conducía hacia los antros del vicio donde su refinamiento sensual y su curiosidad erótica buscaban los medios para satisfacerse plenamente. Gustó siempre del vino blanco, pero pronto se hace miembro del Club de Bebedores de Haschich, donde su organismo termina por envilecerse. La droga verde terminó por dominarlo, por agotarlo y conducirlo a la depravación. Acompañado siempre de una tristeza horrible, de una desesperanza de ser un hombre normal, terminó por contagiarse de sífilis, enfermedad que lo conducía a graves crisis físicas y mentales. Hacia el fin de su vida, el autor de "Las flores del mal" y de tanto bello poema, era una ruina humana. A los cuarenta años era un hombre calvo, de boca contraída y amarga, de mirar sombrío. Desastroso fin de un genio poético que afirmó que el amor no es sino prostitución.

Ahora bien, si los poetas mencionados como ejemplos típicos de morbosidad viciosa buscaban su inspiración en los bajos fondos y en el estímulo del tabaco y del alcohol, ha habido otros grandes hombres cuyas manías inofensivas tenían

características profundamente distintas. Acudiendo a las investigaciones de Federico Saisset, conocemos algunos curiosos ejemplos de la manera original como algunos grandes escritores buscaban la inspiración o simplemente como trabajaban en los momentos de asombrosa fecundidad literaria. Honorato de Balsac escribía siempre de pie, cubierto por un largo sayo, con los pies descalzos, únicamente desde la medianoche hasta el mediodía, sorbiendo algunas tazas de café. Schiller, llenaba los cajones de manzanas podridas, cuyo olor producía una agilidad mental que le permitía crear sus maravillosos poemas. Víctor Hugo, para escribir, recorría a grandes pasos la habitación en que se encontraba. Nadie podría explicarnos por qué el pensamiento acudía a la mente del escritor en estas condiciones. Rousseau, también necesitaba estar en movimiento para dar curso a su inspiración. Por el contrario, Gustavo Flaubert, el genial autor de "*Madame Bovary*" y otras novelas, Milton y Marcel Proust, sólo podían escribir en reposo. El cigarro era el más fiel estimulante de George Sand, aunque también recurría al ajeno como un medio de apresar las ideas vagabundas. Para alcanzar la plenitud creadora, la mayoría de los grandes escritores han buscado la soledad. En el silencio nocturno, en la actitud acogedora de los cuartos nimbados de silencio, han nacido grandes obras literarias. Cuando Emerson se proclamaba a sí mismo "un salvaje", entendemos que lo decía simbólicamente, recurriendo a una metáfora que reflejara su aversión a toda compañía durante sus períodos fecundos. El retiro, el silencio y la soledad han sido con frecuencia los estimulantes más eficaces del espíritu en trance de creación. Alejado de todo bullicio, de toda presencia inoportuna, de todo ruido cotidiano, el escritor encuentra las huellas de sí mismo y se encamina directamente hacia el venero donde existe el secreto de la

creación. Es el caso de Oscar Castro que buscó y encontró en el silencio provinciano las condiciones favorables para crear sus maravillosos poemas, sus cuentos, sus novelas, sus obras de teatro, lo que jamás habría conseguido si hubiera vivido en una gran ciudad con todas sus incitaciones negativas para el intensivo cultivo del arte.

Los grandes genios literarios han padecido en su mayor parte de desarreglos nerviosos. Algunos han sido neuróticos, epilépticos, psicasténicos, maniáticos. Entre los que padecían de algunas de estas enfermedades nerviosas podemos nombrar a Flaubert, Napoleón, Rousseau, Dostowiesky, Darwin, Dumas, Emilio Zolá, Machado de Assis y otros. Augusto Compte, el filósofo del positivismo, sufría crisis de locura y Pascal padecía de frecuentes alucinaciones. En algunos casos se exageran los colores sombríos y los defectos se agrandan a través de los biógrafos o de los simples comentarios. Pensando posiblemente en esto fue que Emilio Zolá escribió lo siguiente, refiriéndose a sí mismo: "Trabajo y me sómetro al tiempo y a la buena fe del público, para que se me conozca y comprenda, al fin, bajo el montón de tonterías sobre mí acumuladas".

De todos modos, sano o enfermo, normal o maniático, místico o depravado, temperante o vicioso, el escritor no es sino el intérprete de un mensaje inédito y personal, que dará a luz cuando su estado de madurez espiritual lo obligue a hacerlo. Nada ni nadie podrá torcer el rumbo del escritor cuando su vocación es verdadera, cuando ha escuchado el imperioso llamado de su mundo interior y no ha desoído las voces de su destino. Ni el hambre, la miseria, el desprecio colectivo, la incomprensión de los de abajo y la indiferencia de los de arriba harán cambiar el curso de la vida de un escritor. Tal vez es, entre todas, la vocación más tiránica, a la que no

se puede eludir cuando el espíritu está poseído por el amor a la creación literaria.

En el caso de Oscar Castro la vocación se manifestó a temprana edad. Debe haber sido un silencioso y solitario proceso de gestación interna, una indefinida angustia que tuvo su válvula de escape con la creación de los primeros versos escritos y publicados en la revista "Corre-Vuela" y "El Pene-ca" el año 1927.

A los 18 años, pálido, de aspecto tímido, se acercó a Miguel González Navarro, director de "La Semana" de Rancagua y le entregó un poema para que lo leyera y publicara "si tenía méritos literarios". El director era un hombre culto, lo acogió amablemente, leyó los versos y los aprobó sin hablar, con repetidos movimientos de cabeza. El poeta agradeció la amable acogida y se retiró con la misma actitud de tranquila timidez con que había llegado.

El 9 de marzo de 1929 apareció en La Semana el "Poema de su ausencia", firmado por Raúl Gris. En sus estrofas, un lector avisado habría adivinado al poeta del futuro, al autor de "Los poemas de la tierra" y de los "Nocturnos desolados". He aquí el "Poema de su ausencia": (inédito)

*Está lejos, Señor, lejos de mi tristeza,
lejos como los cielos, las montañas y el mar,
Surge de mis recuerdos, trémula de belleza,
¡y mis manos ansiosas no la pueden tocar...!*

*Ahora está lejana, mi corazón solloza.
La busco al lado mío: no la puedo encontrar.
Desde lejos me llega su voz maravillosa
y siento sobre mi alma su perfume al pasar.*

La publicación de su poema alegró y estimuló al poeta.

Algunos días después, apareció en el mismo periódico su poema titulado "Canción Gris", que también permanece inédito:

*Alamos que son llamas amarillas.
Alas que escriben viajes en la tarde de otoño.
Cielo de atardecida desteñido.
Y una estrella imprevista que se hunde, sin aviso,
dentro de la mirada vagabunda.*

*La hora muere en mí, como el mar en las playas.
Yo soy el occidente de la luz que se extingue.
Mi corazón, humoso de tristezas,
gira en un remolino de cantos imprecisos.*

Los poemas tuvieron entusiasta aceptación entre los escasos lectores que gustaban de la poesía en la ciudad minera. Nadie, fuera del director del periódico, conocía la identidad de Raúl Gris. A fines de abril de ese mismo año (1929) publica su poema "Amiga", del que hemos tomado una estrofa para valorizar su contenido poético:

*Ardiendo en mis recuerdos, sola en el horizonte,
siento acabarse el mundo más allá de tus manos.
Cierra tus ojos negros y me hundiré en la sombra.
Estira tus brazos distantes y caeré en tus manos.*

El poeta seguía cantando en la sombra, solitario, desconocido en una ciudad donde no existía ningún cenáculo o círculo literario, ninguna institución cultural, por lo que fue llamada, en más de una ocasión "bárbara y minera".

El "Poema de Livia", publicado en mayo, es uno de los mejores logrados en esa etapa de adolescencia, de incorpora-

ción a la literatura mediante favorable acogida de un diario de provincia. No sabemos quién fue Livia. Quizás si nunca existió y sólo fue un sueño en el alma del poeta:

*Se quebrará mi vida como se quiebra un vaso,
y plegando mis alas ¡pobre pájaro herido!
me dormiré en la almohada tibia de tu regazo,
tembloroso de amor y borracho de olvido...*

*Te seguiré llorando mi corazón por entre
la música sin eco de los astros dormidos.
Continuará mi espíritu trémulo de armonía,
dibujando caminos para tus pies de lirio.*

Nadie se imagina en aquella época, ni él mismo, posiblemente, que Raúl Gris llegaría a convertirse con el tiempo en uno de los grandes poetas chilenos y en uno de los más auténticos en sus expresiones de ambiente vernáculo.

El poeta es siempre un solitario. Sus primeros versos publicados le produjeron satisfacción pero no lo envanecieron. En una familia de cinco hermanos, tres mujeres y dos hombres: Graciela, Irma, Elba, Javier y Oscar, el único escritor es Oscar. No tiene antepasados aficionados a la literatura. Su madre era una mujer hacendosa, modesta, campesina. Su padre, hombre adinerado, de severa estampa, sembró hijos en diferentes vientres con el mismo gesto del que siembra frutos en los surcos de la tierra.

—No sé de donde he heredado esto —me confidenció un día—. Todos mis parientes son prosaicos, negados para todo lo que sea arte o literatura.

Yo me sentía asombrado frente a ese fenómeno de la vocación artística. ¿Por qué este hombre de rasgos comunes,

con estilizado perfil de gaviota o actitud de zorzal escuchando el tránsito de la lombriz bajo la tierra, había nacido poeta? Nadie podría formular una respuesta satisfactoria a este interrogante que plantea el misterioso proceso de creación artística.

En la vida corriente, Oscar Castro era un hombre de apariencia mundana. Fumaba con cierta displicencia y sus ademanes parecían los de una persona controlada que vigila sus gestos y actitudes para mantener la corrección. En la intimidad era diferente: chistoso, amigo de "calambours", ingenioso, exento de resentimientos, de envidias o egoísmos, abominaba de los políticos y los calificaba duramente como seres inferiores. Era anarquista sin militancia activa. Había leído a los clásicos del anarquismo: Malatesta, Prokotkin, Mella, Reclus, Nicolai, entre otros, libros que adquiría en una pequeña librería ubicada en la calle Carrera Pinto, cuyo propietario, Hernán Barrientos, era un viejo y entusiasta anarquista rancaguino, relegado a la Isla Más Afuera durante la dictadura del General Carlos Ibáñez y torturado por la policía hasta dejarlo lisiado por el resto de su vida.

Dueño de un temperamento sensible, hiperestesiado, poseía también el don de medir sus palabras para expresar su admiración. Sabía escuchar y hacerse escuchar. De pronto, cuando le correspondía hablar, intercalaba un retruécano y complacía a veces en un juego de palabras que se traducían en una hilarante actitud del grupo. Carecía de poses, repudiaba las frases hechas, los discursos, toda exuberancia verbal que huele a charlatanería, a demagogia que utilizan los "*hombres huecos*" —como los designaba Thomas Elliot— para expresar sus menguados sentimientos.

Como también poseía condiciones de actor, divertía a sus amigos haciendo "la plantilla" de un brillante orador, de un

político demagogo o de un "poeta barato". Su repudio y desconfianza a los políticos eran más bien instintivos. En cambio, amaba y respetaba al pueblo. Comprendía sus dolores, sus luchas, sus miserias, sus aspiraciones, sus vicios, sus virtudes, sentíase parte integrante del proletariado a pesar de su pulcra y correcta apariencia externa.

Durante varios años, Castro fue bibliotecario de la "Biblioteca Eduardo De-Geyter" de Rancagua. Allí lo conocí en 1930. Con su mano experta, comenzó a coger libros de los anaqueles repletos.

—¿Has leído esto? Es de Neruda.

Ante mi negativa, me aconsejaba sencillamente: "Léelo".

A veces me leía trozos de un poema con voz a la sordina, limpia, profundamente humana. Nunca me preguntaba mi opinión sobre el trozo leído, sólo me miraba a los ojos, buscando mi respuesta, y la encontraba, emocionada y silenciosa. Por aquellos años yo tenía lagunas, océanos de ignorancia literaria. Mis lecturas eran desordenadas, torpes, confusas. Oscar, en cambio, había leído muchas obras, bibliotecas completas. Era un lector incansable. Al conocer mis inclinaciones, se encargó de encauzarme por senderos de belleza y dignidad literaria. Fue un amigo y un maestro excelente. Comencé a leer infatigablemente, con verdadera hambre, descubriendo un mundo inédito, fascinante, torturado, místico, fantástico, dionisiaco o diabólico entre las páginas de los libros.

El poeta tenía buena memoria y un cabal conocimiento de la literatura española, comenzando desde Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, Garcilaso, Lope de Vega, Quevedo, Góngora, hasta los modernos nombres de los Machado, Cernuda, Gerardo Diego, Aleixandre, Alberti, Juan R. Jiménez, Miguel Hernández y García Lorca, entre otros, que por aquellos

años representaban los máximos valores de la poesía peninsular.

Era difícil, muy difícil que un poeta novel tratara de sorprenderlo plagiando un verso, una imagen o una idea ajena en alguno de los trabajos que sometían a su consideración. Oscar fruncía el ceño con un pequeño esfuerzo de memoria, ponía en movimiento algún minúsculo resorte del complicado engranaje cerebral y lanzaba su frase lapidaria:

—Esto, mi amigo, tiene dueño. Es de fulano de tal.

No admitía el saqueo a la propiedad intelectual. Le agradaba la expresión personal del escritor o del aprendiz de escritor. Exigía a los demás lo mismo que se exigía a sí mismo: disciplina, autenticidad, honradez, dignidad literaria, severa autocrítica.

El escritor rancagü'no tenía un profundo y humano poder de comprensión. Conocía mis dudas, mis incertidumbres, mis preocupaciones metafísicas, mi vacilante fe en la existencia de Dios. Una noche, después de una conversación sobre el tema, me condujo al patio de su casa.

—Mira hacia arriba. Eso es parte de Dios.

El cielo estaba estrellado. Millones de astros brillaban en lo alto, titilantes, formando parte del cosmos, del infinito, de la vida universal. Permanecí un instante en suspenso, perplejo, como si fuera primera vez que contemplara el firmamento, como si esa visión de eternidad me hiciera comprender mi infinita pequeñez y mi desastrosa ignorancia.

Oscar Castro, antes de ser bibliotecario de la Biblioteca Eduardo De Gey-Ter, había desempeñado diversos oficios: repartidor de pan, administrador de un molino, secretario de un diputado pariente suyo, empleado de Banco. En 1932 instaló una pequeña librería en la calle Independencia de su ciudad natal. Allí nos reuníamos un pequeño grupo de escri-

tores e intelectuales a charlar con el poeta, a cambiar ideas, a hacer proyectos para el futuro. Resultó un pésimo comerciante y hubo de liquidar el negocio ante la consternación de un pariente que lo había ayudado en esa empresa comercial.

En aquella época conoció a Isolda Pradel. Fue un acontecimiento decisivo en su vida. Caminaba yo por la calle comercial de Rancagua acompañado de Isolda, cuando se produjo el encuentro con el poeta. Hice las presentaciones en breves frases:

—Isolda Pradel. El poeta Oscar Castro.

Creo que Castro se enamoró de Isolda en ese preciso instante. Cuando quedamos solos, demostró vivo interés por la muchacha.

—¿La conoces desde hace mucho tiempo?

—No, desde hace poco.

—¿Cómo la conociste?

—Me la presentó Antonio Acevedo Hernández.

—¿Qué es lo que hace? ¿Dónde vive? ¿Conoces a su familia?

Lo informé de lo que sabía sobre Isolda y creo que en ese momento tomó su decisión. Algunas semanas más tarde, Oscar e Isolda contrajeron matrimonio civil. Esa nueva etapa de su vida le produjo sinsabores. La madre del poeta rechazaba el matrimonio de su hijo por razones personales, con ese comprensible egoísmo de las madres que desean la permanencia de su hijo en el hogar. El problema económico se agravó para el poeta. Comenzó a escribir crónicas en un diario local. Por las mañanas atendía un puesto de leche, cuyo propietario era dueño de una nutrida biblioteca. Entre clientes, tarros de leche y libros, el poeta hacía frente a la vida con optimismo. Leía con entusiasmo. Muchas veces, con un libro entre las manos, no se percataba de las personas que

aguardaban para comprar leche y sólo se reintegraba a sus obligaciones cuando se hacía oír la airada protesta de alguna imponente dueña de casa.

Comenzó a publicar sus primeros cuentos en "Leoplán" de Buenos Aires. El pago se lo hacían en billetes argentinos que le enviaban por correo. Eso produjo alivio a su escaso presupuesto mensual. El poeta guardó prudente reserva sobre ese acontecimiento; temía que la veta se malograra al atenuarse, con ofrecimientos de otros escritores, la infalible ley de la oferta y la demanda.

Mientras tanto, la Guerra Civil ensangrentaba a la península. Desde Madrid llega la noticia del asesinato de Federico García Lorca. Los escritores amigos de la República Española se colocaron luto en el corazón. Oscar Castro se estremece y en agosto de ese año escribe su "Responso a García Lorca":

*No murió como un gitano:
no murió de puñalada.
Cinco fusiles buscaron
por cinco caminos su alma.
Le abrieron el corazón
lo mismo que una granada,
¡y el surtidor de su sangre
mancó las estrellas altas!*

El poema fue cobrando vida, creciendo con cada estrofa, prolongándose en la sombra en misteriosas ondas hasta quedar terminado. Cuando lo leyó a sus amigos del Grupo "Los inútiles", se produjo un impresionante silencio. Los presentes, sentimos pasar a nuestro lado, rozándonos con sus imperceptibles alas, el hálito del genio. El poema fue enviado por el

poeta, a fines de 1936, como adhesión a la velada fúnebre organizada por el "Ateneo" de Valparaíso con motivo del fusilamiento del poeta granadino. La lectura del poema en el "Ateneo" repleto de público, provocó una prolongada salva de aplausos:

*Este año no darán frutos
los naranjos de Granada.
Este año no habrá claveles
en las rejas sevillanas
El río Guadalquivir
llevará sangre en sus aguas.
¡Cómo llorará su espíritu
en las guitarras de España!*

Augusto D'Halmar, animador del "Ateneo" del puerto, escribió una laudatoria crónica titulada "Glosa a los recuerdos de un vivo y al responso a un muerto", en la que exaltaba los méritos del poeta rancagüino. Por su parte, Castro escribió a D'Halmar, iniciándose así una amistad epistolar que terminaría con el conocimiento personal de ambos. El autor de "Pasión y muerte del Cura Deusto" y tantos otros libros, se refiere a este acontecimiento en el prólogo de "Camino en el alba" en los siguientes términos:

"El correo me trajo una carta del propio interesado, una carta que hablaba del debatirse de un náufrago por salir a la superficie, mientras desde la orilla, otros se divertían con el espectáculo". Tras cada tentativa frustrada —decía mi correspondencia— sólo conmigo mismo, me hice a mí mismo una promesa de renunciación. Y un impulso más poderoso que mis decisiones, un impulso que ahogaba como una marea mis razonamientos, me llevaba a intentar de nuevo y a estrellar-

me contra esa armadura de suficiencia y despreocupación que reviste a los consagrados”.

El camino de la fama de Oscar Castro fue abierto por la mano fraternal del poeta y periodista Orlando Cabrera Leyva, quien me informó en breve carta del resultado de su misión de dar a conocer el poema de Oscar:

Valparaíso, 28 de diciembre de 1936

Gonzalo:

Estoy esperando el giro y tus noticias. Victoria te envió un libro hace varios días. ¿A qué se debe tanto silencio?

Va en este número una glosa de D'Halmar sobre un poema de Oscar Castro que le entregué con motivo del homenaje a Federico García Lorca, que organizamos durante el VII Salón Libre. Al viejo le gustó mucho ese romance. Y creo que hasta se lo sabe de memoria.

Comunícale esto a Castro. Conviene que sepa que quién se interesó por Lubiccs Milocz se interesó también por él.

Va un saludo proletario para tí y compañeros rancagüinos,

ORLANDO

Con aquella carta, el poeta rancagüino envió al escritor porteño el “Poema de la Tierra”, inédito en esa fecha como toda la obra de Castro, y D'Halmar pudo darse cuenta que se encontraba frente a un poeta excepcionalmente dotado. El espaldarazo estaba dado. Oscar Castro Zúñiga, nacido en Rancagua el 25 de marzo de 1910, era consagrado poeta el año 1936, salpicado con sangre del heroico pueblo español que luchaba contra las tropas moras y fascistas en un dramático esfuerzo para expulsarlos de la patria.

Celia, madre de Isolda, vivía con ellos. Enfermó gravemen-

te. A comienzos de invierno, fueron notificados que debían desalojar la casa que habitaban por estar impaga. Oscar, pálido, silencioso, parecía a punto de derrumbarse frente a esos infortunios pero lo sostenía una poderosa fuerza interna. Fueron inútiles sus esfuerzos por conseguir un trabajo estable. La vida estaba contra él y amenazaba envolverlo en su siniestra marejada. La suegra enferma, la miseria acorralándolo sin piedad, la falta de trabajo, Federico muerto, España desangrándose en un mortal drama fratricida. Era demasiado para un espíritu sensible como el suyo.

En aquellas dolorosas circunstancias se produjo la reconciliación de Oscar con su madre y llegó la primera ayuda en una cesta repleta de provisiones. Aquel gesto inesperado abrió un profundo cauce en el alma del poeta. El horizonte cerrado abrió un ventanillo para mirar con optimismo hacia el futuro y otras manos generosas intervinieron para evitar el desalojo de la casa.

El trabajo periodístico es absorbente, tiránico, pero el poeta se daba tiempo para continuar escribiendo con entusiasmo, estimulado por las cartas de D'Halmar y la cordial estimación de sus compañeros "inútiles". Así fue naciendo, poco a poco, el volumen que se titularía "Camino en el alba", prologado por Augusto D'Halmar. Pero no nos anticipemos a los acontecimientos. En 1937 dí a conocer a Oscar Castro en Buenos Aires por intermedio del escritor y editor Héctor F. Miri. La acogida de Miri fue espontánea, expresada en los siguientes términos:

Buenos Aires, 18 de diciembre de 1937

Muy estimado amigo y compañero:

Hace unos días he recibido su atenta acompañada de los tres poemas de Castro Z. Realmente, me ha proporcionado

Ud. uno de los placeres más grandes que he recibido en estos últimos años en tratándose de literatura. Castro es un Gran Poeta, así, con mayúscula. Su "Romance de la Posada" es una pieza de primer orden y en cuanto al dedicado a Lorca, creo que es el más fresco y puro que todos los que he conocido hasta ahora, —y son muchos—. Si es Ud. amigo de él le ruego que le diga que, apenas leí sus versos, convoqué a varios escritores de categoría, ya consagrados, y les hice conocer su personalidad poética. Todos han sentido la misma emoción y mía y desde ya le consideran debidamente. Quiero ahora pedirle un favor: consiste en que, cuando me escriba, me dé, en cuatro o cinco líneas, datos bio-bibliográficos de Ud. y de Castro: edad, actividad, lugar de nacimiento, proyectos, etc.

Recibí el 2º número de la revista que Ud. dirige. Veo que progresa y me complazco en augurarle éxitos cada vez mayores. Deseándole toda clase de felicidades a partir del año que se inicia, le saluda fraternalmente su amigo

(firmado) HÉCTOR F. MIRI

Por otra parte, envié algunos de sus poemas al poeta Luis Alberto Fonseca, que mantenía una "Sección Literaria" en el diario "Crónica" de Lima. Los triunfos de Castro en el extranjero los sentía como propios. El poeta merecía difusión continental, tarea difícil en nuestra América, donde los intelectuales se ignoran mutuamente, abandonados a su propia suerte por los respectivos gobiernos.

Oscar Castro Zúñiga ya no se pertenecía a sí mismo. Se había incorporado a un ámbito más amplio, en cuanto a poeta, y desde ese instante inicia una etapa de superación y divulgación de su obra que solo termina con su muerte. El poeta-periodista se siente asediado por el medio ambiente po-

litizado de la época, pero se mantiene independiente, libre de amarras partidarias, de acuerdo con sus postulados anarquistas. No obstante, apoyaba honesta y decididamente la postulación presidencial de don Pedro Aguirre Cerda, que encarnaba el programa del Frente Popular, mientras que en sus ratos libres pulía un poema con la admirable constancia de un Flaubert.

El jueves 8 de abril de 1937, se realizó en la Sociedad Rafael Murillo de Rancagua un acto público de adhesión a la República Española. Una muchedumbre expectante, enardecida, llenaba la sala. El programa consistía en dar a conocer el "Romancero de la Guerra Civil Española". Oscar subió al escenario y habló con voz emocionada:

"Y ahí tenemos a Madrid, la heroica, resistiendo los bombardeos y el hambre, parada sobre su propia angustia, recogiendo los huesos y las entrañas de sus milicianos caídos, caídos pero siempre de pie su espíritu, como mecha ardiendo.

"A esta España enorme y sublime, a esta España infinita y ensangrentada, le han cantado los poetas de hoy, los poetas que son soldados sin armas y que recogen los anhelos de la multitud para plasmarlos en belleza. Por eso este "Romancero de la Guerra Civil", que va a darnos a conocer el poeta Francisco Dalma, tiene un valor incalculable como documento de la época. El viene a decirnos que los hombres de letras han comprendido su verdadero papel en la sociedad, que es el de orientar y señalar el camino a sus hermanos".

Una salva de aplausos siguió a las palabras del poeta. El nombre y el espíritu de Federico García Lorca flotaba en el ambiente, saturaba el aire con olor a pólvora y a sangre. El crimen de los fascistas españoles estremeció de justa indignación al mundo civilizado. En los muros de las calles de Rancagua, manos anónimas escribían su nombre de pila: "F-e-

d-e-r-i-c-o". El artista bohemio, Gustavo Martínez Sotomayor, pintó un cuadro estremecedor que tituló "El derrumbe", en el que se veían rostros angustiados de hombres, mujeres y niños, castigados desde el cielo con mortíferas bombas que arrojaban enjambres de aviones mercenarios. Era la tragedia del pueblo español sentida y expresada por un artista chileno desde este lejano rincón de América. Oscar Castro, inspirado en el cuadro "El derrumbe" escribió un poema homónimo que hasta ahora no ha sido incluido en ninguna antología: ni figura en los libros del poeta:

EL DERRUMBE

*Esas campanas negras que doblan y doblan,
esos ojos abiertos como mares de espanto,
esa raíz que nutre los huesos de los pobres
empujando la savia desolada del llanto,
y ese espanto tremendo de las cabezas, y ese
derrumbarse en astillas de todo lo creado
¿de dónde viene? ¿a dónde va? ¿qué playa muerta
recogerá su impulso para crucificarlo?*

*¿Quién te prestó sus ojos para ver la tragedia?
¿Quién te cedió sus manos para pintar el caos?
¿No sé qué ciegas rutas, qué ríos subterráneos
van por tu sangre en súbitos relámpagos
y en galopes sin término
de caballos que cruzan sobre un bosque incendiado.
Este es el siglo bandido de máquinas y pólvora.
Los cimientos que aplastan al pueblo ametrallado.
Es la mano del hombre que mueve calaveras.
Es Europa en delirio, y es España sangrando.*

*Navajazo en el vientre del mundo, y expresión
de hombres que en otro tiempo fueron seres humanos,
se abren las bocas hondas, sin palabra ni acento,
entre los edificios que se vienen abajo,
entre el aplastamiento de la tierra,
entre el hambre que ruge como los leopardos
entre las convulsiones de la gleba
que a parir llorando la Libertad
la Vida y el Milagro.*

Por aquellos días, Augusto D'Halmar avisó telegráficamente que pasaría en ferrocarril por Rancagua, en viaje al sur, y pedía a Castro una breve entrevista personal. La noticia causó alegría y expectación entre los miembros del Grupo "Los Inútiles". Era una magnífica oportunidad de conocer al Hermano Errante de "Los Diez", rodeado de una aureola de prestigio y admiración en los círculos intelectuales del país.

Oscar, impaciente, acudió puntualmente a la cita en la estación de Rancagua. Cuando el tren se detuvo jadeando en el andén, Oscar trepó a uno de los vagones y comenzó a recorrer el convoy para ubicar al Maestro. Ambos no se conocían, pero la gallarda estampa de D'Halmar era inconfundible, profusamente divulgada, además, por la prensa nacional y extranjera.

El encuentro fue una escena memorable. Se abrazaron como viejos amigos. Charlaron de libros, de España, del "Responso a García Lorca", de proyectos para el futuro. Más tarde, D'Halmar me confidenciaba:

—En cuanto lo ví entrar al vagón, me dije: Ese es el poeta. Había en él algo profundo y oculto a la vez que denunciaba a los elegidos.

Ya hemos dicho que Oscar Castro no tenía apariencia externa de poeta. Por el contrario, tenía algo de pícaro, de pájaro malicioso. Sus características somáticas eran las de un individuo corriente, del montón. ¿Qué extraño y misterioso fluído emanaba su personalidad que lo identificaba ante los extraños? Es muy difícil precisararlo y aventurado hacer conjeturas, pero es posible pensar que su riqueza espiritual se desbordaba en presencia de espíritus afines que captaban las emanaciones de su mensaje oculto. De acuerdo con la definición de Krestchmer, Castro pertenecía al tipo esquizotímico que se caracteriza por "un exquisito sentimiento de la naturaleza y una fina comprensión del arte, es estilo personal lleno de gusto y mesura, la necesidad de relacionarse apasionadamente a algunas personas, una susceptibilidad exagerada a los enojos, preocupaciones y fricciones de la vida cotidiana".

El triunfo del Frente Popular provocó eufórico entusiasmo a lo largo y ancho del país. Las estrechas calles de Rancagua se estremecieron con los gritos, consignas y aclamaciones del pueblo. Miles de mineros que habían bajado de Sewell, Caltones, Coya y Pangal recorrían las calles viviendo al Frente Popular y al abanderado don Pedro Aguirre Cerda. Oscar Castro estaba a cargo de una Secretaría Política del Frente Popular. Pálido, ojeroso, enflaquecido por muchas noches sin dormir, de agobiante trabajo, el poeta sonreía luminosamente. Nos confundimos en un estrecho abrazo. Habían triunfado nuestros ideales. Deseábamos fervorosamente la redención y el bienestar del pueblo. Nada pedíamos ni esperábamos para nosotros; después del triunfo seguimos exactamente igual que antes, que siempre, desempeñando nuestros modestos cargos o funciones. Los audaces, empero, aquellos que están siempre al acecho en primera línea, los "hombres corchos", asaltaron

los mejores puestos de la administración pública y muchos de ellos lograron ubicarse en el servicio consular o diplomático o en suculentas sinecuras.

Terminada la euforia del triunfo, reintegrados a nuestras tareas cotidianas, Castro continuó como director de "La Tribuna". En sus ratos libres pulía sus versos, creaba nuevos poemas, fiel a su vocación insobornable. Así fue naciendo, poco a poco, "lento y seguro como una estrella", según la admirable frase de Goethe, su primer libro titulado "*Camino en el alba*". Pronto el volumen estuvo listo, mecanografiado en limpio, corregido. Faltaba solamente el editor. Pasaba el tiempo y el libro seguía inédito. A veces, Castro se malhumoraba si se hacía alusión a la tardanza en aparecer su libro. Era un ser tranquilo y apacible, contemplativo, pero ciertas cosas lo sacaban de quicio. Sufrió todo el calvario de saberse postergado, conoció las negativas de los editores que sólo miran el negocio inmediato y no quieren aventurarse a lanzar a un escritor inédito. En su larga y penosa vía crucis, Castro supo llevar con entereza y dignidad el pesado madero de la incomprensión y la indiferencia de muchos frente a su labor poética. Nunca lo vimos desmayar. Nunca quiso tampoco hipotecar su libertad a cambio de dinero que le habría servido para publicar su obra y satisfacer sus legítimos anhelos. Alcanzó a beber mucha amargura antes de que las manos generosas de Augusto D'Halmar y de Ernesto Galiano se le tendieran a través de la distancia.

Fue Ernesto Galiano, secretario de la Biblioteca Nacional y admirador del poeta rancagüino, quién se encargó de buscar editor para "*Camino en el alba*". Por fin, lo encontró en la persona de don Carlos George Nascimento. Firmado el contrato de edición, comenzó para Castro una nueva etapa de su vida. Las primeras pruebas de su libro, impresas en

largas cintas de papel, lo hicieron estremecerse de oculta alegría, como el padre ante su primer hijo. Su silencio era elocuente. Deslizaba sus manos pálidas por la cinta de papel y aspiraba con fruición el aroma de la tinta de imprenta. La corrección de pruebas fue una fiesta, rodeado de unos pocos amigos que se sentían tan entusiasmados como él frente al acontecimiento de la publicación de su primera obra literaria.

A fines de 1938, después de angustiosa espera, apareció "Camino en el alba" con un elogioso prólogo de Augusto D'Halmar. La crítica lo acoge sin reservas, lo estimula y lo define como uno de los valores jóvenes de más porvenir en las letras chilenas. No obstante, el conflicto íntimo no estaba resuelto. "Camino en el alba" era una etapa superada, un hito en el camino que había empezado y que nadie sabía cuando y donde terminaría, a pesar de todos los presagios favorables. Castro deseaba desprenderse de la rima y escribir en verso libre, abrir las alas para liberarse de las ataduras del soneto y del romance; a veces tomaba a broma su facilidad para versificar y decía jocosamente a sus amigos: "*Mira, si me lo piden, puedo escribir romances por metros o kilómetros, a gusto del consumidor*".

Al publicar su primer libro, el poeta tenía veintiocho años. Su figura estilizada, su cabello liso, cuidadosamente peinado, hacíanlo aparecer más joven. Seguía escribiendo poemas, cuentos y esbozando novelas sin reposo, acosado por una permanente inquietud creadora que no le daba tregua, como si algo o alguien le advirtiera que debía aprovechar su tiempo al máximo.

Sus gustos literarios eran definidos. Admiraba a Walt Whitman. Habla con entusiasmo del gran poeta norteamericano, le fascinaba su fuerza expresiva, su franca rebeldía, su intransigencia frente a los poderosos y su amor por los hu-

mildes. Fue entonces cuando comenzó a escribir los poemas sin sujeción a rima que forman parte de su libro "Viaje del alba a la noche" (1940). Es preciso afirmar que no fue un imitador de Walt Whitman. Bebió en las fuentes frescas e inagotables del hijo de un carpintero que tuvo la ambición —y lo consiguió— de ser el "poeta de América", pero el producto de su admiración fue una obra auténticamente personal y rigurosamente honesta.

A mediados de 1939, Oscar Castro abandonó la dirección de "La Tribuna" y asumió el cargo de escribiente-bibliotecario y profesor suplente de los cursos de preparatorias en el Liceo de Hombres de su ciudad natal. Aquello significó un alivio económico en la difícil vida del poeta, sometido a privaciones y obligado a llevar una existencia casi ascética.

De aquella época conservo la nítida visión de Castro sorbiendo su mate a la orilla de un brasero encendido, al abrigo del amplio corredor de su hogar rancagüino. Era aquella una casa de curiosa estructura. Se entraba por un ancho portón colonial y había que caminar casi media cuadra por un callejón de ladrillos para llegar frente a una pequeña puerta hospitalaria, abierta siempre para la amistad. Allí nos reuníamos algunos amigos. Sorbiendo su mate que le cebaba Celia, su suegra, o bebiendo una taza de café, el poeta hablaba sobre poesía o arte en general, sin pontificar, sin poses, manteniendo un tono de voz que no evidenciaba orgullo ni engrimiento por su calidad de poeta consagrado.

Muchas veces lo vimos leer manuscritos de escritores principiantes que le llevaban sus trabajos para conocer su opinión, sin impaciencia, con el entusiasmo de un cateador para descubrir la pepita de oro entre el ripio y la piedra de esos manantiales inagotables que forman la producción de los aficionados.

En medio de sus afanes burocráticos y literarios, el poeta tuvo una buena noticia: había obtenido el primer premio con su poema "Romance de los veinte conspiradores" y dos menciones honrosas en el certamen literario abierto por la "Asociación Popular de Educadores de Liniers" de Buenos Aires. El horizonte cerrado comenzaba a abrirse hacia un futuro promisor. Si bien es cierto que las jornadas cotidianas eran duras y prolongadas, restándole tiempo y tranquilidad para la creación artística, no es menos cierto que "La vida rutinaria no hace nunca feliz", —como lo afirmó el Conde de Keyserling—, "sin el sentimiento o, por lo menos, sin la ilusión de la creatividad no hay felicidad posible".

Isolda Pradel, su abnegada compañera, lo alentaba con su presencia, su amorosa vigilancia y estimulante comprensión. Ella se alegraba tanto o más que él con los triunfos del poeta. Celia, madre de Isolda, menuda, enérgica, era el elemento moderador, la parte práctica, la única que mantenía la cabeza despejada cuando se hablaba eufóricamente de triunfos literarios y resultados económicos. Ella sabía, por dolorosa experiencia, lo efímero de los sueños basados en el entusiasmo.

Una nueva satisfacción alegró el hogar de Castro: el Instituto de Información Campesina de Santiago premió uno de sus poemas. El éxito comenzaba a recompensar los prolongados esfuerzos del poeta. Los diarios y revistas publicaban su nombre, se referían a su obra y su estampa fina y estilizada era señalada en las calles de Rancagua por los apresurados transeúntes. La ciudad minera ya tenía un poeta de prestigio nacional que cantaba melodiosamente a los trigales mientras apacentaba "un rebaño de estrellas", única riqueza de quien carecía de dotes para la vida utilitaria.

Creo que fue en esa época que Oscar comenzó a interesar-

se en el espiritismo, impulsado por una fuerte curiosidad para descifrar el misterio de la muerte. En compañía del poeta Néstor Montesinos Hoffman practicaban sesiones de espiritismo en una desmantelada pieza de su hogar, invocando a diferentes espíritus que se hacían presente con leves golpes convencionales de una mesita de tres patas. Una noche invocó el espíritu de Amado Nervo. El poeta tardó en hacerse presente. Una silenciosa expectación de rostros tensos y manos temblorosas llenaba la cavidad del cuarto mientras los miembros del grupo aguardaban la visita espiritual del vate mejicano. Oscar, con un lápiz en su mano, ejerciendo de "medium", se dispuso a escribir el mensaje del poeta, pero éste solo indicó su nombre y mantuvo hermético silencio, defraudando a los noveles espiritistas de rostros amedrentados.

Néstor Montesinos era un hombre alto, pálido, espigado, de ojos profundos, con aspecto de persona que transita en puntillas por la tierra. Su afición a las prácticas espiritistas contagió al poeta rancagüino, deseoso siempre de indagar la verdad de fenómenos que no tienen una explicación científica. Por aquellos años (1933) aún no se oía hablar de parapsicología ni de los misteriosos fluidos que transmiten el pensamiento ajeno.

Castro se apasionó también por el juego del póker, que había aprendido mientras fue jefe de estación en Caletones. Por las noches iba al Club y permanecía hasta altas horas de la noche frente al tapete verde de la mesa circundada de jugadores avezados, entregados a su tarea con ciega obstinación. Isolda trataba de disuadirlo. Era inútil. Oscar hacía promesas que no podía cumplir o no pensaba cumplir. Una noche le confidenció:

—Nunca jugué, Isolda, con el deseo o la ambición de ganar. Jugaba y juego por el placer de hacerlo. ¡Si supieras,

si pudieras sentir esa sensación extraña, enervante! Créeme, siempre que gané me sentí infeliz y desgraciado”.

En otra oportunidad, acosado por los consejos y recriminaciones de Isolda, le dijo serenamente:

—Pienso, Isolda, que en ninguna parte puede conocerse mejor a un hombre que alrededor de una mesa de póker. Allí están sus ojos, sus manos, el arco de sus cejas y la comisura de su boca. Todo, hasta su piel es envuelta en la pasión que nace de sus entrañas, de la médula de sus huesos y hace trabajar su cerebro en forma inconcebible. Si no has leído “*El jugador*” de Dostoievski, léelo; ahí sabrás lo que es eso”.

El póker fue su único vicio. Bebía muy poco. Su salud, su hígado delicado no le permitían excesos alcohólicos. Fumaba moderadamente. Su fuerza de voluntad lo ayudaba a disciplinarse. No obstante, el naipe lo hacía reincidir y olvidar sus promesas de no volver a frecuentar el Club. El hombre es un ser complejo, contradictorio, que lucha contra fuerzas negativas que intentan detenerlo en su camino hacia la superación del ser espiritual torciendo su destino, conduciéndolo a tenebrosos laberintos de los que logra escapar con el esfuerzo de un Sísifo en constante proceso de superación, cayendo y levantando, dañado y recuperado en sus íntimas y anímicas estructuras. Las tensiones frente a la mesa de juego deben haberlo enriquecido interiormente con la imagen de los jugadores con las cartas en la mano, herméticos, reconcentrados, ajenos a todo lo que no sea el abanico de naipes de los que depende su suerte, su tranquilidad y por consecuencia el dolor y el desaliento de los otros. Los jugadores, en general, son grandes fumadores. Las salas de juego, repletas de humo, semejan fumarolas o antesalas del infierno que envuelven los fatigados rostros de los hombres inclinados so-

bre las mesas, con todo el fuego interior concentrado en la mirada de gavilán en acecho de su presa.

El poeta comprendía que todas las experiencias, aún las más extrañas y sórdidas, sirven de rico material para la creación literaria, de incentivo para alimentar la llama interna que a veces se convierte en hoguera que devora y destruye al creador. Los poetas utilizan múltiples recursos para estimular la creación literaria. No obstante, en Castro había cierto equilibrio que evitaba los excesos y lo detenía en el umbral de las tinieblas para evitar la caída.

Una forma de realizarse plenamente es aceptar el sufrimiento propio y ajeno como elementos constructivos para la creación artística. La capacidad de sufrir es siempre valiosa. Castro aceptó su cuota de sufrimiento y amargura, la asimiló, la elaboró y la transformó en poemas, cuentos y novelas sin que se advirtiera el origen de la fuente creadora. El sufrimiento, no como recurso expiatorio, sino por el contrario como elemento de enriquecimiento interno, hizo de Oscar Castro un poeta profundo en todos sus poemas, aún en los de tono menor, como secuencias inseparables de un definido proceso creador.

El autor de "*Camino en el alba*" era un hombre sedentario. No le agradaba viajar. Permaneció toda su vida en su ciudad natal, con excepción del año y medio anterior a su muerte, fecha en que fue designado profesor de un Liceo de Hombres de Santiago. No le agradaba la capital con su bulli-cio, su agitación cotidiana de gran ciudad, sus muchedumbres anónimas. Le gustaba caminar lentamente por las solitarias calles de Rancagua, ir de vez en cuando al cine a ver una buena película o encerrarse en el Club para participar en una mesa de póker entre gente que nada tenía que ver con el arte o la literatura, hechos de una pasta diferente, de

duro material utilitario. Su gran pasión fue la lectura. Leía incansablemente. Su biblioteca iba creciendo poco a poco. Romain Rolland, Dostoievski, Gogol, Chejov, Artzibacheff, Gorky, Tolstoy, Huxley, Axel Munthe, Knut Hamsun, Remarque, Flaubert, le eran familiares. Poseía una sólida cultura literaria que iba enriqueciendo con lecturas seleccionadas, nutriéndose en las fecundas ubres de la literatura universal, devorando bibliotecas, bebiendo en las fuentes de todas las lenguas vertidas al español.

Aunque nacido en la ciudad, el poeta era de origen campesino. Conoció de cerca el campo y los hombres que lo trabajan. Por eso muchos de sus poemas cantan y exaltan a la tierra y por eso su primer volumen de cuentos publicado en 1940 se titula "Huellas en la tierra". Su aparición causó justificada alegría al poeta y a sus amigos íntimos. Ello significaba que Castro comenzaba a ser tomado en cuenta por los editores, por la crítica y se incorporaba definitivamente a la literatura chilena. El poeta acentúa el ritmo de su producción con el sencillo afán de un hortelano, mientras la esperanza germinaba en su corazón con un oculto rumor de abejas fatigadas. Escribe sin reposo, hurtándole horas al sueño, quedándose en cama, fingiéndose enfermo para no asistir al Liceo y disponer de algunas horas libres para dedicarlas al cultivo de su vocación. Era exigente consigo mismo. Varias veces lo vimos romper originales manuscritos que nos parecían hermosos y bien logrados poemas, que no contaban con la aprobación de su severa autocrítica.

En 1943, con motivo del segundo centenario de la fundación de Rancagua, publicó "*Las alas del Fénix*", romances de una ciudad heroica. En 1944 publica "*La sombra de las cumbres*", cuentos y novelas breves, en los que se advierte una evidente superación en el rigor estético de su estilo. El

mismo año publica, bajo su peculio, "*Reconquista del hombre*", conjunto de poemas de alto vuelo lírico y hondo contenido humano, con leves reminiscencias de Walt Whitman.

El año 1945 es propicio para el escritor. La Municipalidad de Rancagua lo designa Hijo Ilustre y le hace entrega de una medalla de oro en un solemne acto realizado el 17 de junio de 1945 en el Teatro San Martín. El discurso y entrega de la medalla de oro al poeta y prosista estuvo a cargo de don Jorge Grimberg Villarroel, Alcalde de la Municipalidad de Rancagua. Fue una velada inolvidable. El número de fondo estuvo a cargo del novelista Nicomedes Guzmán, quien leyó su "Recado sobre Oscar Castro y su obra", acabado análisis de la obra literaria del escritor. Castro ya estaba herido de muerte por la tuberculosis. Esto, al mencionarlo, al escribirlo, parece una mera frase de clisé, una afirmación rutinaria, pero no es así porque en el fondo, más allá de las palabras hay una categórica y dramática verdad. Nadie sabe cuando, en que instante comienza la tuberculosis a horadar los pulmones con sus mortíferos y silenciosos estiletos, con sus ciegas arañas que cavan las cavernas como siniestros mineros en las oscuras galerías de los pulmones enfermos. No obstante está allí, presente, misteriosa, artera, destruyendo tejidos, abriendo forados, socavando galerías, creciendo semejante a una enredadera subterránea que avanza sin que nada ni nadie pueda detenerla, extendiendo abanicos de bacilos en las redes pulmonares. Castro, al comienzo, se quejaba de bronquitis. Nunca imaginó que llevaba la tuberculosis consigo como un siniestro y silencioso inquilino en la misteriosa hornacina de su cuerpo para herirlo arteralmente en pleno vuelo.

Para asistir al homenaje público que se le rendía, hubo de suspender su reposo y abandonar el lecho en el que permanecía confinado por prescripción médica. Intensamente páli-

do, emocionado, el poeta agradeció el clamoroso aplauso del público, recitó algunos de sus poemas y abandonó la sala para continuar el reposo interrumpido.

Ese acontecimiento, que podría haber envanecido a cualquier escritor, no afectó a Oscar Castro. Continuó siendo el hombre modesto, sencillo y cordial sin zalamerías en la vida cotidiana. En la intimidad hizo algunas bromas sobre el precio en que se podría vender la medalla de oro "convertible en papel moneda" para solucionar algunos problemas económicos.

Con una capacidad de trabajo admirable y desconcertante si pensamos en su decadencia física, Oscar continuaba escribiendo. Tenía treinta y cinco años. En un lapso de siete años ha publicado seis obras y mantiene inédito: *Lina y su sombra*, *Llampo de sangre* y *La vida simplemente*, novelas; *Seres y Sombras* y *Política*, dramas y *Glosario gongorino*, poemas. Esto nos da una clara idea de la fecundidad extraordinaria de su talento creador y de su tenacidad para realizar su vocación a pesar de sus dolencias físicas y angustias económicas, de su escasez de tiempo, de su condición de galeote burocrático sometido a horarios estrictos y controles de asistencia.

Ahora bien, entrando al terreno de las especulaciones, podemos preguntarnos si la tuberculosis no fue un factor positivo para la producción literaria de Castro. Algún secreto instinto parecía advertirle que debía aprovechar su tiempo intensamente, que el plazo no estaba distante, que era preciso recuperar horas perdidas para siempre en el umbral de la eternidad. Leía y escribía sin reposo, sin tregua, semejante a un galeote encadenado a su tiránica vocación de artista. Hasta avanzadas horas de la noche estaba en su pieza de trabajo escribiendo, llenando cuartillas con su letra clara y armoniosa, corrigiendo y puliendo sus cuentos y novelas. Junto a

su mesa de trabajo tenía escrito un pensamiento de Nietzsche: *“Es necesario tener un caos adentro para producir una estrella”*.

En el Bar “Yokohama”, de propiedad de un japonés de apellido O’Kimoto, conversé varias veces con Castro. Ya he dicho que era un hombre sobrio. Bebía una cerveza o un vaso de agua mineral. Se disculpaba sonriendo:

—Es el hígado, compañero. Es mi mejor amigo para evitar desarreglos.

Me hablaba con reposado entusiasmo de sus proyectos; le desagradaba que la crítica y el público lo creyera solamente poeta.

—Además de poeta yo soy novelista, compañero. La crítica se empeña en destacar mi poesía y silencia o acepta a regañadientes mi condición de novelista.

En una oportunidad me dijo estas palabras:

—Uno no escribiría ni una sola sílaba si no estuviera seguro que lo que está haciendo es lo mejor del mundo.

La frase, aparentemente pedante y suficiente, es reveladora para comprender la psiquis del escritor en general. El escritor ¿para quién escribe? Esta pregunta ha sido formulada muchas veces y nunca ha sido respondida satisfactoriamente. Los libros no son un buen negocio. El escritor, como en el caso de Oscar Castro y de muchos otros, escribe para gozar de prestigio, para conquistar la fama, para no perecer irremediablemente porque el escritor muere pero sigue viviendo en sus libros que lo salvan del olvido, de la muerte definitiva, dejando un testimonio de su paso por la vida.

A veces, Oscar defendía su soledad con obstinación. Eso le ocurría, especialmente, cuando estaba escribiendo una obra. En esos casos no aceptaba la visita de amigos indiscretos y a veces se negaba a ir a su trabajo en el Liceo de Hombres de

Rancagua, con el pretexto de una imaginaria enfermedad. El tiempo, para un escritor, es sagrado. Nada ni nadie tiene derecho a quitárselo, a desviarlo de su camino, a arrastrarlo a actividades reñidas con su vocación. No es egoísmo ni misantropía sino una profunda inversión de su tiempo que después beneficiará y aprovecharán los mismos que pretendieron apartarlo de su vocación artística.

Por aquella época, 1946, Oscar Castro tenía una sólida cultura literaria. En el Liceo de Hombres de su ciudad natal ejercía el cargo de profesor de castellano en los cursos preparatorios, a pesar de no tener título universitario, a semejanza de la Mistral. Profesores y alumnos lo apreciaban por sus dotes de sencillez y amabilidad y por esa magia que emana de los espíritus selectos. No obstante, exigencias de los reglamentos del magisterio obligaron a la Rectoría a disponer su traslado a Santiago.

Ese simple traslado administrativo, esa fría medida burocrática, fue el comienzo del derrumbe físico del poeta. En Santiago fue designado para hacer clases en el Liceo Juan Antonio Ríos, ubicado en la calle Mapocho, a la altura del 3700, en la Comuna de Quinta Normal. Instalado en una modesta casa de pensión, mal alimentado, pésimamente atendido, respirando el aire viciado por los gases y las aglomeraciones humanas, el poeta comenzó a decaer visiblemente.

A comienzos de 1947 ingresó al Hospital El Salvador con diagnóstico de "tuberculosis pulmonar avanzada". Se le instaló en una pequeña pieza, aislado, para evitarle la dura realidad de una sala común. La ciencia médica había descubierto un eficaz antibiótico: la estreptomina. En el país había sólo unos cuantos gramos, destinados a enfermos graves. Se decía que era una medicina de gran eficacia, una verdadera revo-

lución en la terapéutica para el tratamiento de la tuberculosis.

El antibiótico era escasísimo y de alto precio. Fue entonces cuando intervino Julio Arriagada Augier, Subsecretario de Educación y admirador del poeta. Personalmente inició las gestiones para importar algunos gramos de estreptomycin que podrían salvar la vida del autor de "*Comarca del Jazmín*". Raú González Labbé, amigo dilecto del poeta, me informó en carta de fecha 18 de mayo de 1945 de la enfermedad de Oscar:

"Apreciado amigo:

Como el cuervo negro de Poe llego de nuevo a golpear tu ventana con malas nuevas: Oscar, nuestro amigo querido, está francamente enfermo. El mal de los poetas y escritores de nuestra tierra chilena, lo ha marcado también a él, justamente cuando un premio grande lo consagra prosista y cultor del cuento. Ahora que Oscar deberá alejarse en busca de salud, siento cuánto espacio llena mi amistad para este hombre".

Nuevas y alarmantes noticias me llegaron en carta fechada en septiembre de 1947:

Querido amigo:

Nuestro pobre Oscar está sencillamente grave: una T.B.C. evolutiva de gran extensión lo tiene postrado y en franco peligro de abandonarnos. Esa es la cruda verdad. Lo veo continuamente en Santiago ya que aprovecho días festivos sin mayores quehaceres aquí, ya por viajes obligados de la profesión. Precisamente el martes estuve con él. Siempre la fiebre alta en las tardes, la tos, la inapetencia, la falta de sueño. Comenzarán a ensayar la droga salvadora de unas cuantas

desahuciadas, la Estreptomocina, apenas consigán 25 gramos de ella. Hay sólo 5. Es esta una droga muy escasa, sumamente cara (\$ 114.— el gramo), es imposible de comprar así no más. Nosotros (Navarro y yo) iniciamos una violenta campaña para adquirir aquí algo por intermedio del Hospital y Farmacias amigas. Puede que consigamos algo.

Si se consigue mejorar el actual estado de Oscar (para mí es muy posible con Estreptomocina) la Preventiva lo despachará para San José de Maipo por un par de años cuando muy menos. Por fortuna allá tengo médicos amigos que le harán la vida a Oscar más llevadera y cómoda. Nosotros mismos podremos ir a visitarlo de vez en cuando. Total, hay que esperar que pasen estos días terribles, que se consiga de cualquier modo la droga (el Ministerio de Educación con don Enrique Molina está dispuesto a pagar toda la que se necesite) y tendremos a nuestros mejor poeta vuelto a la salud relativa, compatible con la vida y sus miserias”.

La apetecida droga fue inyectada en el débil cuerpo del poeta pero ya era demasiado tarde. La tuberculosis había destruido ambos pulmones y la estreptomocina ya no tenía ninguna eficacia sobre su organismo. El poeta languidecía lentamente. Pálido, flaco, sus ojos se habían hundido en las órbitas y de toda su estampa física se evadía la certeza de que se aproximaba el desenlace.

No obstante, mantenía su optimismo.

—Esta pelea, compañero, la gano yo —le dijo un día a su amigo Raúl González Labbé—. Algo o alguien lo sostenía en esa dura lucha con la temible enfermedad.

El poeta pasó muchas noches en vela. Pensaba en los suyos, en la angustia de Isolda, en la soledad de Celia, en la suerte de la pequeña Ibelda, su hija adoptiva. Esos tres seres dependían de él y le dolía dejarlos en el desamparo. Pensaba

también en sus amigos, en su ciudad natal, en el tierno pregón de los vendedores nocturnos en las calles rancagüinas, en las eufóricas reuniones en el Restaurant del "Sordo Durán", en la quietud de los atardeceres cuando las campanas de la catedral echaban a volar sus metálicos mensajes.

Oscar decaía progresivamente. Murió al amanecer del 1º de noviembre de 1947. Lo encontró muerto la enfermera de turno al visitarlo para colocarle una inyección. ¿Qué pensó Oscar Castro en sus últimos momentos? ¿A quiénes recordó antes de entrar al gran silencio, a la eternidad? Es posible que haya pensado en los suyos, en sus amigos, en sus pequeños alumnos. Una muerte tan sola, en un cuarto de hospital, es como un símbolo de la vida del poeta que pasó por la tierra en puntillas, sin hacer ruido, entregado a su tarea de crear belleza con el lenguaje de los elegidos.

Los reglamentos en los establecimientos hospitalarios son rígidos. Los pacientes fallecidos deben ser trasladados a la Morgue si los parientes o amigos no reclaman oportunamente el cadáver. A veces son llevados a la Escuela de Medicina para su aprovechamiento en las clases de anatomía.

El primer amigo en conocer la muerte de Castro fue el periodista Renán Andrade, que en esa época pertenecía al Cuerpo de Carabineros. Andrade lo visitaba asiduamente. Eran viejos y buenos amigos. Ambos habían trabajado juntos en "La Tribuna" de Rancagua y mantenían estrecha amistad, robustecida con el encuentro en la capital. Renán Andrade, como de costumbre, fue a visitar a Oscar y encontró la cama vacía, deshecha, los colchones doblados en la forma acostumbrada en los hospitales cuando un lecho ha sido definitivamente abandonado por el paciente. Andrade, perplejo, sufrió un rudo golpe y tuvo un trágico presagio que se resistía a creer. Permanecía mirando el lecho, sin atinar qué

hacer, cuando se aproximó un viejo empleado de servicios menores del Hospital que lo conocía por haberlo visto muchas veces en ese sitio, y ante el rostro interrogante y premioso de Andrade, le informó con tono lastimero:

—Se le fue su amigo, señor.

—¿Dónde está Oscar, por favor?

—En el Depósito. Tiene que apurarse antes que lo lleven a la Morgue.

Ahí, sobre una alta camilla forrada de latón, entre otros cadáveres, estaba el cuerpo desnudo de Oscar Castro, con la barba crecida, los ojos levemente abiertos, terriblemente solo, incorporado a la eternidad en el siniestro andén del hospital. Renán Andrade, profundamente emocionado, lo miró un instante y en seguida corrió a comunicar la noticia telegráficamente a Rancagua.

Así terminó la vida de Oscar Castro Zúñiga, poeta, escritor, periodista, dramaturgo, segador de lunas y de estrellas, hortelano de su predio interior que cultivó con silenciosa devoción. En uno de sus poemas había anunciado su final:

*Si de repente me muriera
como se cae un campanario,
retremblarían las campiñas
en un galope de centauros.*

EL ESCRITOR: SU OBRA

CAMINO EN EL ALBA

A fines de 1938 apareció "*Camino en el alba*", poemario editado por Nascimento, 126 páginas, prologado por Augusto D'Halmar. El libro consta de 39 poemas, dividido en las siguientes partes: Música del camino (14 poemas); Posada de las evocaciones (13 poemas); Aromas de la tierra (9 poemas) y La encrucijada con sangre (3 poemas). †

"*Camino en el alba*" significó para su autor la consagración definitiva. La crítica lo acogió sin reservas y el público agotó la edición en pocos meses, hecho extraordinario si consideramos la lentitud con que se venden los libros de poemas en el mercado nacional. †

La poesía de Castro es diáfana, armoniosa, profunda, nunca frívola o convencional, se caracteriza por la fluidez y la claridad del pensamiento, por la rima asonante y su sentido profundamente humano, manteniendo siempre el poema en un tono de admirable rigor estético. Los temas populares, el paisaje campestre, la presencia telúrica, son recreados en un lenguaje culto, depurado, sin ripios ni retoricismos, utilizando imágenes y metáforas de gran belleza y expresión, al alcance de una gran masa de lectores capaces de recibir y disfrutar su mensaje poético, lo que contribuyó a la difusión y éxito de su primer libro. †

Su severa autocrítica le impedía mantener un poema que no lograra su total aceptación. Riguroso consigo mismo, pu-

lía sus versos como un artífice, corregía, rectificaba un verso, cambiaba una palabra, hasta quedar satisfecho o en caso contrario, arrojaba las carillas al cementerio de las frustraciones literarias. *

Hijo y nieto de campesinos, amaba el campo y sentíase una prolongación de la tierra: *“Un abuelo de mis abuelos // era padrino de los álamos. // Otro acuñaba lunas nuevas // al levantar su hoz en alto”* (Raíz del canto). Pocos poetas chilenos se han sentido tan hondamente penetrados por la presencia de la tierra, por su aroma, por su esencia íntima, por el mensaje telúrico que emana de la gleba rota por la dureza del arado como una mujer penetrada por la espada del varón.

*“Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero.
Para decir tu salmo sobre tí me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en tí reposan.
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.”*

El verso es sencillamente diáfano, puro, extraído de las íntimas cisternas del poeta enamorado de la tierra hasta el punto de señalar un matiz de narcisismo en el primer verso, equivalente a la más alta expresión de cariño: *“como si fueras mi corazón, te quiero”*. El poeta, ejerciendo su sacerdocio, levanta la voz y dice su salmo pagano, erguido sobre la costra de la tierra, adherido a ella por profundos lazos ancestrales, considerándose a sí mismo un *“tallo moreno”*, una espiga más en las sementeras de la vida. *

*Tierra mía, mi tierra olor a vendimias,
sabor del fruto dulce y del agua que bebo,
el día que tu entraña me recoja y me absorva
te habré devuelto sólo todo lo que te debo.*

Persiste en el poema el amor a la tierra, el agradecimiento a la tierra con olor a vendimias, a cosechas, a trigales maduros, a humilde fragancia del patio de la casa. Sólo un hijo y nieto de campesinos puede sentir tan hondo y con tanta fuerza el llamado de la tierra y expresarla con tan profundas resonancias. El poeta ama los caminos porque forman parte de la tierra y porque son "franja de tierra, única de todos en el mundo". Castro fue pobre, muy pobre y nunca tuvo un sitio propicio "en donde reclinar la cabeza", como le ocurre a muchos soñadores.

Oscar era poeta y no deseaba ser otra cosa, pero no quería escribir versos románticos, azucarados o plúmbeos. El índice de "*Camino en el alba*" refleja, más que nada, sus predilecciones y es un verdadero itinerario de su corazón. El amor, las cosas humildes, la fraternidad, los recuerdos, la madre, los campesinos, son los temas predilectos del poeta y con ellos logró sus mayores aciertos. Cuando mira hacia su niñez, logra también calar hondo en su sensibilidad hipersensitizada al enfrentarse a los recuerdos. En *Romance de barco y junco*, Castro asume su función de alto poeta y extrae de sus ricos yacimientos subterráneos la extraordinaria claridad de sus estrofas:

*El junco de la ribera
y el doble junco del agua,
en el país de un estanque
donde el día se mojaba,
donde volaban, inversas,
palomas de inversas alas.*

• Seguro de sí mismo, consciente de su valía, el poeta creaba sus versos sin urgencias, cumpliendo su misión con res-

ponsable actitud, con el sencillo gesto del labrador que arroja la semilla. En una ciudad como Rancagua, negada para entender a los poetas, su oficio era mirado con frialdad. El poeta caminaba por las calles confundido entre los transeúntes, entre mineros, ignorado por todos, sin más capital que unas cuantas monedas en sus bolsillos pero propietario de una inmensa riqueza interior, de un mundo luminoso y fecundo que llevaba consigo sin que nada delatara su presencia. Emerson insistía en que "la propiedad de un hombre no es lo que posee, sino lo que es". Castro pudo haber caído en la bohemia noctámbula, en el vicio alcohólico, en la desintegración de su condición de poeta por falta de oxígeno para su espíritu selecto, pero sólo se aficionó al póker como a una tabla de salvación, como una alternativa para evitar el temible castigo de la monotonía provinciana.

• Julio Orlandi, profesor de Literatura de la Universidad Católica, ha dicho certeramente que "*el poeta es mero instrumento*". El poeta, en esencia, es el intérprete del mundo que lo circunda, que lo penetra y lo hace vibrar con las infinitas incitaciones de su palpitación universal, extrayendo la belleza de elementos que carecen de valor para el resto de los hombres. "*La maravilla no está en la cosa sino en el ojo que la mira*".

• El crítico Hernán Díaz Arrieta (Alone), escribió lo siguiente sobre este libro:

"Camino en el Alba fue un estallido de frescura, de poesía clara y espontánea en el enmarañado cielo del parnaso chileno. Sus imágenes nuevas, creadas con sencillez, se oponían en ángulo recto con las trabajadas figuras literarias de otros poetas en boga. . . ¡Era el agua cristalina de la fuente serrana, frente al pilón ciudadano regulado con tuercas y llaves mecánicas! No ha tenido el campo chileno voz más pura y au-

téntica, de poesía, de conocimiento y de amor, que el verso renovado de este poeta nuevo”.

Lo significativo del triunfo de “Camino en el alba” puede apreciarse por el hecho de que uno de sus poemas fuera seleccionado, traducido e incluido en la “Antología de la poesía Latinoamericana contemporánea” publicada en EE. UU. por Dudtuy Fitts (1942). El libro tenía todos los merecimientos para recibir el Premio de Poesía de la Municipalidad de Santiago por su valor literario y por la unanimidad elogiosa de la crítica. No obstante, el jurado no la consideró para esa merecida recompensa. La noticia defraudó a sus admiradores y amigos y decepcionó a Castro, quien no volvió a participar en concursos literarios.

VIAJE DEL ALBA A LA NOCHE

Estimulado por su primer triunfo, por la crítica favorable y el fervor de sus amigos, Castro se decide a publicar por su cuenta su volumen de poemas titulado "Viaje del alba a la noche", impreso en los Talleres de "El Imparcial" (1940). El libro consta de 145 páginas y contiene 56 poemas divididos en las siguientes partes: "Valle con sol" (18 poemas); Visión del Mar (7 poemas); Voces múltiples (4 poemas); La flauta en la tarde (8 poemas); Descubrimiento de la noche: 1º Nocturnos desolados (10 poemas) y 2º Nocturnos claros (9 poemas).

Su segunda obra nos demuestra que el poeta no había agotado su menaje campesino. "*Viaje del alba a la noche*", enriquecido por la experiencia, revela una definida superación artística en relación con "*Camino en el alba*". Algunos de los temas se repiten pero animados ahora por una luz más profunda y responsable. Los caminos, los árboles, el agua, las colinas, el mar, la tierra, los hombres, los animales, le sirven de tema para la armoniosa construcción de sus poemas. En "*Viaje del alba a la noche*", Castro se nos revela como un hombre apegado a la tierra, como un hijo a las entrañas de su madre, cantándola con un fervor casi místico, con una adhesión de auténtico campesino, vaciando en sus estrofas el cariño que circulaba junto con su sangre en el caliente cauce de sus venas.

Su hondura metafórica alcanza en los poemas de este libro un equilibrio perfecto entre la emoción, el metro, la rima, la

imagen y la parábola. No hay nada cerebral en sus poemas. Todo es emoción contenida de hombre maravilloso frente al espectáculo del mundo que lo rodea.

Aunque en sus temas predomina el campo, Castro no fue un poeta unilateral. En sus "Nocturnos desolados" canta la angustia, la soledad del hombre, la muerte, el amor de las prostitutas con una actitud de "ángel taciturno", distante, en todo momento, de la hipertrofia literaria que corroía a la literatura chilena de la época.

Para Castro, la poesía no era un mero ejercicio intelectual; era mucho más que eso, era una vocación irrenunciable, un profundo y tiránico mandato que lo obligaba a crear sin reposo, con una tenacidad sostenida por misteriosas fuerzas subterráneas, ocultas en los sótanos de su espíritu.

A veces, su poesía de tono menor adquiere una luminosa transparencia de amanecer campesino, una limpieza de forma y contenido que nos hace recordar a los maestros españoles. "La cabra", incluido en este volumen, es un poemita de antología:

*La cabra suelta en el huerto
andaba comiendo albahaca.
Toronjil comió después
y después tallos de malva.
Era blanca como un queso,
como la luna era blanca.
Cansada de comer hierbas,
se puso a comer retamas.
Nadie la vio sino Dios.
Mi corazón la miraba.
Ella seguía comiendo
flores y ramas de salvia.
Se puso a balar después,*

*bajo la clara mañana.
Su balido era en el aire
un agua que no mojaba.
Se fue por el campo fresco,
camino de la montaña.
Se perfumaba de malvas
el viento, cuando balaba.*

Buffon aseguró que “*El estilo es el hombre*”. Por su parte, Romain Rolland dijo que “*El estilo es el alma*”. Ambas definiciones son valederas para aplicarlas en el caso del autor de “Viaje del alba a la noche”. El hombre y el poeta se confunden e identifican en una armoniosa simbiosis artística que se traduce en belleza expresiva y en evidente actitud humana, sencillamente humana, carente de intención política o de mesiánico mensaje, aunque lo social esté presente en varios de sus poemas.

Según el eminente y desaparecido crítico Ricardo Latcham, el poema titulado Ángel y volantín “es una pieza de antología, de las más perfectas que ha suscitado entre nosotros el motivo angélico”.

*El volantín y el ángel, solos por el espacio.
Trepaban sin romper la burbuja del día.
El volantín y el ángel anclados en el cielo.
Viviendo en un desnudo clima de golondrinas.*

Por su parte, “Alone” expresó lo que sigue al referirse al poema “Niña del alba”, incluido en este volumen:

“Niña del alba” es un pequeño poema perfecto, una criatura viva que no podrá olvidarse. Aquí no hay ningún temor de pronunciar las palabras “obra maestra”. Sobriedad pura, realismo estilizado gravemente, ninguna concesión a la armonía fácil”.

HUELLAS EN LA TIERRA

Ya hemos dicho que Castro había publicado algunos cuentos en la revista "Leoplán" de Buenos Aires. No obstante, en Chile era casi desconocido como cuentista. Las publicaciones nacionales no acogían sus trabajos, lo que irritaba, con justa razón, al autor de "Lucero".

—No quieren entender que además de poeta soy prosista —repetía malhumorado. •

En 1940 apareció su libro "*Huellas en la tierra*" (Ed. Zig-Zag, 155 págs.), que contiene catorce cuentos campesinos y "Entre montañas", el único cuento de tema minero de este autor, lo que demuestra que la mina y los mineros no fueron sus temas predilectos. "*Huellas en la tierra*" es un volumen de relatos parejos, de factura sencilla, embellecidos por la fina y poética prosa del escritor rancagüino. Se trata de un conjunto armonioso en que el autor, con certeras pinceladas, nos muestra diversos aspectos y escenarios de la vida campesina de la provincia de O'Higgins. El libro reveló a Castro como cuentista y la crítica le fue en gran parte favorable, reconociendo en él a un prosista meritorio. •

He aquí algunas críticas sobre este libro:

"Estamos seguros de hallarnos frente a un escritor bien dotado, liviano y ligero en sus evocaciones, poseedor de un instrumento artístico medido y de una sensibilidad alerta y llena de matices en su prosa musical y metafórica. Estamos seguros de que Castro es de los que puede reiterar en la literatura chilena un acento poderoso y renovador con nuevos

relatos, si la autocrítica lo dirige y el halago no lo desconcierta". (Ricardo Latcham, "La Nación").

Hernán Díaz Arrieta, "Alone", lo comentó en los siguientes términos:

"Todos los relatos de Oscar Castro terminan donde deben. La escuela criollista, específicamente nacional, la más representativa de Chile, alcanza en él un brote inesperado y echa una flor fresca. Acaso diríamos mejor un capullo, realidad y promesa. Sólo le falta desplegarse, no temer. Posee las dos condiciones fundamentales, el arraigo en el suelo, la vitalidad jugosa, el nervio vivo, justo y sobre esa "vigorosa desnudez", el "diáfano manto consabido". ("Alone", El Mercurio).

Raúl Silva Castro, en "Las Últimas Noticias":

"Es la impresión de equilibrio la que resalta siempre como nota dominante en estos cuentos campesinos que parecen traspasar la realidad viva y que entregaron una versión ni aliñada ni desabrida. Equilibrio en la vida profunda de las almas, en los motivos de la pasión y en las tentaciones que la vida ofrece y equilibrio en el lenguaje, sereno y claro cuando la ocasión lo exige y algo brusco y como restallante cuando las circunstancias lo aconsejan".

Germán Arciniegas, el ilustre escritor colombiano, agregó sus elogios al autor de "Huellas en la tierra":

"Castro se coloca de pronto con este libro, en un sitio no compartido de la literatura regional por su feliz manera de encontrar la emoción ingenua y dolorosa de estas vidas mínimas sacrificadas". (Revista de las Indias).

Los temores de Ricardo Latcham fueron infundados: el halago nunca desconcertó a Oscar Castro. Los triunfos literarios no lo envanecieron y continuó siendo el mismo hombre-escritor de siempre, cordial sin afectaciones, sencillo en su trato con la gente y afectuoso en la intimidad. Oscar estaba

hecho de buena madera. Abominaba de los escritores petulantés, orgullosos, que hacían ostentación de su obra o adoptaban actitudes de pontífices utilizando un lenguaje rebuscado extraído de dudosas fuentes literarias o de azucaradas napas personales.

"LAS ALAS DEL FENIX"

Con motivo del V centenario de la fundación de la ciudad de San Sebastián, el Ayuntamiento de San Sebastián, en colaboración con el Ayuntamiento de San Sebastián, ha organizado una exposición de arte y artesanía en el Palacio de Euzkadi, que se inaugurará el día 15 de mayo de 1934. La exposición estará organizada en tres secciones: la primera, dedicada a la pintura; la segunda, a la escultura; y la tercera, a la artesanía. En esta última sección se exhibirán obras de los artesanos más destacados de la zona, que serán seleccionados por un jurado de expertos. La exposición será abierta al público de 10 a 6 de la tarde, de lunes a sábado, y será gratuita.

“LAS ALAS DEL FENIX”

Con motivo del 2º centenario de la fundación de Rancagua, publicó “*Las alas del Fénix*” (Romances de una ciudad heroica) Ed. Talamí, 1943, que había obtenido el primer premio en el concurso auspiciado por la Municipalidad de Rancagua. Se trata de un libro convencional, sin mayores méritos, que el poeta consideraba como una obra escrita “por encargo”. El libro contiene un soneto y catorce romances que tienen por tema central la fundación de Rancagua, la batalla del mismo nombre y algunos aspectos más personales como “El médico de los pobres” (Dr. Eduardo De-Geyter) y “Romance del viejo Liceo”. Por su escasa circulación y su falta de méritos, no fue comentado por la crítica.

“LA SOMBRA DE LAS CUMBRES”

El escritor, dueño de un merecido prestigio que había traspasado las fronteras, publica a mediados de 1944 su libro de cuentos y novelas breves titulado “La sombra de las cumbres” (Ed. Orbe). El volumen consta de 226 páginas y contiene seis cuentos: Ña Ruperta, Antenor tiene sed, Moñi, El último, El hombre que tallaba estribos y El valle y la montaña, y dos novelas breves: Epopeya de Juan El Crespo y La luz y la carne.

“*La sombra de las cumbres*”, por el interés de sus narraciones, el vigor de su estilo y el equilibrio de su factura, es una clara superación en su oficio de escritor. El libro contaba con un antecedente valioso: fue recomendado en uno de los primeros lugares por el jurado que discernió los premios en el Certamen Literario del Cuarto Centenario de Santiago, en 1941.

Hay en este libro mayor dramatismo, más dominio del idioma y una maestría muy superior a “*Huellas en la tierra*”. Con *La sombra de las cumbres*, Castro demostró a la crítica y al público su capacidad y reciedumbre de escritor neo-criollista, como ya lo habría calificado Ricardo Latcham, y anunciaba al novelista que llegara un poco más tarde con obras de mayor aliento e impresionante dramatismo.

La crítica no escatima los elogios, destaca sus méritos y coloca a Castro en un destacado lugar en el panorama literario de la época. “*La sombra de las cumbres*” procuró a su autor dos grandes satisfacciones: obtuvo el Premio Atenea y el Premio Municipal de Santiago, correspondientes a la mejor obra publicada en 1944.

RECONQUISTA DEL HOMBRE

El año 1944 fue fecundo para Oscar Castro. Al finalizar el año publica por su cuenta "Reconquista del hombre" (Ed. Talamí, 73 páginas), libro de poemas dividido en dos partes visiblemente definidas: "Cuatro poemas vitales" y "Humana Voz". En la primera parte el poeta nos demuestra, una vez más, su profundo amor a la tierra.

Los cuatro poemas son un elocuente reflejo de la fascinación ejercida por el campo en el espíritu del poeta, en el que adquieren amplia y poderosa resonancia la presencia de un mundo hecho de silencios y relinchos, de soles y tormentas, de aguas y minerales, de risas y de llantos. En la segunda parte del volumen, el poeta nos muestra su desgarramiento interno frente al dolor de la tierra desvelada, la sórdida vida de los obreros, la visión de un canto para después de la guerra, su hondo estremecimiento de hombre sensitivo frente a la miseria colectiva.

"*Reconquista del hombre*" nos muestra una nueva e interesante faceta de este fecundo escritor. Evidentemente, no es su faceta más auténtica. Ahora ha dejado de lado el campo para penetrar, dolorido, a los sucios arrabales donde la miseria muestra sus repugnantes llagas. Aquí no existe la infancia cancionera de María Rosario ni la dulce quietud bucólica del campo rancagüino. El escenario es diferente. Los poemas nos hablan de la ciudad con sus dolores, con sus vicios, con "su casa de las guitarras" donde el poeta siente, como

un buzo en el fondo de aguas cenagosas, la nostalgia de los claros días campesinos.

En este libro, las imágenes son más audaces y novedosas, el ritmo ha perdido su suave y moderada cadencia y ahora es libre, sin sujeción a la rima ni a la forma. La crítica, al juzgarlo, se mostró cautelosa y dio a entender que el poeta estaba incursionando en un terreno que no le correspondía, que no estaba de acuerdo con sus valiosos e indiscutibles méritos literarios.

“COMARCA DEL JAZMÍN”

El fraternal y generoso entusiasmo de Nicomedes Guzmán hizo posible la “Colección La Honda” (Ed. Cultura), que consta de doce tomos correspondientes a doce autores chilenos, entre ellos Oscar Castro Zúñiga, con su novela poemática “*Comarca del jazmín*” (1945). Podríamos afirmar que con esta novela breve Castro inicia una nueva etapa en su exitosa carrera literaria. En “*Comarca del jazmín*” el autor nos muestra una inédita faceta de su personalidad y talento literario. Difiere esta novela de sus libros en prosa anteriores, en que Castro, utilizando un lenguaje de alta categoría estética, nos introduce a la vida de un niño con matices de profunda humanidad. Cedamos la palabra a Nicomedes Guzmán en el prólogo de esta obra:

“Castro logra mediante “*Comarca del jazmín*” hacer suyos los predios del pasado y de siempre con una emoción que es sueño, resplandor, trino y angustia. Sin ser la suya una novela para niños, nos recuerda un poco a Andersen. No es la infancia que nos describe una de aquellas infancias de mentirijillas que a menudo encontramos en los libros. La niñez que nos descubre vale y encanta en la medida misma de su verosimilitud, de su realismo encubierto por el talento creador, que aquí no se solaza con malabarismos, más o menos, destinados a epatar al lector, sino que se concreta en vida pura y humanidad ingenua atisbando con su inquietud la luz de la lucha futura”.

En ocho capítulos, Castro relata la historia de Juanito des-

cubriendo su propio mundo, incorporándose a la vida cotidiana, a las pequeñas alegrías y dolores que depara el ambiente hogareño. Ciertos pasajes, el nombre de Javier (el hermano mayor de Oscar tenía ese nombre), nos hacen pensar que en *Comarca del jazmín* hay pasajes autobiográficos. Lo cierto es que la novela es una pequeña obra maestra en su género y deja en el lector una impresión perdurable por su belleza y emotividad.

“GLOSARIO GONGORINO”

Con “*Glosario Gongorino*” (Ed. Talamí, 1948), iniciamos las apreciaciones críticas de las obras póstumas de Oscar Castro. El volumen, publicado en edición-homenaje por los amigos de Castro con motivo del primer aniversario de su muerte (1º-XI-1948), consta de “doce sonetos en los cuales se ha glosado el último verso de otros tantos que escribiera don Luis de Góngora y Argote hace más de tres siglos”.

Esto que pudiera juzgarse como un alarde literario, no es sino una forma de expresar la admiración a uno de los más grandes poetas de habla hispana y una manera de buscar la perfección formal, tomando como punto de partida un verso del maestro admirado. A juicio de Ricardo Latcham, “*Glosario Gongorino*” levantó el nivel del soneto en la poesía chilena. (“*La Nación*”, junio 1952).

En estos sonetos la perfección alcanza límites de extraordinaria calidad y dominio de su instrumento poético. En ellos puede apreciarse la facilidad de creación del poeta, su cultura literaria y su admirable riqueza de expresión. Nos atrevemos a suponer que, si ello hubiera sido posible, don Luis de Góngora y Argote no habría desdeñado firmar los sonetos de su talentoso discípulo y admirador rancagüino.

El libro, pulcramente impreso en los Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, con portada y viñetas de Osvaldo Salas, constituye un emotivo recuerdo y homenaje de los amigos del poeta, que desearon difundir una obra inédita de alto valor literario a fin de hacerla llegar a los numerosos admiradores del escritor y completar, a la vez, el interrumpido camino a través de la poesía.

“ROCIO EN EL TREBOL”

Isolda Pradel, viuda de Oscar, reunió los poemas dispersos y los que el poeta guardaba en los cajones de su escritorio o entre las páginas de los libros de su selecta biblioteca. Así nació y se publicó *“Rocío en el trébol”* (Nacimiento, 1950), que consta de 138 páginas y contiene veintiún poemas divididos en tres partes: El valle iluminado, Dos novelas del mar y Hora de nostalgia.

En este volumen, Castro se reintegra a su primitiva poesía, rimada, sencilla y profunda a la vez, ofreciéndonos un puñado de poemas en los que predominan los temas campesinos. El escritor, urgido por sus ancestros, retorna a su íntima expresión, a su actitud de juglar moderno que no puede escapar a su íntima vocación.

Se ha dicho —con mucha razón— que Castro es un poeta transparente. Lo prueba este libro póstumo y los anteriores. Lírico, mesuradamente elegíaco, el poeta se mantiene fiel a su condición de hombre enamorado de la naturaleza, absorto frente al milagro de los trigales y a la fascinación de los amaneceres. Una de las características más notables de Castro —acaso la principal— es su claridad. En *“Rocío en el trébol”*, desde la primera hasta la última línea, todo es claridad y emoción:

*Casa de mi compadre Rosendo Montes
donde hasta el viento baila de punta y taco,*

*donde el día se pone faja de flores
y se le ve a la luna blanca el refajo.*

(“Remordimiento”)

*Por el valle claro
vienen a enterrar
al hombre que nunca
divisó la mar.*

*Era un campesino
de lento mirar,
mediero tranquilo
de la soledad.*

(“Pequeña elegía”)

La perfección, en el arte, es casi inaccesible. No obstante, algunos artistas logran alcanzarla después de ardua y dolorosa persecución, de duras y silenciosas batallas. La poesía de Oscar Castro no es perfecta, por supuesto. No es necesario que lo sea para sentirla, apreciarla y saborearla como un cristalino vaso de agua de vertiente. “*Rocío en el trébol*” es eso: un mensaje de claridad, un sorbo de agua que es preciso beber lentamente, verso a verso, para sentirse penetrado por su hondo y puro significado .

“LLAMPO DE SANGRE”

“Cumpla la voluntad de Oscar dedicando esta primera novela de las suyas a Julio Arriagada Augier, hombre de corazón bien puesto y magnífico amigo que estuvo a su lado del primero al último instante de su partida.— Isolda”.

Esta es la dedicatoria de “*Llampo de sangre*” (Ed. del Pacífico, 266 pág. 1950), la primera novela póstuma de Castro. Quienes alguna vez dudaron del valor de Oscar como prosista, deben haber cambiado de opinión al conocer esta magnífica y recia novela minera.

En las páginas de “*Llampo de sangre*” encontramos a un agudo observador del proletariado chileno de las minas de cobre. El autor se documentó en el mineral “El Inglés”, ubicado en la cordillera de la costa de la provincia de O’ Higgins, próxima a Rancagua.

Es sorprendente como un poeta de la sensibilidad del autor de “*Camino en el alba*” y “*Rocío en el trébol*”, haya podido escribir una novela tan recia y dramática como “*Llampo de sangre*”, en la que están presentes las amarguras y alegrías de los mineros chilenos ejerciendo su duro oficio de arrancar el cobre de las entrañas de la tierra.

Hace años, descendimos en compañía de los escritores Raúl González Labbé, Nicomedes Guzmán, Félix Miranda y Mario Dazán, al fondo de esa mina. Es como descender a un infierno helado, sin demonios, al dominio de las sombras apenas rotas por la vacilante luz de las lámparas de carburo. Quién haya penetrado a una mina, jamás podrá borrar la

impresión de pesadilla que produce su tenebrosa presencia y no olvidará la alegría que se experimenta al reincorporarse a la superficie.

Allí, en los socavones, en las buitras, en los caserones y estocadas, Oscar Castro conversó con los mineros, los vio trabajar empuñando los taladros o haciendo explotar los tiros de dinamita para romper la piedra milenaria. El resultado de esas observaciones fue esta magnífica obra, considerada por la crítica como la novela minera representativa en la literatura nacional.

Los principales atributos de Castro, la limpieza de forma, la fuerza de expresión y el equilibrio estético, se hacen manifiestos una vez más en esta novela. Es interesante destacar que Castro continúa explotando la veta nativa, un criollismo de buena ley, sin alardes técnicos ni malabarismos verbales exagerados. Es un prosista de grandes méritos. Es digna de elogio su adhesión a la tierra y al pueblo, al campesino y al minero, a quienes dedicó casi la totalidad de su obra literaria.

A Manuel Rojas le extraña y considera un defecto grave del autor porque "a un señor que duerme se le aparece y lo despierta un fantasma que le predice algo". (Historia de la literatura chilena). Rojas, a nuestro juicio, parece desconocer la idiosincrasia de los mineros y la realidad chilena en materia de minas, donde las leyendas se confunden con la realidad. Bastaría citar el fantasma de "La Lola", que se aparece a los mineros en los negros socavones de las minas chilenas, creando diversas leyendas sobre su origen y figura, sumándose a los mitos de la imaginación popular que afirma que en la "Quebrada del Diablo", en el mineral de "El Teniente", el demonio se pasea desnudo, vomitando fuego y echando humo por el trasero en la fría Noche de San Juan.

Podríamos criticar a Castro su excesiva objetividad, su ausencia de espíritu denunciante de los abusos y de la miserable condición humana de los mineros, pero también pensamos que el escritor es un ente libre y no tenemos derecho a analizar sus obras bajo nuestros puntos de vista sino referirnos, fundamentalmente, a su valor literario.

“LA VIDA SIMPLEMENTE”

La segunda novela póstuma de Castro se titula “*La vida simplemente*” (Ed. Nascimento, 1951). A nuestro juicio, es su mejor novela por la humanidad, la fluidez de su estilo y el conocimiento del ambiente y de los personajes que intervienen en la obra. Es una novela ciudadana. No olvidemos que Castro es de origen campesino, amó profundamente a la tierra pero vivió y murió en la ciudad.

“*La vida simplemente*” transcurre en Rancagua, en un barrio de prostitutas, donde un niño comienza a tomar contacto con la vida. Hay en sus páginas un dramatismo soterrado, un evidente coraje para abrir sus entrañas y mostrarnos su doloroso contenido. Veamos lo que dijo “Alone”, al comentar esta novela:

“Acaso ni leeríamos esta obra como pura invención, pese a la briosa calidad del estilo, robusto y bien templado, prosa de maestro. Más, cuando empezamos a sospechar que aquí se oculta o exhibe una parte, al menos, de la vida verdadera de Oscar Castro, que estas páginas crudas revelan una realidad terrible, entonces la narración se vuelve apasionante y adquiere hondura, repercute en el trasfondo mismo de la emoción, añade a la estética nuevas y nuevas dimensiones.

“Imposible exigir más rigor de forma, un tono menos enfático ni mejor ceñido al contorno preciso del fondo. En este, hallamos la verdad tan visiblemente despojada de aditamentos ornamentales calculados para realzar al artista que el lector vacila ante su insólita franqueza”. (“Alone”, El Mercurio).

“LINA Y SU SOMBRA”

Sin duda, es la novela más débil de este autor, cuyos originales fueron conservados por su viuda durante varios años y dados a la publicidad once años después de la muerte del poeta. (Ed. Zig-Zag, 244 págs. 1958).

“*Lina y su sombra*” es una novela de ciudad, convencional en su argumento y de escaso interés novelesco. La figura del norteamericano James Gordon, compartiendo su vida con la clase media rancagüina, en un medio criollo, es tan falsa que no convence a nadie que haya visitado o vivido en la ciudad minera, donde los norteamericanos residentes tienen su campamento propio dentro del recinto de *Braden, Copper C^o*¹, aislados de la población chilena a la que consideran, en su fuero interno, una raza plebeya y despreciable.

No es extraño, entonces, que esta novela permaneciera tantos años inédita y que sólo fuera dada a la publicidad como una contribución al conocimiento de la obra completa de Castro, aunque aún permanecen inéditos los dramas “Dalia”, “Seres y Sombras” y “Política”, escritos durante los años 1944 a 1946. Evidentemente, no fue el teatro un género accesible al poeta y novelista, que se opuso a que sus obras fueran presentadas por conjuntos locales.

¹ Ahora, con la participación del Gobierno de Chile en el mineral, éste se llama “Empresa Minera El Teniente”.

EL PERIODISTA

Castro se incorporó al periodismo como redactor de "La Tribuna" de Rancagua el año 1936. El personal del diario estaba formado por las siguientes personas: Carlos Peña y Lillo, director; Oscar Castro, Gonzalo Drago, Renán Andrade y Gustavo Martínez Sotomayor, redactores. Antes, había participado activamente en la redacción de las revistas "Nada" y "Actitud", publicadas por el Grupo "Los Inútiles".

Castro, preciso es decirlo, ejerció el periodismo por necesidad. No era su vocación. Imperativos económicos lo obligaron a distraer su tiempo en una disciplina que no le correspondía y que en el fondo le desagradaba.

En "La Tribuna", además de toda la responsabilidad del diario, mantenía una columna diaria titulada "*Vertical*" y un espacio "*Otros escriben y yo comento*". Castro fue un pacifista convencido y aprovechó su columna "*Vertical*" para denunciar en varios artículos el tráfico de los armamentos. Sería tarea demasiado larga y tal vez inoficiosa, dar a conocer parte de la obra periodística de Castro, pero a modo de información, vamos a reproducir un trozo de un artículo titulado "Fomento de la fiebre armamentista", aparecido en "La Tribuna" de fecha 8 de octubre de 1936 y que, no obstante el tiempo transcurrido, conserva actualidad:

"Los señores fabricantes de material bélico se gastan unos métodos muy originales para conseguir mercado a sus productos y tener a los pueblos en constante disposición de aniquilarse unos a otros. Estos métodos dan material para escri-

bir una verdadera enciclopedia, que podríamos llamar del perfecto asesino. El comercio de armamento de guerra es un negocio tan respetable y digno como cualquier otro, de manera que quienes lo manejan se han cuidado muy poco de ocultar sus maquinaciones.

“Claro está que ante el ataque indignado de algunos sentimentales que aún creen en el respeto mutuo y en el derecho a la vida que tiene la masa carne de cañón en todo momento, los magnates de la industria homicida han ensayado variados medios de defensa, yendo desde el discurso patriótico hasta el cínico reconocimiento de que sus fábricas obtendrán mayor utilidad sin relación directa con los conflictos armados que se provoquen en la tierra”.

Ahora, veamos el estilo que usaba el poeta al escribir sus sabrosos artículos que titulaba *“Otros escriben y yo comento”*:

“Una compañía estadounidense se dedica a la venta de un polvo inodoro e insulso que, se decía, curaba la beodez. Fue clausurada por tratarse de una farsa”.

* * *

“Figúrense Uds. lo que ocurriría si en nuestro país se clausurara todo lo que huele a farsa. ¡Pobre Congreso Nacional, pobre Comisariato de Subsistencias, pobres leyes sociales!”.

* * *

“El reloj más caro que se conoce es uno cubierto de piedras preciosas, propiedad del Papa Pío XI”.

* * *

“Ese reloj precisamente marcará un día el despertar mag-

nífico de los proletarios, adormecidos hoy por la religión, el fascismo y otros estupefacientes”.

* * *

“Un nuevo tipo de avión sin motor se ha inventado en Estados Unidos”.

* * *

“Eso no es nada. En Chile hemos inventado el pan sin harina y la cazuela sin carne”.

Es fácil imaginarse el esfuerzo del poeta para sustraerse a su auténtica vocación y dedicarse al periodismo, bogando como un silencioso galeote en las galeras de la rutina cotidiana. Fue en aquella época cuando se acentuó su afición al póker, buscando una válvula de escape para su tensión espiritual.

Largas jornadas en la imprenta, ambiente mal ventilado, alimentación deficiente, falta de reposo, fueron factores decisivos en la aparición de la tuberculosis pulmonar que le produjo la muerte en 1947. El periodismo es absorbente, tiránico, no da tregua ni reposo. El hombre que lo ejerce debe entregarse por entero a su oficio en un total renunciamiento a actividades paralelas. Mientras los tipógrafos paraban tipos frente a los chibaletes o arreglaban las “galeras” para la impresión del diario, Castro redactaba una crónica, escribía un editorial, atendía al teléfono, corregía o atendía al público o a las visitas inoportunas que siempre frecuentan las redacciones de los diarios. Pudo haberse perdido como novelista, pero lo salvó su extraordinaria capacidad para asimilar material novelesco que aprovechó más tarde cuando mejoraron sus condiciones económicas al ingresar al magisterio.

De todos modos, el periodismo debe haber proporcionado al poeta y novelista grandes experiencias porque en la vida ningún esfuerzo es perdido, aunque lo ejecutemos por mera obligación.

BREVE VALORACION GENERAL DE SU OBRA

Asombra, en realidad, la fecundidad literaria de Castro. Cultivó todos los géneros: poesía, cuento, novela, teatro, ensayo y ejerció el periodismo. Fue un humanista en el sentido más amplio del vocablo, un hombre atraído simultáneamente por la vida familiar y por el arte en sus diferentes manifestaciones. Admiraba la pintura y tenía especiales condiciones para el dibujo.

Es difícil establecer un paralelo entre su poesía y su prosa. En ambos géneros fue valioso. Su poesía es clara, eglógica, descriptiva, sin rebeldías. No fue un poeta "comprometido" en el sentido social que se le ha dado a este vocablo. Sincero consigo mismo, escribió siguiendo sus impulsos personales, obediente a su estro poético. Su poesía carece del tono rebelde de Pezoa Véliz, de la picardía criolla de Nicanor Parra o de la grandeza cósmica de Pablo Neruda. Su poesía está en la línea de Julio Barrenechea, de Gabriela Mistral y de García Lorca, sin la inimitable gracia andaluza del poeta granadino.

Nunca se ha hecho un análisis exhaustivo de la obra poética de Oscar Castro, pero su nombre está ubicado en un privilegiado lugar entre los poetas de la llamada "Generación del 38" en la que se destacaron, entre otros, prosistas tan extraordinarios como Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Reinaldo Lomboy, Volodia Teitelboim, Juan Godoy, etc.

Es muy posible que la pobreza haya sido uno de los fac-

tores fundamentales para la fecundación literaria de Castro, obligándolo a superarse, a encerrarse en sí mismo, a dedicarse por entero a su vocación como una poderosa válvula de escape para su presión interna, encontrando en ella la satisfacción íntima que le negaba la vida. No fue el vulgar y negativo escapismo burgués, sino una actitud creadora compatible con su modo de ser y su precaria situación económica.

Walt Whitman aseguró que ser rico no era tener una docena de bancos, sino una docena de libros, y agregó que era la única riqueza que ningún ladrón puede robar. Por su parte, Emerson expresó filosóficamente que *“la propiedad de un hombre no es lo que posee, sino lo que es”*.

Lo cierto es que Castro, ganando apenas lo suficiente para subsistir, no podía perder su tiempo en fiestas sociales, distracciones o preocupaciones banales. A veces iba al cine a ver una buena película, pero su pasión era la lectura. Poseía una amplia cultura literaria. Su cargo de bibliotecario de la Biblioteca De Geyter le permitió leer a los clásicos, estar al día en la literatura moderna y enriquecer su espíritu con renovados aportes artísticos.

No obstante, su literatura, tanto su poesía como la prosa, nunca fueron libресcas ni cerebrales. Predominan en ella el sentimiento como factor determinante en el contenido de sus poemas, cuentos y novelas, pero abominaba de los sentimentalismos baratos y de la música sensiblera, en la que incluía los tangos argentinos. Tenía un riguroso sentido de la medida en el arte y en la vida, un eclecticismo que lo hacía elegir siempre lo mejor y lo más adecuado a las inclinaciones de su espíritu creador.

Su rigor estético lo obligaba a corregir con esmero sus trabajos y a romper aquello que no lograba su absoluta aprobación. A veces, le agradaba hacer escuchar sus versos a sus

amigos íntimos, aguardando una tácita aprobación en la mirada de sus interlocutores.

La falta de tiempo angustió al escritor durante mucho tiempo. Paradojalmente, la época en que más escribió, fue cuando estuvo en reposo. En cama, escribió y corrigió "*Llampo de sangre*" y "*La vida simplemente*", que no alcanzó a ver publicadas y numerosos poemas incluidos más tarde en "Rocío en el Trébol".

Es en sus novelas donde el escritor adquiere una extraordinaria vitalidad, una indiscutible originalidad que no ha sido debidamente valorizada por sus críticos. Oscar Castro incorporó a la literatura chilena a la pequeña minería del cobre, con sus peculiaridades, su atmósfera criolla y sus mineros en una época en que la explotación se hacía con medios rudimentarios.

"*Llampo de sangre*", llevada al cine con relativo éxito, es un documento de la vida en una mina pequeña, que servirá de valiosa referencia en el estudio de la literatura minera de Chile, en la que se encuentran interesantes aportes de Jota-beche (Artículos de costumbres); Zady Zañartu (*Llampo brujo*); Baldomero Lillo (*Sub-Terra*); Diego Muñoz (*Carbón*); Gonzalo Drago (*Cobre*); Baltazar Castro (*Sewell*); Nicasio Tangol (*Carbón y orquídeas*); González Zenteno (*Caliche*).

El prematuro desaparecimiento de Castro a los 37 años, el hecho de que escribiera cinco libros de prosa, novelas y cuentos, cinco libros de poemas y tres dramas, nos demuestra su enorme capacidad de trabajo y nos hace suponer, con mucho fundamento, que habría sido uno de nuestros más grandes escritores si la vida le hubiera permitido realizarse íntegramente.

En rigor, fue un poeta y un novelista extraordinario, que

enriqueció a la literatura chilena y americana con obras perdurables. Por otra parte, su conducta de hombre, pura e insobornable hasta su muerte, es un admirable ejemplo de dignidad humana. Hubo, pues, una exacta correspondencia entre el hombre y el escritor, lo que no ocurre a menudo en la variada gama de los intelectuales chilenos, proclives a la división y a los celos literarios. "Mucha tinta ha de correr, andando los años, por Oscar Castro", escribió en una oportunidad Augusto D'Halmar. El vaticinio se ha cumplido en parte, pero aún falta mucho por realizar.

“LOS INÚTILES”

El origen del Grupo Literario “Los Inútiles” hay que buscarlo en el “Círculo de Periodistas” fundado en Rancagua en 1933 y al que pertenecieron, entre otros, los siguientes socios fundadores: Luis Aníbal Fernández, Carlos Barrales, Oscar Vila Labra, Félix Miranda Salas, Oscar Castro Zúñiga, Gustavo Vithar Miranda, Gonzalo Drago Gac y Enrique Toro Meneses.

El “Círculo de Periodistas” nació como una necesidad imperiosa de los hombres de prensa de la capital de la provincia de O’Higgins por agruparse y luchar por ideales comunes de aproximación al pueblo y a la solución de los problemas locales, regionales y nacionales.

Las principales realizaciones del Círculo de Periodistas fue organizar conferencias públicas a cargo de conocidos intelectuales, realizar los primeros Juegos Florales de Rancagua y llevar a cabo la “Semana del Libro”, que tiene el mérito de haber sido la primera realizada en Chile, siendo proseguida más tarde por organismos culturales de Santiago.

Bajo los auspicios y responsabilidad del Círculo se publicó la revista “VERBO”. El primer número apareció en octubre de 1933. “En honor del Día de la Raza”. El editorial comenzaba con esta frase: *“Hace su aparición esta revista en el escenario de la vida nacional para ser el verbo de un grupo de hombres inquietados por elevados fines de cultura”*. Más adelante agregaba: *“No venimos a servir ninguna determinada ideología político-social ni a abanderizarnos con ningún*

bando en lucha. Formamos una revista de cultura para servir exclusivamente a la cultura, para luchar enérgicamente por la cultura. Para la ciudad de Rancagua VERBO habrá de ser la poderosa antena que mes a mes recoja lo más elevado de sus inquietudes y lo más serio de sus agitaciones”.

Desgraciadamente, esa “poderosa antena” sólo alcanzó al N° 2, aparecido en noviembre de 1933. Contribuyó a su desaparición el fracaso económico de los Juegos Florales y la imposibilidad de sus organizadores para dar cumplimiento a las recompensas ofrecidas, lo que produjo acervas críticas del semanario rancagüino “LA CALLE”.

Disuelto el “Círculo de Periodistas”, de efímera vida, los periodistas y escritores rancagüinos quedaron nuevamente a la deriva, dedicados a su oficio y charlando a veces en los bares o cafés sobre temas de su predilección. Así, entre sorbos de vino o de café, comenzó a cristalizarse la idea de formar un grupo literario que vendría a reemplazar, en cierta forma, al fracasado Círculo de Periodistas.

Luis Aníbal Fernández (LAF), periodista peruano, exilado por el gobierno del Presidente Augusto Leguía, que trabajaba en el periódico “La Semana”, puede decirse que fue el principal precursor de “Los Inútiles”. Entre octubre y noviembre de 1934, el periodista publicó varios artículos en “La Semana”, haciendo repetidos llamados a los intelectuales rancagüinos para que se organizaran y crearan un grupo literario que pudiera continuar los postulados del desaparecido Círculo de Periodistas. Leamos un trozo de uno de sus artículos:

“A la ciudad le hace clamorosamente falta que toda su gente de letras se concite en una entidad para darse a una lucha incesante, de todos los días, por la cultura. ¿Se llegará a formar?” (17-noviembre-1934).

En otro de sus artículos LAF proponía fundar ese grupo

literario “sobre bases absolutamente “libérrimas”, sin estatutos ni reglamentos, sin más formulismo que un papel con membrete y un timbre para correspondencias oficinescas, sin Presidente, sin más selección que la del trabajo, con espíritu de hacer obra grande, de culturizar a la gente y trabajar por la cultura de la ciudad”.

En la redacción de esos artículos de LAF estaba implícito el pensamiento de la mayoría de los ex miembros del Círculo de Periodistas. Por fin, la noche del 20 de octubre de 1934, un grupo de escritores e intelectuales se reunieron en el Bodegón del Tío Cuadra, en la calle Brasil de Rancagua, con el objeto de organizarse. A esa primera reunión asistieron, entre otros, Luis Aníbal Fernández, Oscar Castro Zúñiga, Félix Miranda Salas, Gustavo Vithar, Carlos Barrales, Gonzalo Drago, Oscar Vila Labra, César Sánchez y Gustavo Martínez Sotomayor.

A medianoche, la euforia producida por los capitosos vinos rancagüinos estaba en su punto más álgido. El buen humor primaba en las amigables discusiones y no terminaban de ponerse de acuerdo sobre el nombre que llevaría el naciente grupo. Alguien propuso que se bautziara como “Los iconoclastas”. La sugerencia fue rechazada por pedante.

—No obliguemos a la gente de nuestra ciudad a llegar hasta la Biblioteca para saber que significa “iconoclasta”.

Se barajaron otros nombres. Luis A. Fernández y Oscar Vila Labra eran los más encarnizados para encontrar el nombre apropiado, disputándose la palabra para hacer el análisis de los fundamentos que correspondían al nombre propuesto. Mientras tanto, los brindis menudeaban y todo hacía presagiar que de aquella primera reunión no saldría el nombre del grupo. Por fin, LAF estalló con su temperamento tropical y gritó atropelladamente:

—¡ Si la actividad cultural es desdeñada y no cuenta entre las tareas constructivas, porque en nuestra ciudad sólo tiene valor lo que pesa materialmente, quiere decir que nuestra labor será perfectamente inútil!

—¡ ¡ Los inútiles!! —le respondió un coro de voces entusiasta.

Así nació, en una noche de octubre de 1934, el Grupo Literario “Los Inútiles” de Rancagua, el más antiguo del país.

ACTIVIDADES DEL GRUPO

El 15 de diciembre de 1934 apareció en "La Semana" el primer anuncio oficial de la existencia de "Los Inútiles" en la siguiente citación:

"Esta noche a las 9, el Grupo de "Los Inútiles" inicia una serie de Charlas Bucólicas con una comida que servirá el Tío Cuadra". TABLA: Autopsia intelectual del poeta Chocano. La bohemia en Rancagua: Sancho Panza, amo y señor local. El fracaso de la Liga de las Naciones".

El buen humor presidía las reuniones de "Los Inútiles", como se puede colegir por la siguiente información de la prensa, redactada por LAF:

"El sábado próximo habrá la gran comida en honor de Zarathustra, personaje niezscheano que ha sido especialmente invitado y que ha prometido concurrir, caso de que sus ocupaciones comerciales se lo permitan". (24-diciembre-1934).

"Tabla de la sesión de hoy: imposible de sintetizar en breves líneas. Invitado de honor: Zarathustra que llegará por el tren "curado". Idioma oficial: el francés. (29-diciembre-1934).

"Sabatina de "Los Inútiles" para la noche del 5. Concentración en calle Estado x 4 x. Foul". (4-enero-1935).

"Habiendo regresado de sus veraneos en Papudo y Termas de Tolhuaca, "Los Inútiles" reinician mañana sus reuniones. Asistirán con su uniforme N° 37". (15-febrero-1935).

Ahora bien ¿cómo recibió el público y qué opinaba de la nueva institución? La mayoría la ignoró. Otros los consideraron (y los consideran todavía) un grupo de chiflados o qui-

jotes. Los sarcasmos no faltaron en boca de gente que Oscar Castro calificaba de "burros cargados de plata". Ellos, por su parte, se burlaban olímpicamente del medio negativo y disfrutaban de las reuniones y de su libertad con absoluta prescindencia de la opinión ajena, actitud que los integrantes del Grupo conservan hasta ahora.

No obstante el espíritu negativo de los rancagüinos para aceptar las invitaciones que les formulaban "Los Inútiles", estos seguían impertérritos organizando charlas, foros, exposiciones, conciertos y recitales. Rancagua ha sido tildada alguna vez de "ciudad minera y bárbara". El segundo epíteto puede parecer injurioso, pero la verdad es que la lucha en favor de la difusión de la cultura es difícilísima en un medio indiferente y a veces hostil para las manifestaciones del espíritu. Y eso que ocurría entre el público, se hacía también manifiesto en los ejecutivos de *Braden, Copper Co.*, que hacían vigilar las actividades de escritores que laboraban en la empresa y pertenecían al Grupo Los Inútiles, además de colaborar en la prensa local.

Los majaderos de siempre no podían comprender que existiera una institución sin Presidente, Secretario ni Tesorero, trilogía clásica de cualquier institución. Tampoco comprendían que no asistieran a actos oficiales y que no hicieran declaraciones bombásticas con cualquier pretexto. Esa incompreensión se manifestaba en la menguada asistencia a los actos culturales organizados por "Los Inútiles" y en la sonrisa despectiva cuando algún miembro del grupo, por razones de orden social, entablaba conversación con alguno de esos rivales de la cultura. Para dar una idea de la actitud hostil del público rancagüino hacia el Grupo, citaremos el caso que a la conferencia del sabio George Nicolai asistieron veinte personas. Otro tanto ocurrió con Luis Alberto Sánchez, ex Rector

de la Universidad de San Marcos, distinguido catedrático y escritor peruano.

“Los Inútiles”, para vengarse del ambiente apático, adoptaron un regocijante grito de batalla en sus reuniones nocturnas en el local del “Sordo Durán”:

—¡ ¡ Abajo un tal Cervantes!!

Y el entusiasta coro de “inútiles” respondía en coro:

—¡ ¡ Abajooooo!!

El grito de batalla se escuchaba también después de la medianoche en las solitarias calles de Rancagua, cuando los componentes del grupo terminaban sus dionisiacas reuniones.

El año 1934, el Grupo inicia su primera etapa con la “Revista Oral” en Radio Rancagua, con programas artísticos y culturales que llegaron en esta forma a un público mucho más numeroso. Esta ofensiva tuvo éxito, pero las audiciones se suspendieron a fines de 1936 por la protesta de los avisadores contrarios a la República Española, que contaba con la amplia simpatía y ardorosa defensa de “Los Inútiles”.

En septiembre de 1936 apareció el N° 1 de la revista “NADA”, “en defensa del espíritu”, dirigida por Oscar Castro. El editorial, entre otras cosas, expresó lo siguiente:

“Creamos ahora esta tribuna periodística porque una censura intolerable pretendía cernirse sobre las audiciones de nuestra “Revista Oral”. Y antes de aceptar la censura que implicaba un ultraje a la austeridad de nuestra acción cultural, resolvimos poner fin a la Revista que durante 54 transmisiones supo ser leal a nuestro imperativo de luchar en defensa del espíritu y por la cultura del hombre.

“NADA” surge así como una continuación de la “Revista Oral” y nuestro idealismo, nuestro romanticismo, que antes difundieron las ondas radiofónicas, ahora adquieren perennidad de existencia en estas frases impresas que lucirán mejor

la dignidad, la arrogancia y la rectitud de nuestras intenciones”.

Al final del editorial, hay una cita en negrilla:

Se reparte gratuitamente

En el primer número de “NADA” colaboraron las siguientes personas, por orden alfabético: Oscar Castro, Gonzalo Drago, Luis A. Fernández, Armando Loyola, Félix Miranda, Víctor Phillips. Además, Herr Z. y Jaime de Alas, pseudónimos que no nos ha sido posible identificar. Oscar Castro publica en este número el poema titulado “Hora de la justicia”, que no ha sido incluido en ninguno de sus libros de poemas:

HORA DE LA JUSTICIA

(Fragmento)

La Rebelión. La Rebelión. La Rebelión.

Yo la siento venir como un ladrido de volcanes.

*Caerán las banderas, caerán los países
como frutos podridos de los mapas.*

No habrá perdón, hermano.

Hora bella y tremenda.

Hora del rojo barro que manchará las calles,

habrá sangre en los mármoles,

sangre en los asfaltos,

sangre en el oro inútil de los altares.

Rayo de los puñales

*que ha de partir el pecho de los que sofocaron
la libertad del hombre y el dolor humano.*

Amo y temo la hora inevitable y bella

en que no habrá perdón, hermanos.

El único avisador del primer número de "NADA" fue el anarquista Héctor Barrientos, propietario de una librería ubicada en la calle Carrera Pinto de Rancagua. Barrientos tenía una sólida cultura sociológica y surtía de libros a los integrantes del grupo a precios excepcionalmente bajos. Estaba lisiado a consecuencias de los brutales castigos y torturas infligidas por carabineros mientras estuvo confinado en la Isla Más Afuera por haber combatido la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo.

En el segundo número aparecieron artículos contra el fascismo, la guerra, la estupidez humana y se publica un fragmento del poema inédito de Oscar Castro, titulado "Tierra de los caminos".

Desgraciadamente, la cruda realidad echó por tierra las esperanzas y los sueños de "los inútiles". "NADA" murió de inanición económica, asfixiada por la apatía colectiva y por aquellos que podían haberla financiado para mantener encendida su llama idealista. Los miembros de "Los Inútiles" eran pobres de solemnidad y no podían atender por su cuenta los gastos de impresión de la revista.

Los números de "NADA" eran introducidos, con la complicidad de la noche, bajo las puertas de las casas de los indiferentes rancagüinos, para hacerla circular y cumplir su cometido. Es muy posible, casi seguro, que la mayoría de los ignorados destinatarios rancagüinos, al encontrar la revista en el umbral de su casa, la hayan arrojado a la basura con gesto displicente.

En 1942, el escritor Benjamín Subercaseaux publicó su libro "Chile o una loca geografía", que tuvo enorme y merecido éxito de crítica y de librería. La Fiscalía de la Armada de Valparaíso, basándose en un pequeño trozo que consideró

ofensivo para la Marina chilena, abrió un juicio y dictó orden de prisión en contra del escritor.

En esa oportunidad, el Grupo "Los Inútiles", fiel a sus principios libertarios y de respeto al escritor, publicó en "La Tribuna" de fecha 10 de noviembre de 1942 la siguiente "Protesta":

"Los componentes del grupo cultural "Los Inútiles" de Rancagua, acuerdan protestar, en su carácter de escritores y hombres libres, por la orden de prisión dictada en contra del escritor Benjamín Subercaseaux por la Fiscalía de la Armada de Valparaíso, basada en una denuncia por conceptos emitidos por el autor en su libro "Chile, una loca geografía".

"Consideramos que la misión del escritor y la libertad espiritual no puede ser amordazada por la fuerza, y consecuentes con la defensa de la cultura y de la dignidad humana, elevamos nuestra protesta por el hecho mencionado y expresamos nuestra solidaridad con el autor y con los escritores del mundo. Gonzalo Drago, Oscar Castro Z., Félix Miranda, Raúl González Labbé, Luis A. Frenández y Gustavo Martínez Sotomayor".

En 1942, el Grupo, sin escarmentar por el fracaso de NADA, publicó ACTITUD, revista de batalla, impresa a mimeógrafo, que alcanzó hasta el N° 10, desapareciendo también por asfisia económica e indiferencia colectiva. El público rancagüino permanecía impermeable a la cultura, aunque esta fuera gratuita, lo que hacía exclamar al poeta Gustavo Martínez, con ademanes y voces iracundas:

—¡¡Burros forrados de plata y burros forrados de mierda!! Eso son la mayoría de los rancagüinos. ¡¡He dicho, señores!!

El trabajo de impresión de ACTITUD estaba perfectamente organizado y se llevaba a cabo en el consultorio del dentista

“inútil” Raúl González Labbé. Oscar Castro colocaba las matrices y hacía girar la manivela; además, ilustraba la revista; González Labbé acondicionaba el papel para imprimir y Félix Miranda era el encargado de la tinta en el recipiente. El trabajo se realizaba entre chanzas, chistes o comentarios de la actualidad local, nacional o internacional. Nadie pensaba en el dinero. Carecían de sentido comercial o utilitario; les bastaba crear la revista y ofrecerla al público. Esa era su “actitud” humana, su locura quijotesca en un medio negado a las cosas del espíritu, saturado del mercantilismo sin barreras de la poderosa Braden Copper C^o, que expulsó a uno de los miembros del Grupo que trabajaba en la empresa, porque un jefe lo sorprendió leyendo versos publicados en una revista gremial de Puente Alto, que dirigía el poeta Caupolicán Montaldo.

Empecinados en su tarea de difundir cultura, “Los Inútiles” fundaron una editorial y bajo su sello, “Talamí”, se publicaron obras de Oscar Castro, Gonzalo Drago, Raúl González Labbé y Félix Miranda. Llevaron a efecto varias “Semanas de la Cultura” con participación de escritores y artistas nacionales, quienes ofrecieron recitales o dictaron conferencias.

Ya hemos dicho que “Camino en el alba” contó con el valioso espaldarazo de Augusto D’Halmar, bajo cuyos auspicios apareció editado por Carlos Nascimento que se caracterizó, en vida, por haber sido el primero y el único editor que publicó libros de autores chilenos inéditos, entre ellos a Pablo Neruda. En el acto recordatorio con motivo del segundo aniversario de la muerte del poeta, el maestro D’Halmar envió un “Mensaje” que fue leído en el cementerio de Rancagua por Silvia Thayer, en representación del escritor, quien se

encontraba imposibilitado de hacerlo por prescripción médica.

“Condenado temporalmente a callar, otra voz que la mía ha de decir hoy mis pensamientos. Oscar Castro, partido anterior, hacia lo eterno, tampoco puede expresarse ahora, desde el silencio de los silencios”.

D'Halmar, aquejado de cáncer a la garganta, murió tres meses más tarde de leído su mensaje al autor “*Camino en el alba*”, el 27 de enero de 1950. Ambos están ahora en el “silencio de los silencios” después de haber entregado los luminosos mensajes de su espíritu.

El Primer Salón Nacional de Artes Plásticas de Rancagua, organizado por la Municipalidad de esa ciudad y el Grupo Los Inútiles, se realizó del 1º al 18 de noviembre de 1955, concurriendo cuarenta y cuatro pintores de Santiago y de provincias. El Premio de Honor llevaba el nombre de “Oscar Castro Z.”.

Con motivo de cumplir veinticinco años de vida, en octubre de 1958, el Grupo organizó y realizó uno de sus más trascendentales actos culturales: la Primera Reunión Nacional de Grupos Culturales de Provincias, a la que asistieron cuarenta y cinco representantes de 20 grupos culturales procedentes de Antofagasta a Punta Arenas.

Esta reunión, por su importancia y transcendencia, tuvo repercusión nacional e intelectual. El objetivo principal de la Reunión se condensó en una simple frase: “*Promover la elevación gradual de nuestro pueblo a un plano superior de cultura*”.

La celebración de las Bodas de Plata de “Los Inútiles” fueron fructíferas en interesantes acuerdos sobre “Legislación de protección a las obras nacionales” (Nicomedes Guzmán); “Ayuda, franquicias y relaciones de los Grupos con

el Estado y las Municipalidades” (Claudio Solar y Carlos León); “Vinculación de los Grupos con la realidad nacional” (Gonzalo Drago); “Reforma de la enseñanza de la literatura en los establecimientos de educación” (Luis Gaona); “Organización y funcionamiento de Academias de Artes Plásticas en provincias” (Hernán San Martín).

REVISTA NACIONAL
DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

EPISTOLARIO DE OSCAR CASTRO

Nada hay más valioso que la lectura de la correspondencia para conocer a un hombre o a una mujer en sus más íntimos sentimientos. El lenguaje, muchas veces, es torpe, insignificante y casi siempre está vigilado por la conciencia que vacila en expresarse abiertamente, ocultando por pudor o temor de aparecer amanerado, los pensamientos más recónditos.

En el contenido de las cartas de Oscar Castro podemos encontrar, en gran parte, el alma del poeta, su calidad humana, la fuerza y profundidad de sus sentimientos e íntimas convicciones:

1937

Querido amigo:

Te incluyo los poemas de que hablamos en otra ocasión. Dejo a tu criterio la selección de los que debes enviar a la Argentina. Creo que cada una de las composiciones que van adjuntas, expresan una modalidad de mi temperamento, aunque no estoy seguro si sean las mejores. Comunícame tus impresiones al respecto.

Una buena noticia: Mi libro "Camino en el alba" sale a circulación a fines de marzo o principios de abril editado a todo lujo por Nascimento. Es una cosa ya definida que no puede fallar. En enero firmaré contrato con la editorial, y ya dado a conocer oficialmente, es muy probable que el mis-

mo Nascimento se encargue de editar toda mi producción, cuentos, versos, etc., futura.

Salud y acción, amigo.

OSCAR

27 diciembre 1937

Gonzalo Drago:

No sé verdaderamente como agradecerte tu interés solidario hacia mis producciones. Y tampoco atino a decirte la enorme satisfacción que me han traído las conceptuosas palabras de Héctor Miri, a quien tengo desde hoy por un alma comprensiva y abierta. Si la palabra "gracias" tiene un significado profundo y pleno de verdad, yo se la doy ahora al escribirte, porque tú —hombre y compañero— has caminado siempre por el lado de la mezquindad sin haberte contaminado ni hecho suya jamás esa moneda común en los tiempos y los individuos.

Me vas a perdonar una cosa: que no te devuelva todavía la carta de Miri. Debo ir el martes a Santiago y la preciso para dársela a conocer a Nascimento. Apenas regrese de este viaje, la tendrás nuevamente en tus manos.

Un apretón de manos de tu amigo,

OSCAR

Carta sin fecha

Gonzalo:

En mis manos tu carta y tu artículo. Aprovecho esta oportunidad para ponerte sobre aviso acerca de una maniobra reaccionaria que tiene muchos visos de realizarse. Pretenden arrebatarse el triunfo a don Pedro en el Tribunal Calificador.

La consigna secreta impartida por el comité aguirrista de Santiago en que en caso de llevarse a efecto este robo, todos los frentistas deben declarar una huelga indefinida, saliendo de inmediato a la calle.

Es necesario hacer que circule esta orden entre todos los sindicatos, gremios, asociaciones, etc., exigiendo su cumplimiento. Y, en todo caso, ir a la revolución. Sinceramente te digo, que si tal situación llega a ser provocada, estaré en las barricadas al lado del pueblo, aunque sea con un garrote entre las manos.

Mi libro "Camino en el alba" quedó inscrito el lunes 31 de octubre en la Biblioteca Nacional. Debe aparecer antes de que el mes finalice. Tendrás, para entonces, los ejemplares ofrecidos. Isolda, la vieja y Zamora corresponden tus saludos. Esperan que vengas pronto por acá para pasar otra tarde en tu compañía, cosa que yo igualmente anhelo de veras, si es que antes no se me ocurre darme un paseito por esos lados.

Estrecha cordialmente tu mano,

OSCAR

Rancagua, diciembre 24, 1938

Gonzalo:

Te escribo rápidamente para poner en tus manos 5 ejemplares de "Camino en el alba", que recién aparece. Tú distribuirás 4 volúmenes —es imposible mandarte más para este objeto, por el momento— en la forma que lo creas conveniente. A Miri le envió su ejemplar.

No te olvides de advertir a los destinatarios que hagan llegar a tu poder o al mío, las críticas que puedan hacer a mi obra.

Gonzalo: es Noche Buena. Van a ser las 12. Recién salgo de la imprenta. Me esperan a cenar. Están en casa Hugo Za-

mora y Carlos Latorre, buenos amigos. Les he robado estos minutos para dedicártelos. Ahora me están reclamando afuera.

Pero yo no quiero terminar sin ponerte en antecedentes de algo que me concierne. "La Tribuna" fue vendida hoy al gordo Loyola y a Jorge Romero. Yo quedo de director. Tú comprendes los trámites que habré debido hacer para finalizar estos negocios, pues bien sabes que solamente yo conozco el tejemaneje del periódico.

Te escribiré más extensamente el martes o miércoles. Por ahora, recibe un abrazo en esta noche que llaman de fraternidad humana.

Sinceramente tuyo,

OSCAR

Enero 10 de 1939

Gonzalo:

Te debo hace días una contestación, pero tienes que perdonarme. Se me han venido tantos deberes nuevos encima, que de verdad las horas del día no me bastan para satisfacerlas. La responsabilidad de "La Tribuna" descansa entera sobre mis hombros. Hay que hacerlo todo: vigilar a los operarios, atender reclamos, estar atentos a fiestas o reuniones para tomar los datos, hacer que el periódico salga temprano, preocuparse de que no escasee papel y tinta y pasta para rodillos y ordenar la distribución de las páginas y los paquetes... y la puta madre que parió a las imprentas!

Me alegro que mi libro no te haya parecido mal del todo. Yo lo miro como cosa sabida, como música que por machacada no dice gran cosa a mi sensibilidad. Y quiero dejarlo atrás, hacer ahora, libre de lastre, la obra que siento verdaderamente y que habrá de ser mi grito más puro y sentido.

En medio de todos mis deberes te comprendo profundamente, Gonzalo. Te veo ahí, entre tus papeles y tus números, grávido de inquietudes y marcando un paso forzado. Deseo para tí, con mi más doliente sinceridad, tu liberación. ¡Ojalá puedas trasladarte a Santiago! ¡quiera el destino ablandarse y hacerse greda para tus manos!

Para tu hermano deseo también algo que le permita sacudirse. Pero mírame: estoy aquí con las manos atadas, sin poder valer a quienes estimo. Junto a mí, en la redacción, está Luis Aníbal Fernández. Me deja su parte de originales y se va. No vuelvo a verle la silueta hasta el día siguiente. Pero Romero y Loyola lo estiman, son sus amigos y yo no puedo reclamar. Sin embargo, si yo hubiera de abandonar "La Tribuna" —es mi deseo más fervoroso— vería manera de que Lucho quedara en lugar de Fernández, ya que este pasaría a sustituirme.

D'Halmar, en carta última, pronuncia por ahí unas sibilinas palabras que me hacen pensar en que algo busca para mí en Santiago. Está satisfecho de "Camino en el alba" y me augura el premio municipal. ¡Buena falta me hace!

He dicho a todos que vendrás. Te aguardamos para charlar largamente contigo. En tu próxima, dime cuándo piensas tomar tus vacaciones para ver modo de que coincidamos en ello. Me agradecería ir a Santiago contigo y ver si juntos podríamos domesticar a la suerte.

Me escribió Juan Martín para año nuevo, prometiéndome ocuparse pronto de mi libro. Hasta el momento no han salido críticas. Diciembre fue pródigo en novedades literarias y hay que someterse al turno obligado.

Te agradezco que hayas enviado con presteza los volúmenes a tus amigos. Espero poder mandarte cinco o seis ejemplares más en estos días; tú dispondrás de ellos libremente.

Isolda me encarga darte un saludo fraternal, lo mismo que Sergio, el gordo, Müller, Romero y demás de la pandilla. Mi suegra corresponde tu recuerdo.

Y yo te abrazo con fuerza a través de la distancia, Gonzalo, pidiendo para tí la realización de todos tus anhelos.

Un recuerdo de todos los míos para tu compañera,

OSCAR

Gonzalo:

Desearía, Gonzalo, hablar un buen rato contigo para hacerte una proposición. Como ignoro si tú piensas venir por estos lados en fecha cercana, trataré de darte aquí una idea de mis propósitos. Se trata de la publicación de un volumen tuyo. Alán Rojas, a quién creo que conoces, ha instalado recientemente acá una imprenta muy bien montada: creo no hay otra parecida en toda la zona comprendida entre Santiago y Talca. Este hombre me hizo la oferta de editar por su cuenta, poniendo yo el papel, mi volumen de cuentos. Pero, cuando yo había aceptado en principio, he aquí que la suerte quiere ponerme en contacto con la Empresa Zig-Zag por intermedio de Francisco Galano y allí están ahora mis originales para la lectura. De aceptarse, mi libro "Huellas en la tierra" saldrá antes de fin de año. Ahora bien, si tú lo deseas, yo hablaría con Alán para entrar en tratos respecto a tí. Piénsalo y contéstame pronto.

En el Liceo de Hombres estoy desarrollando una vasta labor de difusión cultural. Hace un par de meses, conseguí que viniera por acá Domingo Melfi, quien dio una charla sobre Lastarria. Ahora, para el 12 del presente, recibiremos a D'Halmar, que nos brindará un panorama de la generación

literaria del 900 y que debe resultar de gran interés. Si tú pudieras venir para entonces...

Leí en La Nación el poema que me dedicaste. Desde entonces estaba por escribirte. Pero tú sabes: Mis propósitos no van nunca acompañados de la acción correspondiente cuando se trata de cartas. Considero esos versos entre lo mejor que has producido y te los agradezco desde lo más hondo de mi sinceridad.

“Decir del caminante” es posible que se llame mi próximo volumen de poemas. Va ya en más de cuarenta y casi todos me satisfacen. Pero de aquí al próximo año, que es cuando pienso lanzarlo, habrá trecho para corregir, quitar, aumentar o lo que sea. Espero que sea un volumen superior al primero. El tiempo dirá.

Baltazar Castro está dando mucho. Tengo en mi poder un magistral cuento suyo que supera netamente a cuanto hasta aquí ha producido. Creo que en una buena antología de cuentos mineros no desentonaría en absoluto.

Y nada más por hoy, Gonzalo. Espero tus palabras respecto a la proposición de más arriba. Saluda a tu compañera de mi parte y de Isolda y tú acepta un abrazo fraternal de ambos,

OSCAR

Rancagua, 16 de octubre de 1939

Mi buen amigo:

En este momento recibo tu carta y la respondo de inmediato, pues ella coincide con algo de interés que debo comunicarte. Al hablarte en mi anterior de Alán Rojas, me figuré que este caballero estaba animado de propósitos sanos, concepto que se ha venido por tierra a raíz de sus últimas actuaciones. El señor Rojas pretendió aprovecharse de mi conoci-

miento del rodaje interno de "LA TRIBUNA" para atacar a este periódico, creyendo que yo lo secundaría en "tan loable" propósito. Comenzó por decir unas cuantas barbaridades de Fernández y me lavó la cabeza en un editorial, diciendo que "La Tribuna" había perdido todo su prestigio desde mi retiro de ella. Mi protesta fue instantánea y desde entonces las relaciones diplomáticas entre mi presunto editor y yo quedaron rotas.

Pero felizmente la venida de D'Halmar ha venido a abrirme una nueva y segura posibilidad para la publicación de tu libro. Se ha formado en Santiago una nueva empresa editorial que lleva por nombre "Bolívar", de la cual D'Halmar es asesor literario. Me pidió mi nuevo libro de poemas para editarlo allí, pero yo me negué a dárselo, por parecerme que todavía no está terminado. Me limité a pedirle un plazo de tres meses para decidirme. Entre tanto, le hablé de tí y precisamente de tus cuentos. Mis palabras lo hicieron interesarse y en carta de ayer me insinúa la idea de lanzar escritores jóvenes. Así, pues, Gonzalo, envíame de inmediato tus cuentos. Si tú me lo permites, le colocaré un prólogo mío, si es que no tienes nada mejor, y a Valparaíso con él. Veo 90 probabilidades sobre 100 de que la cosa resulte, y me alegro en lo más íntimo de mi espíritu de que así pueda ser, para que tu tarea literaria prosiga sin interrupciones. Yo se por amarga experiencia el enorme peso que significa un libro sin publicar y he querido que cuanto antes salgas de él.

Me interesan tus novelas y todo lo tuyo. Si logras sacar en limpio los originales, envíamelos. Mi opinión será el reflejo fiel de la impresión que tus producciones me dejen, sin falsearlas en lo más mínimo. Pero lo que urge por ahora son los cuentos. Los aguardo dentro de esta semana, y, entre tanto, dejaré sin respuesta la carta de D'Halmar.

Me alegra tu traslado a Santiago y encuentro que tus temores no son justificados. En la capital o en cualquier parte uno puede aislarse y permanecer fiel a su yo. Los demás pueden entorpecer nuestras diarias obligaciones, amargarnos o deprimirnos, pero nuestro reino interior les está vedado. Allí refúgiate. Y sabe elegir a tus amigos. Yo personalmente puedo recomendarte algunos, sanos de espíritu y grandes camaradas, como Omar Cerda, Guillermo Parragué, Raúl Simmes y algún otro. Me daré el placer de presentártelos personalmente. En lo que respecta a tu ubicación, es ya más complicado, pero confío en que sabrás salir adelante.

Para tu tranquilidad personal en lo que toca a la Editorial "Bolívar", te adelantaré que ella es una empresa de mucho empuje económico. Tenemos a la cabeza de ella, como Director, a Tomás Gatica Martínez, y entre los asesores literarios a Alberto Ghiraldo, además de D'Halmar. Su capital es de un millón de morlacos y empezará sus labores a fines del próximo mes. D'Halmar ya me escribe en las tarjetas y sobres que han impreso y cuya tipografía es perfecta. No se tratará aquí de lanzar muchos volúmenes en poco tiempo, sino de dar ante todo calidad. Así, se empezará por cuatro libros mensuales como máximo.

De "Huellas en la tierra" puedo adelantarte lo que sigue: la asesora literaria de "Zig-Zag", Henriette Morvan, emitió ya su fallo, calificando la obra de muy buena. El Consejo de la Empresa debe ahora tomar conocimiento de tal cosa y ordenar su edición. Lo que no sabemos es si saldrá a principios del próximo año o a fines de este. Yo veo la cosa hecha, si es que no hay tropiezos de última hora.

Y nada más por el momento, Gonzalo. Nada más sino la expresión de mi amistad sincera y el ferviente deseo de verte en el lugar que mereces dentro de nuestra literatura. Tu

triumfo lo tomaré como cosa propia, y pagaré así en parte la deuda de gratitud por los desvelos y la solidaridad que has manifestado siempre hacia mi producción. Cuando vengas por estos lados o cuando nos veamos en Santiago, te diré muchas cosas que por hoy no quieren asomar a las palabras. Mañana te despacharé un ejemplar de la revista de poesía "Rosa Libre" que están editando en Santiago algunos poetas jóvenes. Ojalá tenga vida duradera.

Recibe mis dos manos tendidas en gesto fraternal. Y de Isolda y Celia un cordial abrazo.

OSCAR

P.S.— Desde esta noche entraré en un período de actividad intensa dentro del Liceo. Debo hacer las actas de exámenes de cada uno de los alumnos para tenerlas listas en el momento oportuno. Por otra parte, necesito empezar los ensayos para la Velada Bufo, de cuya dirección me han encargado. Y, como si esto fuera poco, tengo que hacer clases todo el día y despachar la estadística del Liceo. Si al enviarme tus cuentos no recibes una respuesta muy pronta, piensa que no he dispuesto de la tranquilidad necesaria para escribirte. Pero ten por seguro que ellos serán enviados de inmediato a su destino.— VALE.

6 de noviembre de 1939

Mi gran amigo:

Trazo estas líneas mientras llega la hora del tren que me llevará a Santiago. Parto a las cuatro y son las tres y cuarto. Tengo entonces tiempo de darte una noticia que me concierne. Acabo de recibir una carta de la Asociación Popular Educadora de Liniers, de Buenos Aires, en que se me anuncia que he obtenido el primer premio en un concurso litera-

rio abierto para todos los poetas y escritores de habla española. Lo obtuve con "Romance de los veinte conspiradores" que te haré leer más tarde. Además, se me concedieron dos menciones especiales por un soneto a América y un poema a Cervantes, con la advertencia de que no se me otorga premio por establecer las bases que cada autor podrá recibir sólo una recompensa. Calculo que esto me significará alrededor de cuatro mil pesos.

Montecinos estuvo ayer en casa. Hablamos de tí como de un hermano ausente. Néstor es un gran espíritu y sólo ha venido a revelárseme en el último tiempo. Antes, nuestra amistad tenía mucho de fórmula; pero hemos aprendido a tirar por la borda lo inútil para llegar a un gran entendimiento.

Se me quedan algunas cosas en el tintero, pero te las diré a mi regreso. Recibe el doble abrazo de Isolda y mío, junto con el afecto de quienes nos rodean.

OSCAR

18 de noviembre de 1939

Gonzalo:

En primer término te comunico que el famoso premio de Argentina me resultó un desencanto: consistía en una maciza placa de plata que, de ser reducida a moneda, no alcanzaría a darme cien pesos. ¡Y yo que me había edificado tantos castillos! Con Montesinos habíamos proyectado un viaje por los poblachos del sur: quedará relegado al desván de las cosas imposibles.

El miércoles último firmé el contrato de edición con Zig-Zag. Me estrujan como un limón. A cambio de un diez por ciento sobre el precio de venta de cada libro, la editorial adquiere la exclusividad de él para todos los países de habla española. El contrato dura por toda la vida mía y por 20

años después de mi muerte... Los derechos de reproducción los percibe Zig-Zag, etc., etc. Como ves, el negocio es magnífico... para ellos. No he querido decirle nada de esto a Isolda por no amargarla. Ella se figura que tales condiciones rigen para una sola edición.

Ahora estoy atareado hasta lo indecible. No te extrañes, por eso, que sea tan breve. Estas palabras han querido llevarte solamente mi afecto y mi amistad, junto con el de Isolda y Celia. Te abraza cordialmente,

OSCAR

26 de noviembre de 1939

Querido Gonzalo:

Como quién sale de una pesadilla, me reintegro a mi casa, tras haber dejado los pies y los riñones en la preparación de la Velada Bufo que por suerte resultó buena en sus aspectos financiero y artístico.

Ayer recibí noticia de Augusto D'Halmar acerca de "Cobre" y me apresuro a transcribírtela fielmente. Es breve, pero creo que habrá de interesarte, porque significa un paso adelante en la edición de tu libro. Dice D'Halmar:

"Hace tres días entregué en manos de Tomás Gatica, que vino a verme, los originales de "Cobre", con mi impresión muy favorable y para que a su vez dé la suya y decida. Comuníqueme esto a Drago y saludelo llevándole mis felicitaciones. Luego le escribiré más largo. Por hoy debo entregar crónicas y cuentos a la prensa".

Yo también, Gonzalo, pondré punto final al término de esta carilla única. Siento un gran decaimiento físico, producto del esfuerzo desplegado en los días precedentes, y no sería capaz de hilvanar una opinión tan extensa como merece "Flauta de caña" que he recibido y considero magnífico.

General:

En mis manos tu carta y tu artículo. He dado inmediatamente a publicidad este último. Te envío un par de ejemplares de "La Tribuna" para tu archivo, conforme al pedido que me haces.

Aprovecho esta oportunidad para ponerte sobre aviso acerca de una maniobra reaccionaria que tiene muchos visos de realizarse. Pretenden arrebatarnos el triunfo a don Pedro en el Tribunal Calificador. La consigna secreta impartida por el comité anarquista de Santiago es que en caso de llevarse a efecto este robo, todos los frentistas deben declarar una huelga indefinida, saliendo de in-

2.) mediato a la calle.

Es necesario hacer que circule este orden entre todos los sindicatos, gremios, asociaciones, etc., exigiendo su cumplimiento. Y, en todo caso, ir a la revolución. Sinceramente te digo, Gonzalo, que si tal situación llega a ser provocada, estaré en las barricadas al lado del pueblo, aunque sea con un garrote entre las manos.

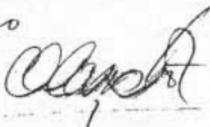
Pera y Lillo me encargó decirte que la fundación del periódico en San Fernando fracasó por incumplimiento de las promesas que se le hicieron. Espera, sin embargo, servir a tu hermano en la primera ocasión que se presente, cosa que no será difícil, si tomas en cuenta que

mi patron dirigió la campana
de Aguirre - Berda en Puncagua

Mi libro quedo inscrito
el lunes 31 de octubre en la Bi
blioteca Nacional Debe apare
cer antes de que el mes fin
zendará, para entonces, los e
jemplares opecidos.

Isolda, la vieja y La
man corresponden tus saludos.
Esperan que vengas pronto pa
acá para pasar otra tarde
en tu compañía, cosa que yo
igualmente anhelo de veros,
si es que antes no se me ocu
rre darme un paseito por a
ludos

Estrecho cordialmente
tu mano



Lima., 18/XI/39.

Gonzalo:

He aguardado hasta hoy carta de d' Halmar con su opinión definitiva para transmitirte la, y ella no ha llegado. Obligaciones urgentes le han quitado el tiempo, sin duda; de otro modo, ten la certeza de que sabríamos ya a qué atenernos en definitiva.

Mientras la noticia tan anhelada llega, habremos de otras cosas. En primer término, el famoso premio de Argentina me resultó un desencanto: consistía en una maciza placa de plata que, de ser reducida a moneda, me alcanzaría a darme cien pesos.; y yo que me había edificado tantos castillos! Con Montesiros habíamos proyectado un viaje por los poblachos del sur quedará relegado al desván de las cosas imposibles.

El miércoles último firmé el contrato de edición con "Zig-Zag Me estrujan como en Simón A cam

2) Un diez por ciento sobre el precio de venta de cada libro, la editorial adquiere la exclusividad de él para todos los países de habla española. El contrato dura por la vida mía y por 20 años después de mi muerte... Los derechos de reproducción de los cuentos los percibe "Liq-Zag", etc. etc. Como ves, el negocio es magnífico... para ellos. No he querido decirle nada de esto a Isolda por no amargarla. Ella se figura que tales condiciones rigen para una sola edición

¿Y tú, Gonzalo?, ¿Estás pasando en los Andes esas vacaciones obligadas? Comprendo perfectamente tu situación frente a las prescripciones médicas y lamento sinceramente que debas someterte a ellas; ¿y qué hacerle! Tu cuerpo pide reposo y hay que dárselo por más que resulte duro. Luego, cuando llegue la mejoría absoluta, cuando tu situación cambie - que no duelo ha de cambiar - podrás proseguir tu labor. Por

31) ahora, límitate a atesorar impresio-
nes que luego tu espíritu irá
trasmutando en belleza. ¡Ah, Gon-
zalo!; Qué no daría yo por que me
fuera dado hacerte más llevade-
ra la inactividad! Pero aquí me
tienes, peleándote también al des-
tino que me lleva ventaja.

Echate una ojeada al "Fig. 77" de
Antuano Jueves. Ha (diciendo) algo que te gustará.

He pensado mucho en tus
novelas. Pero esto no significa que
te urge a que me las envíes. Haz-
las copias lentamente, sin precipi-
taciones, que yo ^{te} tendré la necesaria
paz de espíritu para leerlas sin
dentro de un mes y medio, es de
cir, cuando el último examen
haya terminado en el liceo. Ahora
estoy atareado hasta lo increíble.
No te extrañes, por eso, que sea tan
breve. Estas palabras han querido
llevarte solamente mi afecto y
mi amistad, junto con el de Soledad
y Celia.

Te abraza cordialmente

Gaspar

Licos de Hombres

de

Ramagua

Quito 1945

Ramagua 4 de junio de 1945

Mi noble y leal amigo:

Habría postergado deli-
beradamente, hasta hoy la respuesta a tu
carta última, en espera de que los médicos
me leyeran la sentencia. Ahora ya la co-
nozco. Es algo simple y tremendo. Tres me-
ses de cama; sobrealimentación, reposo. Ni
siquiera me permiten levantarme en días
de sol tan radiante como éste. Lo peor
es que, según parece, la recda. no será re-
petida cuando se cumplan estos noventa
días.

Agradezco en lo que valen tu felici-
tación y tus buenas palabras. Creo que
podré someterme a todo cuanto me im-
pongan, aun cuando a veces tenga que
incluir un poco mi desesperación. Por for-
tuna me dejan libertad para leer y es-
cribir. Los libros serán mi única ventana
hacia el mundo, aparte de ésta otra
que da al cielo en donde ya se mue-
ven los volantines.

Aprovecharé, además, esta tregua
para corregir calmadamente mis dos úl-
timas obras: "El campo de sangre" y "La
vida, simplemente", en las cuales tengo
gran fe.

A propósito de estos tracones me hablé en Santiago, con gran entusiasmo de "Los hombres siembran cadenas" ha conser-
dera tu mejor obra y una de las más bellas
que ha leído últimamente Entiendo que ya
habrán llegado a un acuerdo para su pu-
blicación. ¡No sabes con qué emoción re-
cibo estas noticias que conciernen a tus li-
bros, inéditos por tanto tiempo y con tanta
injusticia!

Me canso un poco de escribir en
posición violenta. Ya me iré acostumbrando.
Y esperaré mejor tra vendida - sé
que vendrás set. mes - para que
charlemos con detenimiento de tantas
cosas que hoy me dejo en la pluma
para comártelos después.

Recibe un abrazo de mi gente
Saluda a Amelia, a Montá y a
Lucho. Y ten la seguridad de
mi profunda y clara estimación

Osca

Espérame, pues, que descanse un par de días para llegar de nuevo a tí. Entre tanto, recibe mi saludo fraternal y el de Isolda y Celia para tí y tu compañera

OSCAR

Rancagua, 2 de diciembre de 1939

Querido Gonzalo:

Acabo de leer por segunda vez tu libro de poemas, y este nuevo examen me reafirma en el juicio que emitiera al principio: en "Flauta de caña" está tu voz casi liberada de influencias; el ritmo ha ganado en agilidad, el tono es ya de surtidor que va a curvarse junto a las estrellas. Con Isolda a mi lado, de la misma manera que le doy a conocer mis producciones luego de concluirlas, he dejado que tu palabra diga su iluminado mensaje. Cantan en tus versos los trigales de Chile, los caminos abiertos, los vientos bailarines. Un pan-teísmo profundo fluye de cada estrofa y deja en el corazón el aleteo de la belleza sin tiempo. A fuer de sincero, te confesaré que hasta hoy tu poesía no había logrado penetrarme en plenitud; así lo dije a Montesinos cuando hablamos de tí: "Gonzalo es ante todo cuentista, como yo soy poeta". Pero ahora debo rectificarme. No conocía tus últimas cosas, tus progresos, tu ascensión hacia la luz. Tu libro, pues, me ha sido fiesta y deslumbramiento. ¡Qué felices hallazgos te ha hecho descubrir la soledad, Gonzalo! El tercer poema, "Hora estival", tiene dos versos que se mueven como columpios en mi espíritu:

*"Una flauta de caña madura entre mis manos
para que inicie el trigo su danza campesina".*

Y luego, la estrofa inicial de "Estas son mis palabras"; la

agilidad del poema "Viento", el contenido jubiloso de "Poema de un día y su destino" en que hallo esta pincelada:

*"Si mis manos tocaran su túnica de seda
quedarían por siempre bañadas por el alba".*

¿A qué seguir citando, por partes, lo que me ha gustado? Así como hay poetas que valen fragmentariamente, existen otros que dan sensaciones totales: entre estos últimos estás tú. Es necesario leer todos los poemas de "Flauta de caña" y luego volver atrás la mirada, recordando, para que el juicio sea certero. "Es extraordinario —me decía Isolda— que un temperamento tan dramático como el de Gonzalo, haya podido dar estas canciones de diáfano lirismo". Porque en estos versos que me mandas, vienes clarísimo, sin sombras, como si tu alma se hubiera lavado en el rocío matinal.

Confío, Gonzalo, en que "Cobre" abrirá el camino, y luego te será facilísimo hallar una editorial para tu producción lírica. La espera —como a mí mismo me aconteció— te ha hecho bien. Tus versos antiguos, esos que forman tu volumen anterior, han sido superados plenamente. Este de hoy eres tú. Ya no está Pedro Blomberg en el fondo de tu voz, con sus añoranzas marinas y la sal de sus puertos y sus mujeres tristes. Había en tí mucho de romántico, pero el lírico fuerte y puro que hay en tu sangre ha vencido. Puedo decírtelo con clara y fraterna alegría.

Hace un momento, cuando comenzaba esta carta, estuvo a verme Baltazar Castro. Lo hice escuchar algunas cosas del libro "Poema del sur", "Parábola de la espigadora" y otros. Se manifestó sorprendido de tus progresos. Me habló de ir a verte el viernes o sábado próximos. Recordó que, desde hace tiempo, le debes una contestación. Te mandó un cuento

y aguarda tu fallo. Ahora se viene por diez días a Rancagua para operarse de la nariz. Es posible que vayamos juntos a Santiago. Me alegra verlo decidido, animoso, seguro de sí mismo. Con sus veinte años y su deseo de perfeccionarse, Balta irá lejos, pero tenemos que ayudarlo un poco: a veces se descorazona sin motivo por pretendidos desaires.

Bien, Gonzalo. El objeto principal de estas líneas era darte, con *absoluta* libertad, una opinión sobre "Flauta de caña". La he puesto aquí tal y como me la ha dictado mi sinceridad. No hay en mis apreciaciones simpatía de amigo, sino simplemente justicia para tus versos. Tú sabes cuán poco amigo soy de traicionarme.

Entonces, nada más por ahora. He urgido a D'Halmar para que me de noticias de "Cobre" apenas tenga aviso de su aceptación por Gatica Martínez. Me imagino que esto demorará un poco todavía; pero ten la certeza de que al fin te llamarán a Santiago para la firma del contrato. Será ese uno de los grandes días de mi existencia.

Un abrazo fraternal de Isolda, Celia y mío. Mis recuerdos para tu compañera.

O. CASTRO

Rancagua, 13 de diciembre de 1939

Gonzalo:

Aquí tu clara y fraternal carta del domingo, en que me hablas de tu conocimiento con D'Halmar. A través de tus palabras veo que, desgraciadamente, el Maestro no ha tenido el tiempo necesario para saborear tu libro en plenitud. No lo atribuyas a falta de interés ni cosa parecida. Es que en realidad el hombre está ya en el ocaso de su vida y se apresura a ordenar sus recuerdos y sus últimas obras. Sin embargo, lo que ha conocido de "Cobre" parece haberle dado la magni-

tud de la obra: de ahí que te haya prometido ; así lo quiera la suerte! su publicación para dentro de tres o cuatro meses.

Al hablar de mi participación en lo que toca al envío de tus originales a D'Halmar, te pones en los extremos, Gonzalo. Yo no he hecho ningún sacrificio extraordinario, sino simplemente lo que me aconsejó la reflexión. Ya sabes que mi volumen de cuentos será lanzado por Zig-Zag en el primer semestre del año entrante. Para ser más preciso, presumo que aquello acontecerá por abril o mayo. Ahora bien, mi segunda obra poética, aún cuando está ya terminada y hasta con título —“Viaje del alba a la noche”— se llama, no debe aparecer sino a fines de 1940, en noviembre o diciembre tal vez. Esto, a pesar de que D'Halmar me la tenía pedida para antes. Como puedes ver, mis proyectos no se han entorpecido en absoluto; al contrario: tendré la gran satisfacción de ver que nuestros dos libros aparecen casi juntos. Cuando aparezca “Cobre” y cuando tengas el espléndido éxito que yo te auguro, comprenderás mejor mi decisión de ahora, y verás que estaba jugando sobre seguro. Así, pues, nada de renunciaciones y a trabajar para que conquistes tu verdadero puesto en las letras chilenas, cuajadas hasta hoy de glorias baratas y mal edificadas.

Dos o tres veces he leído tu artículo de “La Nación”. Con Félix Miranda, que estuvo el domingo a verme, hablamos de tus palabras y de tí. “Esto es lo mejor que se ha escrito sobre Ud., Castro, me manifestó nuestro amigo, y yo suscribo en todas sus partes tal opinión. Me place, sobre todo, porque dices en tu escrito cosas que era necesario hacer públicas. Y no porque me afecten a mí personalmente, sino porque pueden aplicarse a muchos casos como el mío. Los señores de la capital, que labran celebridades de la noche a la mañana, porque estas celebridades son del partido tal o cual o porque

se dedican a adular a los "críticos", deben haber fruncido un poco el ceño ante tus acusaciones. Has tenido, Gonzalo, la ruda franqueza de decir la verdad allí donde la complicidad del silencio es institución nacional. Después de aquel negocio del premio municipal, he recibido infinidad de protestas de personajes más o menos bien puestos en su sillón de escritores. Puedo darte los nombres de Domingo Melfi, Gerónimo Lagos Lisboa, Carlos Préndez, Angel Cruchaga, Omar Cerda, Victoriano Vicario, Luis Duránd y otros. Todos coinciden en que el premio me fue arrebatado. Pero ¿qué hicieron? ¿Salió alguien a decirlo en las columnas de la prensa, de modo resuelto y preciso? No. Aquello quedó en los cenáculos, en los corrillos intrascendentes, en los labios desdeñosos de quienes pasan la vida inclinados sobre sí mismos, mirándose la ranura del ombligo, como los fakires. Y mañana, Gonzalo, el caso se repetirá con otro escritor joven, sin que nadie tenga el valor moral suficiente para suscribir una condenación. De ahí que tus palabras adquieran para mi espíritu un valor inmenso, que te las agradezca con profunda emoción.

A Baltazar le estuve leyendo hace un momento el párrafo en que lo recuerdas. Sonrió y dijo: "Usted sabe, Oscar...". Y es verdad: yo se. Balta se levantó solamente hace dos días de la cama, de la operación a la nariz. No ha podido ni efectuar el viaje que tenía proyectado a Santiago. Has errado, pues, al reprocharle el incumplimiento de su palabra.

Ojalá puedas venir para enero. Hazme saber antes que termine el presente mes, si te es posible, tu decisión definitiva, pues tengo varias invitaciones para salir de Rancagua y arreglaría las fechas de modo que pudiéramos estar unos días juntos. Mis deseos de hablarte son muy grandes, Gonzalo, y por nada del mundo quisiera que no me hallaras acá para tu viaje.

Recibe, junto con mi agradecimiento y mi fraternal abrazo, el afecto sincero de Isolda y Celia que retribuyen con emoción tu recuerdo.

O CASTRO

24 de diciembre de 1939

Querido Gonzalo:

Pensaba escribirte mañana una larga carta en respuesta a la tuya última, pero a última hora me avisan que debo salir fuera de la ciudad durante todo el día. Como ya es muy tarde —las dos de la madrugada—, quiero decirte solamente que aguardo con impaciencia tu venida a este pueblo y a esta casa, donde hallarás —a falta de comodidades— nuestros corazones abiertos en amplio y fraternal hospedaje.

Isolda y Celia están contentas. Hoy a la comida —hicimos una humilde cena íntima de Navidad—, brindamos por cuatro personas, pidiendo al Destino que les diera el logro de sus más altas aspiraciones. Estas personas, en el mismo orden en que hicimos los brindis, fueron: D'Halmar, tú, Néstor Montecinos y Sergio. Son los que viven más intensamente entre estas cuatro paredes; los que acompañan nuestras preocupaciones, los que vibran con nuestras penas y fracasos. ¡Ojalá que nuestros anhelos, expresados en oportunidad tan solemne, tengan la virtud de materializarse en frutos tan magníficos como los que Isolda, Celia y yo concebimos en nuestras mentes.

Recibe el abrazo grande y verdadero de nosotros tres.

OSCAR

Rancagua, 1º de enero de 1941

Querido Gonzalo:

Buenas y sentidas tus palabras sobre mi libro. Las estimo mucho más que la crítica oficial, porque las sé emanadas de tu sinceridad. Coincidimos en la apreciación de algunos aspectos del volumen y me agrada que te haya gustado mi parte predilecta: "Nocturnos desolados". Esos poemas son un punto de enlace entre "Viaje del alba a la noche" y "Reconquista del día", mi próxima obra, de la que ya tengo 19 poemas escritos.

A través de Miranda, he venido imponiéndome del esfuerzo que se hace para lanzar "Cobre" en los primeros meses del año que comienza hoy. Ya te he dicho en otras ocasiones cuánta es mi preocupación por ese libro que definirá un aspecto de tu temperamento. Aguardo su publicación con impaciencia muy semejante a la que sentí cuando mi obra inicial andaba en idénticos trajines. Y mi saludo de año nuevo quiere ser éste: que el Destino te conceda el presente de un triunfo rotundo, tan grande como el que se debe a tus méritos y a tu esfuerzo de escritor verdadero.

Por la hoja de "La Tribuna" que te mando con esta carta, te impondrás de los resultados generales del Concurso Municipal. Baltazar, según tú lo presumías, tomó en forma trágica su segunda mención. Sorprendiendo nuestra buena fe y la confianza que en él teníamos "Los Inútiles", se presentó a nuestra Revista Oral el jueves último, horas después de haberse dado los fallos, y leyó un trabajo titulado "Carta de B. C. P., empleado a B. C. P., escritor". Empezó haciendo un elogio desmedido para su propia labor; dijo de la publicación de su cuento en Argentina; expresó que su temperamento era fuerte y rotundo, y concluyó llamando ignorante,

inconsciente y cretino al jurado. Lo grave del asunto es que uno de los miembros de dicho jurado era Homero Arce, perteneciente a nuestro Grupo y presente en Radio Rancagua mientras él despotricaba. De paso, Baltazar echó una rociada a quienes habían obtenido los premios, al atribuir tal resolución a "ignorancia" de sus componentes. Es necesario recordar que Balta había obtenido primer premio en el concurso de Canto a la Reina en las Fiestas Primaverales últimas y que en el Jurado de aquella ocasión también estaba Lucila Dufourcq, designada para dictaminar sobre los cuentos en el torneo municipal. Baltazar dijo que aquel premio también se lo habían dado por ignorancia, pues su poema no valía nada. A través de esto, podrás juzgar cuánto es el apasionamiento de nuestro joven amigo.

Al día siguiente de aquello, hablé con él, exponiéndole con serenidad mis impresiones respecto a su acción. Lo hice recurriendo a todo mi razonamiento, a toda mi sinceridad, y expresó que nunca podría retractarse de sus palabras, porque las consideraba justas. "¿No comprende, Balta, que ha insultado a Gonzalo, a Vila, a Homero y a mí?". "No; yo los estimo a todos y reconozco sus méritos". ¿Entonces? ... "Nada. Ustedes no me entienden". Y de ahí no pude sacarlo. Con Vila acordamos tomar el asunto como cosa ridícula. Lo hemos dejado en el olvido y Balta tendrá en nosotros, como siempre, a dos amigos dispuestos a servirlo y orientarlo. Estimamos que aprobarás nuestro modo de pensar.

El aniversario del Grupo lo hemos fijado para el presente mes. Te avisaremos con oportunidad la fecha precisa a fin de que puedas acompañarnos en la reunión fraternal que haremos y en la cual debemos estar todos.

La venta de "Viaje del alba a la noche" es espléndida. Sin embargo, no he podido obtener que me envíen el total

de la edición desde Santiago y en este instante estoy sin libros. Espero conseguir mañana los quinientos ejemplares que faltan y será tu pedido el que primero salga de mi casa.

Con "Huellas en la tierra" ha ocurrido algo raro. El volumen, según me dijeron confidencialmente, estaba ya impreso en Zig-Zag, faltando solamente las tapas. Pero éstas no acaban de salir y empiezo a preocuparme. Trataré de que Vila vaya el viernes a Santiago si es que antes no he sabido a qué atenerme. De más está decirte que uno de los primeros ejemplares de la obra será para tí.

Y nada más, Gonzalo. Isolda y Celia te hacen llegar por mi intermedio un gran saludo de año nuevo, lo mismo que Oscar Vila, junto con un abrazo para tí y tu compañera. Une estos deseos a los míos y recibe aquí mi mano tendida en amplio gesto de fraternidad y cariño.

OSCAR

Rancagua, 9 de enero de 1941

Querido Gonzalo:

Conforme a tu pedido, te despaché, hace tres días, los ejemplares de "Viaje del alba a la noche" que me solicitabas. Espero que hayan llegado sin retardo a tus manos y deseo —¡cómo no voy a desearlo!— que te deshagas de ellos lo antes posible.

El dinero del torneo municipal no he podido conseguirlo todavía, pero me aseguraron que lo tendría en mis manos a principios de la semana que viene. Te lo haré llegar apenas haya cobrado.

Miranda me había anticipado ya, el domingo, lo del dinero para "Cobre". Acéptame un abrazo ancho de alegría y fraternidad. ¡Por fin, Gonzalo, por fin! Tu hijo va a salir por estas tierras a estremecer corazones y poner emoción en

los ojos. ¡Qué puedo yo augurarle, si es como cosa mía, como sangre de mis anhelos! Estoy contento y me apresto como para una fiesta a recibir el volumen impreso. ¡El destino se abre!

Va con estas líneas un recorte aparecido en "La Prensa" de ayer. Han juntado tu nombre al mío y me alegro de que así sea. Las palabras de Méndez Bastías vienen desde un fondo de sinceridad. De tí me ha hablado siempre con entusiasmo.

Sin tiempo para escribirte más largo, sólo me resta transmitirte los saludos de Isolda y Celia para tí y Amelia.

De mi parte, acepta un apretón de manos en que cabe todo el mundo.

OSCAR

Rancagua, 21 de enero de 1941

Grande y buen amigo:

El domingo leí en La Nación tu crónica sobre mi libro, y ayer me llegaron tus breves líneas en que me dices que no podrás venir sino hasta dentro de unos días más. Yo no te había escrito esperando de un momento a otro tu venida; pero, por desgracia —como a mí me ocurre a veces—, tienes que quedar primero en paz con tus obligaciones y no tendré la satisfacción de estrechar todavía tu mano leal.

Tus palabras del domingo me han dejado más satisfecho que muchas cartas ditirámicas que he recibido con motivo de la aparición de "Viaje". Estimo en ellas, ante todo, el sople de afectuosa sinceridad que las anima y luego tus deseos de que no vuelva a suceder lo que aconteció con mi libro inicial. En la lucha por el premio de Poesía, sólo hay un competidor que me tiene con cuidado. El es Juan Guzmán Cruchaga, cuyo libro, además de ser bueno, tiene a su favor

la antigüedad del poeta, quien ha realizado una prolongada labor en el campo lírico. Por otra parte, Guzmán cuenta con vastas relaciones en Santiago, y estoy cierto de que ellas harán cuanto puedan para inclinar a su favor la balanza del veredicto. De todas maneras, vengan o no los cinco mil pesos, proseguiré mi trayectoria, pues estos son sólo incidentes en la actividad literaria. A mí me basta saber que hombres como tú me comprenden y me secundan. Los demás, esos que están fuera de la órbita de mi afecto, pueden actuar o pensar como quieran: cada cual tiene su hora, y la mía y la tuya deben llegar, Gonzalo.

Hasta el momento de escribirte, no hay noticias de tu premio; pero tengo confianza en que pronto habré de conseguirlo. Según parece, Guzmán Castro no ha conseguido aún la totalidad del dinero, pues mucha de la gente que lo ofreció se halla de veraneo y hay que aguardar su retorno. Esto me hace prever que la situación de impasse no puede prolongarse más allá del 1º del mes entrante.

La edición de "Viaje" va en vías de agotarse. Quedan en mi poder alrededor de 130 ejemplares de los mil tirados, lo cual te dará una idea de la suerte con que se ha desenvuelto la cosa. En esta batalla de la distribución y venta, Oscar Vila ha sido el gran general. Como que él solo colocó 300 volúmenes en Rancagua: todo un récord. He tenido, además, la ayuda de Carlos Peña y Lillo en San Vicente; de Félix Miranda en Santiago; de dos o tres amigos en Sewell; de Montesinos en Antofagasta. La Biblioteca Nacional me adquirió de un golpe cien ejemplares para distribuirlos en canje por América, y ahora último entro en negociaciones con Félix Corso, de Argentina, quien me manifestó que había interés en Buenos Aires por la obra. Si me pide los cien ejemplares que le ofrezco, quiere decir que me quedaré con 30, de los

cuales no podré vender uno solo, pues no es prudente, por lo que potis contingere, vaciar el cajón en que los guardo.

Cuando COBRE salga en busca de su destino, me alegraría que pudieras transmitirme noticias tan halagadoras como las que yo te hago llegar. Acá puedes contar con el Grupo para la venta de un número de volúmenes que te indicaremos con oportunidad, y desde ahora comenzaré a tender las redes para interesar a gentes de otras localidades vecinas; desde luego, a Peña y Lillo.

De más está decirte con cuánta impaciencia aguardamos en esta casa tu visita. Los Inútiles, por su parte, quieren departir largamente contigo. Y yo, mientras llega el instante del encuentro, te alargo, a través de la distancia, mis brazos fraternales, junto con el cariñoso recuerdo de Isolda y Celia para tí y tu compañera.

Salud.

OSCAR

Sin fecha

Querido Gonzalo:

Me apresuro a contestar tu carta de ayer, ante que se haga presente mi proverbial dejadez para encararme con una hoja en blanco.

Tu noticia, sobre el libro de Lucho me ha traído una gran alegría. Confié siempre en la fibra poética de tu hermano y créeme que no me ha producido ninguna extrañeza lo que me dices. Lo que sí me parecía raro es que tú no hubieras advertido ese clima de potencia interior que define los versos de este muchacho. A través de muestras aisladas he ido aquilatando sus progresos y creo que ahora está en plena posesión de su instrumento poético, lo cual le permitirá ubicarse en

un plano destacado en esta rama del arte. Aguardo con verdadera impaciencia el volumen para juzgar hasta donde son fundadas mis esperanzas en el porvenir de Lucho. Desde ya puedo adelantarte que tu hermano puede contar con el prólogo y si le escribes díselo así para que me despache de una vez los originales. Me figuro que a él también lo aqueja idéntico mal que a mí: pereza invencible cuando se trata de despachar algo.

Cincuenta poemas, en verdad, hacen un conjunto casi imponente. Creo que deberá rebajarse un poco el número y esto lo veremos una vez que el legajo esté en mis manos. Por ahora se me ocurre una pregunta: ¿Piensa Lucho lanzar el libro por su cuenta? Tú bien lo sabes ¡y que bien debes recordarlo; cuánto cuesta convencer a los señores editores de que deben abrir la puerta a la nueva generación. ¿O tienes algún proyecto especial? Me preocupa este punto.

Yo he estado trabajando fuerte. Durante las vacaciones de invierno dí término a un nuevo libro de cuentos, "La sombra de las cumbres", que fue a probar suerte al Concurso del 4º centenario. Creo haber superado ese primer ensayo que se llamó "Huellas en la tierra". Comparando ambos volúmenes, "Huellas" me parece una acuarela desdibujada y "La sombra" un óleo rotundo. Tengo fe, Gonzalo, una fe decisiva en mi última creación. Te lo digo abiertamente, lejano de la petulancia o del vano alarde. El premio, ante esta convicción, pasa a ser una cosa secundaria.

He leído, una por una, todas las críticas que se han hecho a "Cobre". Sigue pareciéndome que la de Latcham es la más acertada y consciente. Alone tomó un poco el rábano por las hojas y entró en discusiones ajenas al arte. Sin embargo, sus frases últimas dan la clara impresión de que cree en tí. Ya te lo dije: "Los críticos te morderán". Pero vas adelante y

esto basta para los que tenemos confianza plena en tu labor pura y honrada.

Cuéntame de tus últimas cosas. Presumo que habrás proseguido la tarea. ¿Nuevos cuentos, novelas, poemas? En Santiago hablan de tí con marcado desconcierto. Villablanca, de Nascimento, me manifestó el otro día que tu libro se iba vendiendo muy bien. Le dije a Vila, quién le mandó diez más a Nicomedes para que los hiciera llegar a la librería.

Y, a propósito de Nicomedes. Le dí los originales de "Un año" cuando estuvo por acá para la Feria del Libro. ¿Te ha hecho conocer su opinión al respecto?

Balta, hace algunas semanas, me leyó su último cuento, "Destino". En él nuestro amigo alcanza una radiosa y firme libertad de expresión. Rotas las trabas cerebrales, consigue definir a sus personajes con rasgos humanísimos que remecen el espíritu. Aquí empieza Baltazar Castro, cuentista. Un porvenir de luz para él y para su fuerza expresiva.

Isolda y Celia ponen aquí cordiales abrazos para tí y Amelia. Yo te estrecho en un fraternal abrazo de compañerismo y emoción.

OSCAR

Sin fecha

Querido Gonzalo:

El Rector me ha encargado redactar y despacharte a su nombre la carta adjunta. Comprenderás con cuánto placer fraternal lo hago. Quiero poner aquí un ancho abrazo por este triple triunfo que se suma al de tus otros compañeros del Grupo. En efecto, el primer Premio de Poesía me fue concedido y Balta obtuvo igual recompensa en Volumen de cuentos. Raúl González alcanzó la primera mención honrosa, inmediatamente después de tí, en cuento solo.

Está por verse lo de Félix. Extraoficialmente he sabido que hay dos volúmenes de historia en pelea: el de nuestro compañero y el de Manuel Gálvez. Cada uno tiene un voto a favor; pero falta todavía el fallo del tercer miembro que definirá la discusión. Este miembro es Hernán Vera, ex profesor de Historia de este Liceo y actual Rector del Liceo de Victoria. Me inclino a creer —salvo divergencias de última hora— que el triunfo será para Miranda. Imagínate: ¡todo nuestro Grupo premiado! Sin embargo, hay que aguardar hasta hoy en por la tarde en que todo será dilucidado.

No quiero retardar el despacho de esta carta. Un abrazo entusiasta. Saludos a tu compañera. Un cariño a tu chica.

OSCAR

3 de diciembre de 1941

Gonzalo Drago:

Perdóname. Cosas graves acontecidas en las últimas semanas, me habían impedido escribirte. El retorno de Isolda, la grave enfermedad de una de mis hermanas que estuvo a punto de morir envenenada y que se salvó sólo gracias a un milagro, los exámenes, la terminación del año escolar en el Liceo Nocturno, todo eso junto, han llevado mi espíritu y mi cuerpo de aquí para allá, sin concederme tregua ni reposo.

Hoy, distanciados los fantasmas, puedo decirte que la letra llegó a mi poder y la deuda fue cancelada. Con Vila conversé esta mañana. Lo de siempre, Gonzalo: “La casa . . . paciencia . . . estoy acogotado . . . en breve . . .”. Tú ya sabes. No volveré a insistir. Si buenamente Vila quiere pagar, que pague; si no, lamentaré perder un amigo que no alcanzaba a

valer mil pesos; ¡ poca cosa para quienes tanto creímos y confiamos!

Como bien comprenderás, me ha faltado serenidad para leer los poemas de tu hermano. Esta noche lo haré, en parte por lo menos. Creo que el prólogo estará listo de aquí a una semana. Tendrás una copia, conforme a tus deseos.

Mi mano cordial, mi ancho y fraternal abrazo y el afecto de todos los míos.

OSCAR

5 de septiembre de 1943

Gonzalo:

Bien sabes cuánto es el cariño, cuánta es la clara estimación que une nuestros destinos. Esto, por encima de silencios y aparentes desatenciones.

Por conocerme como me conoces, no ignoras lo que me cuesta escribir cartas. Así, pues, recibí tu primer mensaje y en propósitos de contestarlo se me fueron los días, hasta que tu segunda llegó a golpear mi remordimiento.

Tengo, sin embargo, una justificación. El 15 de agosto me cambié de casa, tras un engorroso proceso de dificultades con el antiguo arrendador que me pasearon por todo Rancagua en busca de un techo que protegiera mis huesos, los de Isolda, los de Leticia y los de Celia. Está bien, dirás tú, pero ¿quién es Leticia? Y yo, con orgullo de padre (¡ que bien debes conocerlo!) te responderé: Leticia es mi hija: una negrita de tres meses, con grandes ojos y nariz tan pequeña como la de Isolda. ¿O creías que tú solamente podías comunicarme novedades de esta naturaleza? . . .

Pues bien, tras mi peregrinación por la ciudad he venido a caer en la Población O'Higgins y —¡ oh ironías del desti-

no!— en la mismísima casa que ocupaba el imponderable Oscar Vila. Para ser más exacto: calle Mac-Iver N° 301, en donde espero tu visita para cuando vengas.

Instalado ya, comenzó el nuevo problema. Mis libros y papeles vinieron en dos grandes cajones que no quería desarmar hasta no saber dónde ubicar su contenido (los estantes, urgidos por el espacio vital, tuvieron que convertirse en leña). Me pasé varios días tratando de adivinar en cuál de los cajones vendría el original de “Flauta de caña” y, según parece, una inspiración superior guió mi búsqueda, porque acerté de inmediato el miércoles último, al resolverme a iniciar la exploración.

Hoy domingo he dado término al prólogo de “Flauta de caña” y he puesto en la tarea toda mi sinceridad. Lo he preferido breve, dejándome muchas cosas por decir, pero puntualizando lo esencial de tu personalidad y tu poesía. Me gustaría ver pronto tu volumen impreso. La crítica comprensiva deberá recibirlo con las valoraciones que merece. Su nueva lectura me ha dejado un regusto de cosa silvestre, diáfana, que concuerda muy bien con su nombre. No te asombren los elogios que suscite esta obra. Y toma los comentarios negativos como cosa inherente a toda producción pura y honrada, a la cual ni Neruda ni la Mistral han escapado.

Acá hemos hablado intensamente de tí. Aguardamos tu venida como la de un hermano querido. Bien sabes que en la casa inmaterial del afecto creada por el Grupo, hay siempre un vaso de vino y un trozo de pan para sellar estos encuentros. Ojalá no haya nueva postergación de tu viaje. Estamos muy unidos, Félix, Raúl, Baltazar y yo. ACTITUD nos congrega en un esfuerzo común al que entregamos nuestras más intactas energías. Queremos que presencias la impresión de la revista, que saques una hoja de papel con la tinta todavía

fresca, que sientas la alegría de crear una publicación como quien crea un hijo.

Te estoy hablando desde el honor de mi estimación, de esa estimación insobornable que sólo tres o cuatro de mis amigos han recibido en plenitud. Porque no todas las amistades literarias pueden desenvolverse como ésta que nos ha juntado y hecho permanecer a través del tiempo.

Lo arreglaré todo de manera que cuando vengas pueda liberarme de obligaciones y trabas diarias, a fin de que platiemos con anchura y reposo de tantas cosas que han ido acumulándose a través del tiempo.

Y, entre tanto, estrecho tu mano desde esta carta. Pongo aquí el afecto de quienes me rodean. Uno todo esto en un haz apretado de sinceridad y quiero que trasmitas a tu compañera y a tu hija nuestra presencia y nuestra comprensión.

OSCAR

4 de junio de 1945

Mi noble y buen amigo:

Había postergado deliberadamente hasta hoy la respuesta a tu última carta, en espera de que los médicos me leyeran la sentencia. Ahora ya la conozco. Es algo simple y tremendo: tres meses de cama, sobrealimentación, reposo. Ni siquiera me permiten levantarme en días de sol tan radiante como este. Y lo peor es que, según parece, la receta me será repetida cuando se cumplan estos noventa días.

Agradezco en lo que valen tu felicitación y tus buenas palabras. Creo que podré someterme a todo cuanto me impongan, aun cuando a veces tenga que morder un poco mi desesperación. Por fortuna me dejan libertad para leer y escribir. Los libros serán mi única ventana hacia el mundo, aparte

de esta otra que da hacia el cielo en donde ya se mueven los volantines.

Aprovecharé, además, esta tregua para corregir calmadamente mis dos últimas obras: "Llampo de sangre" y "La vida simplemente", en las cuales tengo gran fe.

Me canso un poco de escribir en posición violenta. Ya me iré acostumbrando. Y esperaré mejor tu venida —sé que vendrás este mes— para que charlemos con detenimiento de tantas cosas que hoy me dejó con la pluma para confiártelas después.

Recibe un abrazo de mi gente y ten la seguridad de mi profunda y clara estimación.

OSCAR

28 de julio de 1945

Querido amigo:

Te debo desde hace tiempo una contestación que tu última carta viene a recordarme de modo imperioso. Tengo, sin embargo, una excusa para esta demora: estuve con un ataque de asma cuyos accesos se me prolongaron por más de dos semanas, produciéndome un terror que me impedía pensar en otra cosa que no fuese el próximo ahogamiento. Es ésta una enfermedad inhumana, cuyo solo recuerdo, ahora, me produce un calofrío que no es sólo de la carne. Pero, en fin, he ido saliendo de ella a fuerza de inyecciones auto-hemoterápicas que ya me tienen de vuelta a la tranquilidad. En cuanto a lo otro, al pulmón, parece que la cosa marcha de modo excelente. No me extrañaría en absoluto que me reincorporasen a mis labores en el mes de septiembre. Lo cual sería una bendición, porque la cama me tiene empalagado hasta las náuseas.

Hasta antes de mi asma, yo había estado escribiendo mucho. Versos sobre todo. Es un retorno a mi claridad antigua, pero enriquecido por la experiencia de "Reconquista del Hombre". Cuando vengas o cuando yo vaya, te leeré algunas de estas producciones en las que, según mis compañero sy según "Alone", a quién mandé una muestra, he recuperado mi verdadero tono.

Bien, mi querido amigo, no quiero abusar demasiado de mis fuerzas en estos primeros días de tranquilidad que tengo. Recibe por ahora mi cariñoso saludo, que hago extensivos a todos los tuyos y ten la certeza de mi fraternal afecto,

OSCAR

27 de agosto de 1945

Mi querido Gonzalo:

Tu carta me ha sorprendido en pie, y aprovecharé para contestarla mientras me hacen la cama en donde tendré que meterme de nuevo. El día está frío y no es conveniente que haga desarreglos ahora que ya tengo tanto ganado.

En tu felicitación hay un tal acento de verdad, que me ha conmovido. Pocas veces uno siente el calor de la verdad bajo el formulismo que significa una felicitación. Pero tú eres tú y desde tu "soledad armoniosa" suelen brotar estas notas puras que me reconcilian con lo humano. ¡Muchas gracias, mi noble y claro amigo! Actitudes como la tuya y la de Nicomedes Guzmán (él estaba en Concepción y me avisó telegráficamente el triunfo) tienen para mí un efecto de impulso hacia la superación, mucho más intenso que los premios mismos.

Supongo que Nicomedes te habrá hecho llegar "Golfo de Penas". Buen volumen el de Coloane. Firme, conseguido, ple-

no. La colección ("La Honda") se inicia bajo excelentes augurios y espero que llegue a buen término. El esfuerzo de nuestro compañero se merece esto y mucho más.

Te mando el clisé que me pides. Y te ruego me hagas llegar un número de la edición especial de "La Voz de Colchagua" cuando se publique. Supongo que tu hermano seguirá trabajando allí. Salúdalo y abrázalo de mi parte.

Presumo que Raúl te habrá informado en detalle de mi salud y por eso no te digo nada acerca de ella. Pero sabe que me siento *sano*. Es esa cosa psicológica del que no tiene toxinas en el organismo. Además, he ganado casi 5 kilos de peso. Y esto me da firmeza y seguridad.

De mi casa corresponden tus saludos para tí y los tuyos. Y yo te abrazo fraternalmente y con emoción.

OSCAR

Rancagua, 9 de marzo de 1946

Mi querido Gonzalo:

En este momento recibo una carta de Luis Durand en que me pide colaboración para "Atenea", cuya dirección acaba de asumir. "Espero contarle entre la gente que colaborará en forma permanente", me dice. En seguida añade: "Asimismo le agradeceré comunicárselo a Gonzalo Drago que sé que es su amigo y cuya dirección ignoro".

Me alegra que Durand se haya salido del circulito que ahogaba a la revista convirtiéndola en una especie de sociedad de socorros y bombo mutuos. Yo aceptaré la invitación del "gordo" y espero que tu hagas igual. A mí me pide cuento, ensayo o poesía. No habla nada de remuneración, pero entiendo que allí las colaboraciones son pagadas y le pediré aclaración sobre este punto.

Ahora un poco de lo mío. Volví anteayer de mi último examen en el Servicio Médico de Santiago. Malas noticias. Van a pedir mi traslado a un sanatorio, porque el proceso sigue igual. Creo que me iré en la semana entrante. Lo que ignoro es el sitio adonde me mandarán. Estoy resuelto a lo que venga, sin protestas ya, porque comprendo la inutilidad de ellas. Sin embargo, algo se me derrumbó adentro cuando me notificaron la sentencia. Yo me creía sano y tenía el ánimo dispuesto para reincorporarme a mis tareas... En fin, Gonzalo, tú también has pasado por esto y lo entenderás plenamente.

En mis últimos viajes a Santiago —he ido cuatro veces en quince días— he estado en contacto con Nicomedes. De acuerdo con sus últimas palabras tu libro debe aparecer en unos tres o cuatro días más. Lo aguardo con verdadera ansiedad, como si fuera obra mía. Es el primer volumen que no editas por tu cuenta, y yo sé lo que tal cosa significa. Más que mi “Comarca”, me ha preocupado lo tuyo. Cuando Nicomedes me habló de retirarse de la editorial, temblé por la colección y por tí que aún no habías aparecido. Ahora, ya la cosa es clara y yo estoy contento.

Quisiera decirte mucho más, pero estoy decaído y no hallo las palabras de la justa y buena cordialidad. Recibe, sin embargo, en toda mi estimación y haz llegar a los tuyos un ancho abrazo en el que también va el afecto de los míos.

OSCAR

Rancagua, 27 de agosto de 1946.

Mi querido Gonzalo:

Sólo ahora he conseguido el libro que me dejaste pagado. A Gaona le habían entregado sólo una parte de la edición

y le costó gran trabajo conseguir el resto a pesar de que todo el trabajo estaba cancelado. ¡Gajes de nuestro querido oficio!

Yo he tenido cien mil cosas que hacer en estos últimos veinte días: libretos radiales —uno diario de 1/2 hora para Isolda y otro de 1/4 para González Videla—; contabilidad del Internado que estaba atrasada desde 1939 y que fue exigida al Rector en forma perentoria por inspectores de la Contraloría. El domingo pasado es el primero que he podido aprovechar como tal: los otros había trabajado hasta las 12 de la noche.

En tales circunstancias, me ha sido imposible responder cartas o inquirir por la suerte de algunos amigos que me son muy queridos, como Edmundo Concha, por ejemplo, de quién no he vuelto a saber más.

Ahora mismo, mientras te escribo, estoy apremiado por el tiempo. Me reclaman imperiosas obligaciones que no puedo desatender. Así, pues, tengo que terminar estas líneas que yo hubiera querido hacer cordiales e íntimas como la estimación que te tengo. En fin, habrá tiempo para que nos veamos y charlemos de muchas cosas que nos son queridas: he sabido que piensas venir y supongo que para entonces estaré un poco más libre que ahora.

Eso sí, antes de terminar quiero reiterarte aquello que te dijera al hablarte de Luis Gaona: escribe algo sobre su libro, si es que llega a interesarte tanto como a mí. Hay en él, más que una promesa, la seguridad de que su vuelo no podrá detenerse ya.

Recibe mi cordial abrazo y saluda también con igual cariño a tu compañera y a tu chica.

OSCAR

COLOFÓN

Me asalta la duda de no haber captado en hondura y extensión la psicología y el espíritu de Oscar Castro. Creo que fue un hombre con virtudes y defectos comunes a la mayoría; optimista a veces; deprimido y pesimista a ratos; soñador empedernido, incapaz de perseverar en una ocupación lucrativa, sedentario, con un alto y orgulloso concepto de su valor literario, iconoclasta, anárquico, pacifista, amable, hiperestesiado, tranquilo o iracundo cuando presenciaba una injusticia o era testigo de la maldad humana. Su sedentarismo fue proverbial: durante muchos años sólo conoció su provincia natal. No le agradaban los viajes a Santiago. La capital lo aplastaba con su bullicio de gran ciudad. Le agradaba la vida hogareña, la placidez provinciana, la tertulia con amigos íntimos, un mate bien cebado al calor del brasero.

Creo que no fue mejor ni peor que el común de la gente. Lo que no cabe duda es que fue un auténtico y extraordinario poeta y un amigo excepcional. A través de su poesía, no es difícil asomarse a su espíritu. Ahí está Oscar Castro Zúñiga en su esencia, en lo mejor de sí mismo, en su profunda soledad creadora. Quienes alguna vez le negaron el pan y el agua o pusieron piedras en su camino, jamás habrán pensado que a un escritor, a un auténtico escritor, es inútil desviarle de su meta, porque está condenado, como un moderno Sísifo, a insistir en su afán creador hasta el último instante de su vida.

EL VOLANTIN

“Trozo de “Comarca del Jazmín”)

La niñez es un breve trozo en la vida de un hombre, que deja profundas huellas en su alma, semillero de recuerdos, impresiones, vivencias y sensaciones que dañaron o alegraron su tránsito infantil. Oscar Castro se sumerge como un buzo en las aguas profundas de su niñez y extrae de ellas, puros e intactos, los materiales para su novela corta titulada “Comarca del Jazmín”, una de las obras más diáfnas y emotivas salidas de su pluma.

De ese libro hemos espigado el trozo titulado “El volantín”, en el que se encuentran expresadas las mejores cualidades del poeta y novelista rancagüino. Juanito, el protagonista de la novela, no es otro que Oscar Castro, mirado por sí mismo, extraído del pasado para ubicarlo en el presente y darle perenne vida literaria. Ese niño que solloza angustiosamente por su volantín perdido, que se zambulle y hace reverencias en la distancia, es un símbolo de los sueños fracasados, de las tentativas frustradas, de la maldad ensañada con los débiles.

“Comarca del Jazmín” es una pequeña obra maestra y el trozo seleccionado, sin duda, el más emotivo, delicado y profundo que se ha escrito sobre la infancia en la literatura nacional.

La Primavera es para Juanito el más embrujado país. He aquí que florecen los aromos y sus arañitas amarillas tejen una encantada y diáfana red en el aire. Más allá los almen-

ros escriben mensajes rosados. Y el viento, el viento largo, fresco, río puro en el cielo. Desde las casas vecinas han salido a piratear los primeros volantines. Verdes, azules, morados, amarillos, levantan sus banderas crepitantes e incendian de alegría el espacio. Saltan los ojos del niño por estos movibles peldaños y van por el azul ilustrándose de claridades y de vuelos. A Juanito le gusta el revoloteo incesante de estas encadenadas mariposas que habitan en un melodioso e inescalzable clima. Cada crujido de la seda tensa, cada evolución de las livianas armazones de caña y papel dejan anchas estelas en su espíritu. ¿Quién sostendrá los volantines en lo alto? ¿Quién los hará ascender, inclinarse, describir sueltas curvas? Sencillo y fácil misterio que la mente del pequeño no sabe descifrar. Misterio que él quisiera conocer de cerca, sintiendo entre sus dedos el hilo tenso que va hasta los tirantes vibradores. Pero él no tiene hilo ni dinero. Es muy pequeño para poseer uno de aquellos embrujados juguetes.

—Cuando yo sea grande...

(Sí, Juanito, cuando tú seas grande no tendrás tiempo de mirar el cielo donde piruetean los volantines. Tu mundo estará aquí abajo, sobre la tierra que pisan tus pies sin sentirla. Pero es mejor que lo ignores entre tanto. Sigue pensando que tendrás un millón de volantines y que los hilos partirán de tus manos hasta donde los ojos no alcanzan).

Sin embargo, un día se produjo lo inesperado. Al despertar Juanito, la voz de Javier estaba en el patio, gárrula y jocunda como el crecer de un surtidor. Y Javier sostenía entre las manos un volantín de cuatro colores y un carrete de hilo que deslumbraba de blanco.

—Juanito, vamos a encumbrar...

Juanito sintió miedo, miedo de que aquel volantín tan hermoso pudiera enredarse en los árboles o irse demasiado lejos.

Hubiera querido decir a su hermano que lo guardasen como un tesoro o que lo elevasen solamente dentro del cuarto, bajito, bajito, para alcanzarlo en cualquier momento. Pero ya Javier extendía resueltamente el hilo y ponía entre sus pequeñas manos el volantín.

—Ténlo aquí. Cuando te diga ¡ya! lo sueltas.

Hubo un momento en que el juguete fue suyo por completo. Sintió en la yema de los dedos la suavidad de la seda y la tensión de los maderos. Lo aproximó a su pecho y el latido de su corazón hizo vibrar el papel. Surgía ante sus ojos una borrachera de colores. Pero el hilo se puso tenso. Desde el otro extremo del patio, Javier dejó oír su advertencia:

—¿Listo?

El niño movió la cabeza.

—¡Ya!

Abriéronse sus dedos menudos. Pasó ante sus pupilas un relámpago luminoso-verde, blanco-azul, y ya estaba el volantín erguido magestuosamente a quince metros del suelo. Javier iba desenrollando el hilo y el juguete tomaba altura y distancia. Ya no se divisaba la juntura de los colores. Pero se oía claramente el chasquido de la seda inflada por el viento.

—Salió tranquilito. Ven a tenérmelo un momento mientras yo voy a la pieza. Sujeta la carretilla bien firme.

Le temblaron las manos al tomar el comando del volantín. Sintió miedo de que el artefacto no quisiera obedecerle y apenas su hermano hubo penetrado en la casa, se puso a decir despacito: “No te muevas, quieto, no te muevas”. Pero soplabla el viento y el volantín se removía. Entonces el niño tornaba a murmurar: “No, no, quieto, quieto”. Sin embargo, la confianza va llegando poquito a poco. Al cabo de unos

instantes, Juanito se atreve a tirar del hilo como ha visto hacer a su hermano. El volantín responde con leves movimientos, se inclina hacia un lado y torna a remontarse quedamente. Entonces entre el juguete y el niño se establece un contacto efectivo. Por el hilo bajan hasta las manos infantiles las sensaciones de lo alto. Juanito siente los dedos florecidos de viento y color. El volantín es una prolongación liviana de sí mismo. Es como si la estatura del niño hubiera crecido hasta ponerse por encima de todos los humanos. Un claro regocijo baja desde los cielos inundándole el alma. Y a lo largo del hilo van las palabras en un vaivén de ascensión y caída, mientras los hombres pasan por las calles sin ver el volantín que conversa con Juanito para contarle el mundo y lo que está más allá del mundo.

El pequeño, en este instante, no piensa. Es una pura sensación vibrando sobre la tierra. El viento junto con pulsar el hilo tenso, le humedece los nervios y el espíritu con una música fresca y azul. Fresca y azul. Gloriosa. En la iglesia ha empezado a trinar una campana, distante. Juanito es un armonio inmenso sujetando aquel hilo por donde trepan los ángeles. Si se quedara quieto, el niño podría diluirse en el viento. Ser una ola de plata que se expande junto con el tañer de la campana.

Más, de repente, en el espíritu de Juanito hay una conmoción inmensa, negra, total, como si junto a él hubiesen roto un vidrio de un balazo. Hay otro volantín —verde, negro, naranja— que se acerca, siniestro, silencioso, como los monstruos de los sueños. Se alzó desde la calle, sin rumor, a espaldas suyas y ahora el hilo extraño quiere tenderse encima del que sostienen sus manos. La garganta del niño late angustiosamente, ciegamente, como un caño sensible:

— ¡ ¡ Javier !!

El grito crece, ronco, ajeno, henchido de clamante súplica. Pero ya es tarde, ya es tarde. Los hilos se han tocado en las alturas. El volantín pirata —¡pirata, pirata maldito!— desciende ahora contoneándose, colgado del hilo que se anuda al corazón de Juanito. Hay una leve vibración, una sacudida imperceptible, y el volantín del niño, liberado de pronto, se tiende en los cojines del viento, ensaya zambullidas, remonta sin control, gira sobre su cola, hace una venia desgarbada, pierde altura, se clava como flecha y se oculta por fin tras los tejados. El hilo, roto, inútil, cae trazando grandes olas delgadas. Y el volantín pirata se remonta crujiendo, agresivo, insultante, como un gallo que pregona su triunfo.

La catástrofe ha sido tan grande, que Juanito no atina a comprender. Es como si el cielo se le hubiera derrumbado en el alma. Es como si una mano fría le hubiera descuajado el corazón.

—¡Mamá! ¡Javier!

Se le saltan las lágrimas y el cielo, el mundo, los árboles, todo se quiebra en sus pupilas.

Acude corriendo, Javier. Y él ya no puede más. Se derrumba en los brazos de su hermano, hunde la cabeza en su pecho y allí gime, gime, gime, como si quisiera esconderse de cuanto lo rodea.

—Cállate, Juanito, cállate... Compraremos otro.

No es eso, Dios mío, no es eso. Javier no quiere comprender. "Compraremos otro". El desea su propio volantín, aquel verde, blanco y azul que se quietó en sus manos y le arrancó armonías de la sangre. ¿Adónde estará ahora? ¿Adónde irá volando, abandonado, suelto, roto? ¡Cuánto debe sufrir su volantín verde, blanco y azul!

Juanito...

No desea oír nada, nada, nada. En un impulso abandona

los brazos de su hermano, cruza sin tino por el patio, se lanza al corredor, abre la puerta de la calle. Y el grito, cara al cielo, se le deshace en llanto:

—¡ Mi volantín, mi volantín!

LIBRARY
UNIVERSITY OF TORONTO

TIERRA AJENA

Lisandro Pozo, el protagonista de "Tierra Ajena", representa humanamente al inquilino chileno que cultivó la tierra de sus patrones, entregó anónimos esfuerzos para hacer producir la tierra y crear riqueza que iba a enriquecer las cuentas bancarias de sus amos y a convertirse en palacetes en la costa o en viajes de placer al extranjero mientras el peón, el campesino y su familia, languidecían en la más horrenda miseria.

Oscar Castro, descendiente de campesinos, comprendió e interpretó el dolor del inquilino arraigado de una tierra ajena que, no obstante, le pertenecía por haberla cultivado con amor y esfuerzo en largas jornadas de sol a sol. En "Tierra Ajena" encontramos un documento humano, una soterrada rebeldía y una inmensa sed de justicia que caracterizaron al autor de este cuento ejemplar.

Lisandro Pozo y el campo han sido amigos de siempre. Existe una profunda y clara compenetración entre ellos, que no precisa de palabras para manifestarse. Lisandro "siente" la tierra. La besa con los ojos y con los pies. Cada surco, cada repliegue, cada yuyito humilde que crece condecorando el seno pardo de una crucecilla de oro, le son familiares y constituyen el alfabeto de su devoción. El hombre tiene cuidados maternos para esta hija grandota que se despierta por las mañanas arrebujada en su pañuelo gris de neblina y que por las tardes precisa de un tintineo de grillos para dormir en paz. A Lisandro la tierra le parece una amante a la que

guarda fidelidad. Siente un placer callado y hondo en abrir las represas del canal para que el agua, cantando, extienda su amorosa lengua por sobre los terrones resecos. Y en los atardeceres, cuando el cielo es un gran zafiro pálido, él mira con no sabe qué íntimo gozo el temblor de la estrella primera en los espejos frágiles que hay diseminados entre el pasto.

Yuyales, trigos nacientes, alabardas enhiestas del maíz, zarpallos de guías crecedoras y hojas peludas como las orejas del "Malo": todo esto es lo que la tierra entrega a cambio de los cuidados de Lisandro. Todo esto, y un sonar de élitros, un galopar del viento libre, un aroma jugoso de pastos, una sensación de anchura y de cosa virgen y fuerte.

Porque la tierra, mil veces poseída, es una novia siempre para los corazones simples y claros. La gleba desflorada por los arados, hollada por los cascos de las bestias, hendida por azadas relucientes y palas aceradas, posee cada vez una pureza nueva, un inédito aroma, un aliento incontaminado de niña con los pechos recién madurando.

Tierra morena, tierra de Dios, cruzada de substancias vegetales, presta siempre a devolver ciento por uno el grano que en ella se tira. Y esta tierra tiene un dueño que no la conoce ni la ama: un hombre para quién cada espiga, cada mazorca riente de maíz es una moneda de oro y nada más; una moneda hecha por los hombres para comprar el trabajo de los hombres y el sudor de las frentes agobiadas.

Para Lisandro, estas cosas no cuentan. Jamás ha pensado que nada de esto le pertenece. Trigo, sí, trigo amarillo reventando abundancia para que haya hambre en su hogar. Y maíz, también para que cada grano caiga hecho dinero en una caja repleta que no es la suya. Pero qué importa, qué importa, Señor, si él ha trabajado el campo durante setenta años como si fuera una heredad recibida de su padre. El tam-

bién es como la santa tierra, que da frutas y granos, tubérculos y semillas, sin preguntar jamás qué boca habrá de gustar su sabor. Destino de la tierra y destino del hombre brotado de la tierra, semejante a un tallo más.

Pero este hombre tiene una historia y será necesario decir-la. Yo sé que cabría en las palabras que pudiera contener mi puño, si fuera posible coger en las manos las palabras, lo mismo que semillas. Nació Lisandro frente al mismo campo que ahora trabaja. Sembrador por generaciones, su padre quiso que a la tierra no le faltaran surcos ni manos para labrarla. Y dejó siete varones fuertes y morenos, como amasados en greda, sin contar cuatro hembras de caderas potentes y pechos generosos. Después, don Lisandro se murió y lo enterraron bajo la tierra viva para que ella pudiera sorberle los últimos jugos que llevaba en sus huesos y en su carne.

A cambio de esas dos manos que no habrían de empuñar más el arado, hoy catorce brazos nervudos están curvados encima de la gleba para coger sus frutos o dejarlos caer sobre las fauces entreabiertas. Tarea elemental y eterna. Sembrar y recoger, recoger y sembrar, siempre, bajo todos los cielos, con idénticos gestos y actitudes.

Dócil a su destino, Lisandro fue sembrador. El surco constituyó para él una caligrafía fácil, porque además de haberla aprendido, la conocía ya desde que abrió los ojos, desde que fue un germen en el sagrario maternal. Y siguió tras los bueves soñolientos y resignados, de sol a sol. Y volvió por las tardes a comerse su pan junto al brasero, como lo hicieran antes que él todos los que quedaron a sus espaldas. Y se levantó cada madrugada con el clarín del gallo. Y anduvo sobre el terrón reseco del verano, sobre el lodo invernal, sobre la escarcha agosteña, sobre el rocío decembrino.

Y un día, en su mocedad ardiente, los ojos de una mujer

lo encandilaron. Brotaron rojas fucsias en la húmeda tierra de su corazón. Se le incendió la noche de insomnios. Aprendió a lavarse cuidadosamente las manos encallecidas, a engreirse el mostacho, a bailar la cueca con gallardía y a decir palabras de amor. Y una noche, bajo la luna bruja que plateaba el río y se tamizaba en el verde nuevo de los álamos, sintió unos labios húmedos y calientes en los suyos y se supo hombre, y volvió al rancho cantando a media voz, como si conversase con los grillos y con el viento que tocaba sus arpas invisibles en las hojas.

Desde el fondo de esa tierra morena que fue Amalia, su mujer, empezaron también a brotar los retoños uno a uno, año tras año, con esa gravidez inconsciente y profunda del campo bien abonado. Ocho críos y una larga enfermedad en quince años de matrimonio agotaron pronto las reservas vitales de la hembra y una mañana Lisandro, con sus cuatro hijos mayores y tres parientes, hubo de llevarla al cementerio pobre del pueblo, en donde yace ahora, bajo una cruz comida por el tiempo.

Por fortuna, por desgracia —dijo Lisandro cuando supo la noticia—, Amalia tuvo una “chancleta” en su segundo parto. Se llamó también Amalia, como la madre, y de ella heredó la sonrisa tímida, el parco decir, la silenciosa actividad. Deparecida la vieja, pareció que nada había cambiado en el rancho. Los hombres encontraban siempre el almuerzo listo, el brasero encendido y el mate sobre la boca de la tetera humeante al regresar de sus faenas cotidianas.

Esta es toda la historia de un hombre. Historia sin otro calendario que el de las hojas de los álamos, sin otro placer que el de fumarse un cigarrillo de hoja bajo la sombra de los sauces, sin más religión que la de producir pan para otros.

* * *

Pero en el campo ocurre a veces que un río se desboca, malogrando las siembras. Suele suceder que una helada intempestiva quema los tallos tiernos que recién comienzan a buscar la luz. O acontece que una lluvia maligna se descuelga sin aviso cuando el trigo está engavillado en las eras, pudriendo las espigas.

Desbordamiento, helada imprevista, lluvia destructora, la desgracia llegó también a visitar a Lisandro.

El hijo mayor, Eleuterio, se cansó un día de comerse con los ojos el mismo paisaje y partió en un enganche hacia las faenas salitreras del Norte. Más tarde llegó una carta suya, la cual, entre faltas de ortografía y borrones, traía buenas noticias. El Norte era pródigo en trabajo y en dinero. Para muestras, venía también un giro por cincuenta pesos: ¡una fortuna!

Aquellas líneas fueron un anzuelo dorado para Pedro y Rosamel, que seguían en edad al ausente. El viejo, desde el fondo de su desesperanza, los vio partir un día del rancho sin volver la cabeza. La muerte vino después y le llevó a Juancito, el menor, mientras la patria reclamaba a Juan Antonio, otro de los vástagos, que cumplía veinte años.

En la mesa humilde fueron quedando muchos huecos que Lisandro no miraba por no salar su plato con lágrimas. Este desbando lo hizo retardarse por más tiempo en el campo cada día. Desde lejos, apoyado en su azada, miraba el rancho entre el humo de su cigarro y la niebla de las pupilas. Y se inclinaba de nuevo hacia la gleba, removiéndola con desesperación, como si cavara en su propia angustia.

Amalia, la hija, confundida siempre entre la ceniza, callada, desvaída como una sombra, no conseguía quitarle el luto del corazón. En cuanto a Anselmo, el único retoño que le quedaba, era un inútil completo. A los quince años no había

logrado captar la ciencia ni la paciencia del campesino. Le gustaba corretear por ahí, a través de los potreros inmensos, persiguiendo chicharras y moscardones, o bañarse en el río, junto con otros rapaces de su edad. Más que un alivio era un estorbo junto al padre.

Lisandro trató varias veces de corregir esta holgazanería de su hijo, dándole una que otra zurra; pero entonces el muchacho se escapaba de la casa y permanecía oculto en el monte un par de días, alimentándose de quesos y huevos robados o de frutas silvestres. El viejo concluyó por borrarlo de sus preocupaciones.

Aquel día, encontrábase él apoyado en su pala, en el contraluz de la tarde, cuando sintió a sus espaldas los trancos conocidos de un caballo. Antes de haber girado por completo el busto para ver quién se acercaba, llegó hasta sus oídos, filosa como un cuchillo, la voz autoritaria del mayordomo:

—¡Oye, Lisandro!

Estaba habituado a las maneras bruscas del "mandón" y no le concedió ninguna importancia al tono con que lo llamara. Volvióse con lentitud y, a través de las cejas que le caían sobre los ojos formando una media cortina gris, miró hacia arriba la silueta rolliza del recién llegado. Después, con desgano:

—¿Qué hay?

—El patrón acaba de llegar y te necesita.

—Voy al tiro.

Llegóse hasta el canal, acomodó un armazón de sacos y ramas en la bocatoma que surtía de agua al campo, echó unas cuantas paladas de barro encima y retornó al sitio en que el mayordomo lo aguardaba. Este lo recibió con una sonrisa de sarcasmo. Por el senderillo que serpeaba en el campo como una raya blanda trazada al descuido enfilaron ambos

hacia las casas de la administración. El peón adelante, con la pala en alto como un estandarte del trabajo; detrás, don Ramón, dejando caer a trechos un rebencazo desganado sobre las ancas de su tordillo.

Tras caminar un rato en silencio, el mayordomo emparejó la marcha de su bestia al cansino andar de Lisandro. En seguida dejó caer con malignidad una pregunta, cuyo significado no comprendió de inmediato el viejo:

—¿Cuántos años tenís, Lisandro?

Previendo alguna respuesta chusca, de esas que tanto acostumbraba don Ramón, el interrogado respondió con desconianza:

—Creo que debo ser unos treinta años mayor que usté, por lo menos.

La risa del mayordomo tajeó por un momento el crepúsculo cuajado de arreboles. Luego, como hablando para así:

—Yo tengo cincuenta. Quiere decir... A ver... Cincuenta, sesenta, setenta... Quiere decir que anday por los ochenta, como quién dice la flor de la edad...

—Eso es, ochenta, on Ramón.

—¿Y no creís que te ha llegao ya l' hora del descanso? Con la parvá de hijos que vos tenís, te diré que yo estaría en cama hasta las doce y en los días de lluvia no me levantaría.

—El pobre tiene que trabajar hasta onde pueda, on Ramón.

—Güeno, ojalá piense lo mismo el patrón.

Dicho esto, el mayordomo se adelantó porque ya estaba frente a ellos la puerta de la oficina.

Lisandro tuvo un presentimiento y desde el fondo de su corazón se encomendó a la Virgen del Carmen antes de traspasar el umbral.

El recibimiento fue frío y cortante. Don Belarmino, el "ju-

tre”, antes de dirigirle la palabra dio una vuelta completa a la oficina, se atusó el bigote sedoso, miró la hora en su reloj pulsera y encendió un cigarrillo rubio, cuyo deleitoso aroma llegó a las narices del peón. Por un momento Lisandro tuvo la visión de la frente amplia y pálida del patrón; de sus ojos grises y duros; de sus dientes que espejeaban blancura. Inconscientemente colocó sus manos negras y callosas a la espalda, ocultándolas de aquella mirada sin alma.

Al salir, recordaba confusamente la conversación. Sólo sabía una cosa: que debía abandonar el fundo. ¿Por qué? Porque tenía ochenta años, porque estaba acabado, porque sus hijos no producían para don Belarmino después de haber venido al mundo en “sus” tierras.

—Pero si llevo más de sesenta años trabajando aquí, señor —había implorado como argumento supremo.

—Mayor razón aún —había sido la respuesta categórica—; primero te alimentó mi padre y yo no tengo ninguna obligación de seguir cargando contigo.

—Pero ¿aonde voy a irme, señor? Soy viejo... No me permitirían en niuna parte...

—¿Y tus hijos?

—Usted sabe, se jueron.

—Pues, no haberlos dejado que se fueran. Su obligación era seguir aquí.

No pudo más. Salió con un sollozo abierto como una hoja de cardo en la garganta. Le temblaban las manos. Su corazón era un pájaro loco adentro de su pecho. Vacilaban sus piernas y hubiera querido morirse allí mismo, como un perro apaleado.

Se fue caminando, inconsciente, a través de los potreros. Anduvo cuadras y cuadras con todo el fardo de la noche y de la angustia en sus espaldas. Sintió el rumor del agua como

entre sueños; el vaho de la tierra, el cantar de los sapos y el chistido de alguna lechuza. Un viento sonámbulo se puso a mover las zarzamoras. Huyó un conejo asustado al sentir su proximidad. Y él seguía caminando, con los pies mojados por el agua del riego, con la frente empapada de estrellas, con el pecho jadeante, con los ojos trizados de soledad y vacío.

Confusamente pensó que le habían robado algo. Algo que era más suyo que su cuerpo, más que su rancho, más que sus hijos. Por un instante tuvo la sensación de que la tierra lo llamaba, lo retenía con sus zarzamoras, sus charcos de barro y sus pastizales. Pensó que sería bueno acostarse sobre la tierra, besarla tal vez, abrazarla para que no lo despojara de ella.

A diez pasos divisó la puerta de su rancho. Un cuchillo de luz hacían vaina a la noche. Sintió que se le acababan las fuerzas.

—¡Ama...! Alcanzó a decir y se encontró con la tierra pegada a la cara. Luego, fue como si el campo empezara a sorberle las fuerzas. Volvióse de espaldas trabajosamente y se le llenaron los ojos de estrellas. Eran espigas, espigas relucientes que nadie cultivaba. Bajó los párpados para guardar aquel oro nocturno.

Y claramente, con profunda seguridad, supo, antes que su corazón se inmovilizara, que ya nadie de este mundo podría quitarle la tierra que era suya por derecho propio.

